

Ronald Teliz
compilador

Fabricio da Cunha
Luis Dufuur
Gonzalo Hernández
María Fabiana Luna
Leticia Ogues

Temas y problemas
del campo
de los estudios
en comunicación II



UNIVERSIDAD
DE LA REPÚBLICA
URUGUAY



bibliotecaplural

TEMAS Y PROBLEMAS
DEL CAMPO DE LOS ESTUDIOS
EN COMUNICACIÓN
II

La publicación de este libro fue realizada con el apoyo de la Comisión Sectorial de Investigación Científica (csic) de la Universidad de la República.

Los libros publicados en la presente colección han sido evaluados por académicos de reconocida trayectoria, en las temáticas respectivas.

La Subcomisión de Apoyo a Publicaciones de la csic, integrada por Luis Bértola, Carlos Demasi, Fernando Miranda y Liliana Carmona, ha sido la encargada de recomendar los evaluadores para la convocatoria 2013.

© Los autores, 2013

© Universidad de la República, 2014

Ediciones Universitarias,
Unidad de Comunicación de la Universidad de la República (UCUR)

18 de Julio 1824 (Facultad de Derecho, subsuelo Eduardo Acevedo)

Montevideo, CP 11200, Uruguay

Tels.: (+598) 2408 5714 - (+598) 2408 2906

Telefax: (+598) 2409 7720

Correo electrónico: <infoed@edic.edu.uy>

<www.universidad.edu.uy/bibliotecas/dpto_publicaciones.htm>

ISBN: 978-9974-0-1171-7

Ronald Teliz
compilador

Fabricito da Cunha · Luis Dufuur
Gonzalo Hernández · María Fabiana Luna
Leticia Ogues

TEMAS Y PROBLEMAS
DEL CAMPO DE LOS ESTUDIOS
EN COMUNICACIÓN
II



UNIVERSIDAD
DE LA REPÚBLICA
URUGUAY



CSIC

bibliotecaplural

CONTENIDO

PRESENTACIÓN DE LA COLECCIÓN BIBLIOTECA PLURAL, <i>Rodrigo Arocena</i>	9
INTRODUCCIÓN, <i>Ronald Teliz</i>	11
BIBLIOGRAFÍA.....	14
FICCIÓN Y COMPRENSIÓN. ENTRE PERSONAJES, AUTORES Y COMUNICACIÓN, <i>Ronald Teliz</i>	15
Humpty Dumpty.....	16
Pierre Menard.....	19
Traducción, comprensión y comunicación.....	22
BIBLIOGRAFÍA.....	23
UNA MIRADA A LA DIMENSIÓN ESTÉTICA DEL ESPACIO PÚBLICO, <i>María Fabiana Luna</i>	25
BIBLIOGRAFÍA.....	30
COMUNICABILIDAD, ENTRE MEDIACIONES Y MARCOS DE REFERENCIA, <i>Fabricio Da Cunha</i>	31
Introducción.....	31
Sobre la codificación y marcos de referencia.....	32
La tensión como fundamento de lo hegemónico.....	35
Sobre la circularidad de lo predominante.....	38
Conclusión.....	39
BIBLIOGRAFÍA.....	40
LOS NOTICIEROS TELEVISIVOS: UNA FÁBRICA DE REALIDADES MALDITAS, <i>Luis Dufuur</i>	43
Los noticieros televisivos: una fábrica que modela los hechos.....	43
Televisión y su caudal informativo.....	45
Programación, productos y noticieros desde la producción industrial.....	47
Los programas televisivos como productos industriales.....	48
BIBLIOGRAFÍA.....	50
McLUHAN: EL POETA DE LOS «IDIOTAS TECNOLÓGICOS» DE LOS MÍTICOS SESENTA, <i>Ronald Teliz</i>	51
El método y la perspectiva.....	53
El problema (dos fragmentos): linealidad y fragmentación o totalidad sinóptica.....	55
La respuesta o la corrección en el acercamiento estético.....	57
BIBLIOGRAFÍA.....	60
PROGRESO, TÉCNICA Y COMUNICACIÓN, <i>Ronald Teliz</i>	61
BIBLIOGRAFÍA.....	68

LA TECNOLOGÍA COMO ESPACIO ANTROPOLÓGICO. UNA MIRADA A LA NOCIÓN DE INTELIGENCIA COLECTIVA DE PIERRE LÉVY, <i>Gonzalo Hernández Sanjorge</i>	69
La virtualidad como una causa de lo real.....	69
De los cuatro causas a los cuatro reinos.....	71
La tecnología es el único dios y los tecnofílicos sus profetas.....	72
BIBLIOGRAFÍA.....	74
IMPLICANCIAS DE LA TÉCNICA PARA EXPLICAR EL CAMBIO CULTURAL DESDE LA PERSPECTIVA DE JURI LOTMAN, <i>Fabricio Da Cunha</i>	75
Introducción.....	75
Sobre la comunicación y la paradoja técnica.....	76
Lotman: Dos lecturas posibles: entre limitación y posibilidad.....	78
Sobre la paradoja estructural.....	80
El mecanismo de la cultura.....	82
La técnica como intercambio simbólico-material.....	85
Conclusión.....	87
BIBLIOGRAFÍA.....	88
UNA CUESTIÓN DE FRONTERAS: APUNTES PARA UN ABORDAJE SEMIÓTICO-COMUNICACIONAL DEL TERRITORIO, <i>Leticia Ogues</i>	91
Delimitación del territorio.....	92
El territorio de la semiosfera o la semiosfera del territorio.....	95
Los límites de la frontera.....	96
BIBLIOGRAFÍA.....	98
ALGUNAS OBSERVACIONES SOBRE EL TRABAJO Y LA EDUCACIÓN EN EL ÁMBITO DE LA ECONOMÍA DEL CONOCIMIENTO, <i>Luis Dufuur</i>	99
Introducción.....	99
El trabajo, una expresión social y colectiva a transformar.....	101
Algunos datos sobre las nuevas formas del trabajo.....	102
Trabajo, tecnología y flexibilidad laboral.....	105
La educación en el ojo del cambio.....	106
Trabajo y educación en la economía del conocimiento.....	112
A modo de conclusión.....	116
BIBLIOGRAFÍA.....	118

Presentación de la Colección Biblioteca Plural

La universidad promueve la investigación en todas las áreas del conocimiento. Esa investigación constituye una dimensión relevante de la creación cultural, un componente insoslayable de la enseñanza superior, un aporte potencialmente fundamental para la mejora de la calidad de vida individual y colectiva.

La enseñanza universitaria se define como educación en un ambiente de creación. Estudien con espíritu de investigación: ese es uno de los mejores consejos que los profesores podemos darles a los estudiantes, sobre todo si se refleja en nuestra labor docente cotidiana. Aprender es ante todo desarrollar las capacidades para resolver problemas, usando el conocimiento existente, adaptándolo y aun transformándolo. Para eso hay que estudiar en profundidad, cuestionando sin temor pero con rigor, sin olvidar que la transformación del saber solo tiene lugar cuando la crítica va acompañada de nuevas propuestas. Eso es lo propio de la investigación. Por eso la mayor revolución en la larga historia de la universidad fue la que se definió por el propósito de vincular enseñanza e investigación.

Dicha revolución no solo abrió caminos nuevos para la enseñanza activa sino que convirtió a las universidades en sedes mayores de la investigación, pues en ellas se multiplican los encuentros de investigadores eruditos y fogueados con jóvenes estudiosos e iconoclastas. Esa conjunción, tan conflictiva como creativa, signa la expansión de todas las áreas del conocimiento. Las capacidades para comprender y transformar el mundo suelen conocer avances mayores en los terrenos de encuentro entre disciplinas diferentes. Ello realza el papel en la investigación de la universidad, cuando es capaz de promover tanto la generación de conocimientos en todas las áreas como la colaboración creativa por encima de fronteras disciplinarias.

Así entendida, la investigación universitaria puede colaborar grandemente a otra revolución, por la que mucho se ha hecho pero que aún está lejos de triunfar: la que vincule estrechamente enseñanza, investigación y uso socialmente valioso del conocimiento, con atención prioritaria a los problemas de los sectores más postergados.

La Universidad de la República promueve la investigación en el conjunto de las tecnologías, las ciencias, las humanidades y las artes. Contribuye así a la creación de cultura; esta se manifiesta en la vocación por conocer, hacer y expresarse de maneras nuevas y variadas, cultivando a la vez la originalidad, la tenacidad y el respeto a la diversidad; ello caracteriza a la investigación —a la mejor investigación— que es pues una de las grandes manifestaciones de la creatividad humana.

Investigación de creciente calidad en todos los campos, ligada a la expansión de la cultura, la mejora de la enseñanza y el uso socialmente útil del conocimiento: todo ello exige pluralismo. Bien escogido está el título de la colección a la que este libro hace su aporte.

La universidad pública debe practicar una sistemática Rendición Social de Cuentas acerca de cómo usa sus recursos, para qué y con cuáles resultados. ¿Qué investiga y qué publica la Universidad de la República? Una de las varias respuestas la constituye la Colección Biblioteca Plural de la csic.

Rodrigo Arocena

Introducción

RONALD TELIZ¹

Así también vosotros, si no proferís con la lengua palabras claras, ¿cómo se entenderá lo que habláis?

Hablaréis en el aire.

Mucha diversidad de idiomas hay en el mundo, pero todos tienen sentido. Mas si yo desconociese el significado de los sonidos, seré un extranjero para quien me habla.

Corintios 1, 14

Si bien los campos teóricos de la comunicación y de la teoría social son campos abiertos y en transformación, lo que implica posiciones encontradas entre sí, puede establecerse con cierta generalidad aceptada que una característica de la *modernidad* es ligar los procesos de desarrollo y cambio cultural al desarrollo tecnológico. *Prima facie* y de manera general, se puede comprender este desarrollo en vínculo con la amplificación de la producción y el acceso a la información. En nuestras formas actuales de sociedad, fuertemente inspiradas en el «empuje» tecnológico, se tiende a considerar el desarrollo de internet —por poner un ejemplo— como parte de una innovación disruptiva que soporta un decisivo impulso tecnológico y nuevas formas de concebir a la comunidad y sus diversas formas de desarrollo.

De esta manera, cuando tratamos de analizar los mecanismos que operan sobre la transformación social, aplicamos en dicho análisis categorías marco que se sostienen en nociones como *ampliación y acceso a la información*, de las cuales se extrae una analogía general tendiente a considerar la resolución técnica de los problemas sociales en términos de información y comunicación. Por lo cual el incremento de la información, la accesibilidad y los eficientes mecanismos de comunicación se vuelven sinónimos de la correcta manera de la resolución de problemas. Así, las metáforas, las analogías y ciertas formas estabilizadas del discurso introducen y difunden perspectivas que se ofrecen como criterio de evaluación compartido para fijar metas globales acerca de la dirección deseable del cambio social. Por lo tanto, a la hora de fundar la coherencia y el reconocimiento del orden social, este se asocia al desarrollo de los procesos de comunicación, lo que ha terminado formando un enfoque comunicacional del orden social. Conjuntamente con el discurso en el cual la comunicación ha sido tomada

1 Instituto de Comunicación, Facultad de Información y Comunicación, Universidad de la República, Montevideo, Uruguay, julio de 2013.

como objeto de estudio (formación del campo de estudio), se la ha considerado como médium para fortalecer y desarrollar buenas prácticas de gobernanza. De este modo, la comunicación como tal se ha vuelto un objeto de investigación sistemática en sentido teórico y a la vez un campo de preocupación social.

La conformación de este discurso acerca de la comunicación, así como las prácticas que lo soportan y sobre las cuales se proyecta, se encuentran en una relación inherente de conformación normativa. Se entiende a la comunicación en términos de conformación normativa, en la medida en que se pretende prescribir las maneras adecuadas y eficientes de alcanzar —vía perfeccionamiento de la comunicación— el establecimiento de procesos sociales regulados y estables. En este sentido, la comunicación se convierte en el foco principal de una historia «moderna» de los procesos de conformación normativa y regulación social.

De acuerdo con este marco y con cierto recorte de problemas que nos interesa tratar, el análisis que nos proponemos llevar adelante en los diversos artículos que componen este volumen se sostiene sobre una base subyacente común, consistente en buscar y exponer ciertas maneras de comprender la comunicación que operan como una precondition para el desarrollo de las narrativas centrales que constituirán la autodescripción de las sociedades modernas en términos de comunicación. A partir de ello, se delimitan ciertas áreas de reflexión (tecnología, territorio, transformación del espacio público, enseñanza y transformación del mundo del trabajo) que son sometidas a escrutinio crítico.

Ofrecer un enfoque crítico desde la teoría de la comunicación sobre algunos aspectos o problemas del campo comunicacional no parecería exigir demasiada justificación. Sin embargo, forma parte de la reflexión académica en nuestro mundo contemporáneo el rendirse a ciertas exigencias heurísticas —particularmente en términos de comunicación— que obligan a estrechar las bases exegéticas a la hora de emprender el análisis de ciertas áreas del accionar social, así como en el tratamiento y la explicitación de los presupuestos en los que se sostiene el análisis. Este se restringe a cuestiones prácticas más inmediatas, como si tuviéramos que dar cuenta continuamente del aporte práctico de nuestras investigaciones, particularmente en el área de las humanidades y las ciencias sociales. Esta autolimitación tal vez provenga de la propia historia de la formación del campo de estudios en comunicación en sus corrientes centrales y dominantes (tanto en sentido de producción teórica como en los aspectos de hegemonía política y cultural), tal como ha quedado registrado en una célebre distinción propuesta por Paul Lazarsfeld en los años cuarenta: investigación *administrativa* en comunicación, investigación *crítica* en comunicación.²

De acuerdo con Lazarsfeld y en el marco de esta distinción, la perspectiva de investigación administrativa concibe a los modernos medios de comunicación

2 Lazarsfeld, Paul, «Administrative and critical communication research», en *Studies in philosophy and social sciences*, 1941, pp. 2-16. También en Peters, John D. y Simonson, Peter (eds.), *Mass Communication and American Social Thought: key texts*, 1919-1968, Rowman & Littlefield, 2004, pp. 166-172.

como herramientas manejadas por personas o agencias para lograr propósitos bien definidos, ya sean estos la venta de bienes o la garantía de la comprensión de las políticas gubernamentales. En todos los casos, la investigación permite que la herramienta sea mejor conocida y ello facilita su uso y la optimización de sus fines. Es decir, la dirección de la investigación es concebida como una manera de administrar los recursos al servicio de los objetivos que le brinda alguna institución pública o privada. Los investigadores en comunicación se comportan como expertos al servicio de un objetivo que se considera dado y su propósito es brindar la mejor información y el perfeccionamiento de la herramienta comunicacional, para que a partir de ello se tomen las decisiones pertinentes en pos de optimizar los resultados.

Por otra parte, Lazarsfeld identifica —en el artículo citado— la investigación crítica con las propuestas de Horkheimer (implícitamente con Adorno y sus estudios sobre la radio, clásicos exponentes de la primera generación de la Escuela de Fráncfort) y establece la diferencia con la investigación administrativa sobre todo por dos aspectos:

[...] [L]a idea de una investigación crítica [...] desarrolla una teoría de las tendencias sociales prevaletentes en nuestro tiempo, tendencias generales que requieren ser tomadas en consideración ante cualquier problema concreto de investigación; y ello parece implicar la idea de valores humanos básicos, de acuerdo con los cuales deberían apreciarse todos los efectos reales o deseados de un proyecto social.³

Dada tal distinción, la perspectiva prevaletente (con mayor o menor intención de cumplimentar un proyecto político social, como fue propuesto en el momento en que esta distinción se presentó) en el desarrollo del campo de estudios en comunicación ha sido la concepción administrativa. Tal vez ello explique parte de las autoexigencias y las restricciones metodológicas que mencionábamos antes. Una consecuencia de esto es que el acervo de conocimientos sedimentado en el campo normalmente es tratado desde un aspecto histórico-aneecdótico, como parte de un pasado de inmadurez disciplinar que eventualmente deberíamos conocer, tal vez por pasión de anticuario, pero que no forma parte de nuestras prácticas efectivas de elaboración de conocimiento.

Frente a ello, nuestra perspectiva —en el marco de la tradición crítica— propone una amplia aproximación genealógica a un campo que se ha constituido interdisciplinariamente, más por sedimentación dispar que por decisión teórica, lo cual permite reevaluar las diversas maneras en que nuestras heurísticas y nuestros acercamientos teóricos han modificado y modifican nuestra manera de comprender el fenómeno comunicacional. Con ello se intenta echar luz sobre un territorio en el cual la diversidad de perspectivas teóricas debería ser considerada como indicación de ese proceso continuo de producción de propuestas y réplicas, más que como un defecto de inmadurez disciplinar.

3 Lazarsfeld, Paul, o. cit., p. 169.

En este contexto particular y en el marco general de las consideraciones apenas esbozadas arriba es que el punto de vista desde el cual parte nuestro trabajo en teoría de la comunicación propone una perspectiva en la que concebimos a la comunicación en términos muy simples: una constante lucha entre darse a entender a otro en nuestros propios términos y tener las condiciones adecuadas para poder escuchar a otro en los suyos; ello en medio de un conflicto persistente entre concepciones de la comunicación que apuntan por un lado a la reconciliación y la homogenización (transmisión, codificación común, sino tecnológico), mientras que por otro se marca el énfasis en la constatación cuasi trágica del fracaso constante de cualquier intento totalizador y de pretensiones universales (ritual, conflicto, diversidad frente a las pretensiones universalistas).⁴

Los conflictos a la hora de hacer teoría de la comunicación expresan la necesidad de emprender un trabajo analítico, exploratorio y hermenéutico tendiente a una comprensión histórico-conceptual de las significaciones dominantes en el campo de la comunicación y a partir de ello ganar plausibilidad en la propuesta de perspectivas alternativas. Es en esta dirección que deben entenderse los esfuerzos analíticos que emprenden los diversos trabajos que componen este volumen.

Bibliografía

- LAZARSELD, PAUL, «Administrative and critical communication research», en *Studies in philosophy and social sciences*, 1941, pp. 2-16.
- PETERS, JOHN D., *Speaking into the Air. A history of the idea of communication*, Chicago, University of Chicago Press, 2000.
- y SIMONSON, PETER (eds.), *Mass Communication and American Social Thought: key texts, 1919-1968*, Lanham, Rowman & Littlefield, 2004.

4 Algunos aspectos de esta distinción pueden encontrarse en Peters, John D., *Speaking into the Air. A history of the idea of communication*, Chicago, University of Chicago Press, 2000.

Ficción y comprensión. Entre personajes, autores y comunicación

RONALD TELIZ¹

*Ningún problema tan consustancial con las letras
y con su modesto misterio como el que propone una
traducción.*

Jorge Luis Borges²

*The ability to understand is a fundamental
endowment of man, one that sustains his
communal life with others and, above all, one that
takes place by way of language and the partnership
of conversation. On the other hand, however, the
linguisticity of the event of agreement in
understanding [Verständigungsgeschehen], which
is in play between people, signifies nothing less
than an insurmountable barrier [...].*

Hans Georg Gadamer³

Según consta en cierta observación de George Steiner en *After Babel*, con Lewis Carroll se pasa de un modelo de transición a un modelo exploratorio de la inocencia infantil expresada en el lenguaje, *Alicia en el país de las maravillas* es el descubrimiento del universo lingüístico y de la lógica infantil. Un poco más adelante, en el mismo texto, observa Steiner que *Pierre Menard, autor del Quijote* (1939) es probablemente el más agudo y denso comentario que se haya dedicado al tema de la traducción. Podría decirse, en el estilo de Borges, que los estudios sobre la traducción de que disponemos no son más que comentarios de comentarios.⁴

1 Instituto de Comunicación, Facultad de Información y Comunicación, Universidad de la República.

2 Borges, Jorge Luis, «Las versiones homéricas», en *Discusión. Obras completas. Volumen I*, Buenos Aires, Emecé, 2001 [1932].

3 Gadamer, Hans Georg, «Text and Interpretation», en Michelfelder, Diane P. y Palmer, Richard E. (eds.), *Dialogue and Deconstruction. The Gadamer Derrida Encounter*, Albany, SUNY Press, 1989, p. 21.

4 Steiner, George, *After Babel. Aspects of Language and Translation*, London, Oxford University Press, 1998, p. 73. Versión en español: Steiner, George, *Después de Babel. Aspectos del lenguaje y la traducción*, Ciudad de México, FCE, 1980, p. 91.

De acuerdo con estas dos observaciones y formando parte de una larga y prolífera reflexión sobre el lenguaje, Steiner sostiene y defiende una concepción traductiva de la comprensión lingüística: comprender es traducir. En tal contexto, considera que:

[...] cualquier modelo de comunicación es al mismo tiempo un modelo de traducción (*trans-lation*), de transferencia vertical u horizontal de significado. No existen dos épocas históricas, dos clases sociales, dos localidades que empleen las palabras y la sintaxis para significar exactamente lo mismo, para enviar señales idénticas de valoración e inferencias. Tampoco dos seres humanos. Cada persona viva dispone, deliberadamente o por la fuerza del hábito, de dos fuentes de suministro lingüístico: la vulgata corriente que se corresponde con su nivel de cultura personal y un *thesaurus* privado. Este último se relaciona de manera inextricable con su subconsciente, con su memoria en la medida en que pueda ser verbalizada, y con el conjunto singular e irreductible que componen la personalidad psicológica y somática [...] El concepto de un idioma normal o estándar no es más que una ficción fundada en la estadística (aunque, como veremos, pueda tener existencia real, en las traducciones hechas por máquinas). Por uniforme que sea su contorno social, el lenguaje de una comunidad es un acumulado inagotable de múltiples partículas lingüísticas, en última instancia de irreductibles significados personales.⁵

En lo que sigue propondré un análisis de los dos relatos de ficción mencionados arriba, que, en sus propios términos, se plantean como problemas de lenguaje y comunicación. A partir del capítulo sobre Humpty Dumpty de *A través del espejo y lo que Alicia encontró allí* (Lewis Carroll) y *Pierre Menard, autor del Quijote* (Jorge Luis Borges), discutiré tales problemas y propondré una perspectiva de la comunicación que puede extraerse de ellos. En la clave expuesta por Steiner y otros (Juri Lotman, Donald Davidson) que se han ocupado de problemas similares, defenderé una propuesta traductiva-interpretativa de la comunicación. Confrontaré brevemente tal postura con una concepción transmisiva que llamaré «de la transparencia de la comunicación», mostrando la superioridad de la propuesta que defiendo.

Humpty Dumpty

En la lectura de *A través del espejo y lo que Alicia encontró allí*,⁶ de Lewis Carroll, en el capítulo sobre el encuentro de Alicia con Humpty Dumpty, se pueden hallar, con el tono característicamente irónico y paródico de Carroll, ciertas dificultades que afligen al lenguaje y la comunicación. Todo el encuentro parece reflejar mediante el absurdo las vicisitudes del lenguaje y la comprensión comunicativa. Parece claro que Humpty Dumpty y Alicia juegan a distintos

5 Steiner, G., o. cit., p. 47. En la versión en español, pp. 65-66.

6 Carroll, Lewis, *Through the Looking Glass*, Webster's Spanish Thesaurus Edition, San Diego, ICON Classics, 2005.

juegos comunicativos; en principio Alicia remite al uso cotidiano y regular de las palabras, mientras Humpty Dumpty toma el diálogo como un juego de adivinanzas y usos literales de las palabras, lo que conduce a graciosos y sagaces equívocos entre los interlocutores.

Un aspecto interesante de Humpty Dumpty puede observarse en su complacencia en exhibir la capacidad que posee para explicar las «palabras difíciles», en textos tan difíciles como «Jabberwocky», y con ello mostrar su voluntad de poder sobre las palabras, aunque el ejercicio de este poder pueda resultar deliberadamente oscuro. Ello puede apreciarse en la siguiente afirmación:

Algunas palabras tienen su genio... particularmente los verbos..., son los más creídos..., con los adjetivos se puede hacer lo que se quiera, pero no con los verbos..., sin embargo, ¡yo me las arreglo para tenérselas tiasas a todas ellas! ¡Impenetrabilidad! Eso es lo que yo siempre digo.⁷

Asegurando luego que:

Cuando hago que una palabra trabaje tanto como esa [impenetrabilidad] —explicó Humpty Dumpty— siempre le doy una paga extraordinaria.⁸

Sin embargo, un segundo rasgo parece ser el más llamativo. Humpty Dumpty defiende una perspectiva del uso del lenguaje que parece reducir al absurdo la concepción convencionalista, es decir, que las palabras significan lo que ciertas normas convencionales fijan como significado. Humpty Dumpty parece llevar al extremo esta concepción, proponiendo que el significado de una palabra puede reducirse a la regla o la norma privada que fija un hablante para sí mismo.

En un pasaje clave, donde el tema es la mayor o la menor importancia de los no cumpleaños y los cumpleaños, Humpty Dumpty dice a Alicia:

—¡He ahí tu gloria!

—No sé qué es lo que quiere decir con eso de «gloria» —observó Alicia.

Humpty Dumpty sonrió despectivamente.

—Pues claro que no..., y no lo sabrás hasta que te lo diga. Quiere decir que «he ahí, te he dado con un bello y contundente argumento».

—Pero «gloria» no significa «un bello y contundente argumento»— objetó Alicia.

—Cuando yo uso una palabra —insistió Humpty Dumpty con un tono de voz más bien desdeñoso—, ella significa lo que yo elegí que significara..., ni más ni menos.

—La cuestión —insistió Alicia— es si se puede hacer que las palabras signifiquen tantas cosas diferentes.

—La cuestión —zanjó Humpty Dumpty— es saber quién es el que manda..., eso es todo.⁹

7 Carroll, L., o. cit, p. 58.

8 Ibídem, p. 59.

9 Ibídem, p. 58.

Por lo menos dos problemas diferentes en términos de lenguaje y comunicación emergen claramente: primero, la clásica concepción convencionalista estipulativa, las palabras dicen lo que dicen en virtud de una regla o una norma convencional que fija su significado; segundo, que tal estipulación depende de quién tenga el poder asimétrico para imponer tal significado a otros. Los dos problemas han sido abordados de diferentes maneras, de todos modos y aunque no es mi tema aquí mostrar el detalle, se muestran como fuertemente implausibles. Por un lado, se han dado argumentos contundentes contra la posibilidad de un lenguaje privado (es decir, un lenguaje que solo el hablante que lo concibe entiende) y, por otro, queda completamente en la oscuridad cuáles serían los mecanismos a través de los que se impone un lenguaje, en el sentido de que primero habría que explicar cómo es posible generar la regla semántica y luego explicar cómo han de comprender la regla semántica aquellos que deben obedecerla.

De todas maneras, para nuestro propósito expositivo, será suficiente notar que Alicia y Humpty Dumpty comprenden la escena y el diálogo, al igual que nosotros los lectores, en la medida en que el significado de las palabras es captado y funciona a posteriori bajo una definición estipulativa pública: las palabras significan tal y cual cosa, y ello se hace comprensible en una dimensión pública y no meramente recurriendo a un acto interior y privado de los hablantes. Es la dimensión dialógica pública lo que permite la comprensión (lo que el texto hace público para el lector) mutua y no el cumplimiento de expectativas sostenidas en el uso convencional de las palabras, tal como se usan en ciertos contextos estándar. El éxito comunicativo, es decir, la comprensión mutua debe ser entendida como un ajuste dialógico de las expectativas mutuas de hablante e intérprete, más que como el reconocimiento de reglas previamente establecidas y ya compartidas bajo una misma codificación.

Los ejemplos de usos del lenguaje del estilo Humpty Dumpty nos recuerdan que, más allá de las normas estándar que fijan el léxico habitual con el cual utilizamos nuestras palabras en contextos también estándar, siempre pueden darse desviaciones que violan nuestras expectativas de comprensión y que nos llevan a comprender al otro en virtud de una traducción-interpretación cuyo acuerdo es producto de la propia interacción dialógica y no de compartir previas normas o reglas. De esta manera, se puede sugerir que el éxito comunicativo no tiene como condición necesaria de realización el que se compartan las mismas reglas o normas. Los casos Humpty Dumpty y similares son mucho más comunes en la vida cotidiana de lo que suele sugerirse, por lo cual encontramos un tanto desencaminado explicar el éxito comunicativo sostenido en compartir un conjunto de reglas o código. De ser así, bastaría conocer las reglas para asegurar la comunicación y el lenguaje no sería más que un conjunto de previas reglas compartidas y usadas de manera similar por los diferentes hablantes.

En este sentido la comprensión mutua se rige menos por reglas prefijadas y más claramente por la actividad de hablante y oyente en la interacción dialógica. Ello vale igualmente en el contexto de la lectura, en el cual el lector debe

encontrar activamente la manera de comprender al autor y al texto. Esto nos llevará a nuestro próximo punto.

Pierre Menard

En general, cuando se habla de la relación entre el texto y sus lectores, luego de avanzadas las teorías de la recepción en los años sesenta y setenta, es frecuente referirse al significado del texto *para* el lector como el producto de una negociación que se encuentra implicada entre el significado del texto y el significado atribuido por el lector. Sin embargo, pocas veces se avanza sobre la noción misma de «el significado del texto». Normalmente se acepta como algo trivial que aquello que está expresado en el texto es lo que busca comprenderse y es la norma a partir de la cual toda negociación comienza. Ya sea un lector común o un avezado crítico, todos entienden —se supone— más o menos de la misma manera lo que quiere decir el significado del texto.

Creo que quien ha aportado una perspectiva extremadamente sugerente para pensar sobre este punto ha sido Jorge Luis Borges. En un camino que media entre la literatura y el ensayo filosófico, su genial y algo loco *Pierre Menard, autor del Quijote*,¹⁰ es —según nos lo recuerda Steiner— probablemente el más agudo y denso comentario que se haya dedicado al tema de la traducción.¹¹ De acuerdo con lo expuesto en la introducción, tomaré esta indicación recordando que el propio Steiner sugiere que traducir es comprender.

El problema de cómo vincular un texto con su fuente originaria de significado, es decir, comprender las intenciones y las elecciones del autor, así como la propia noción de qué es «ser un autor», están en el centro de la historia de Pierre Menard que nos relata Borges.

El narrador de la historia sostiene con confianza que el mayor e ignorado trabajo de Pierre Menard fue el proponerse realizar una exacta recreación, palabra por palabra, de partes del *Quijote* de Cervantes, no otro Quijote, sino *El Quijote*. Pero recreación no significa la copia del texto original. Se aclara rápidamente que Menard era un genio y no un plagiarlo, y la narración consiste en proporcionarnos una justificación lógica de tan intrigante y desconcertante proyecto. El narrador nos relata cómo fue pergeñado el método que condujo a Menard a escribir las páginas de los capítulos noveno y trigésimo octavo de la primera parte del *Quijote* y un fragmento del capítulo veintidós. Ellas —como ya dije— no son el producto de una mera copia o transcripción del original. Menard se impone a sí mismo una extraordinaria y difícil tarea de composición:

10 Borges, Jorge Luis, «Ficciones», en *Obras Completas*, tomo I (1923-1972), Buenos Aires, Emecé, 1972, pp. 444-450.

11 Si bien no es mi tema aquí, abundan las referencias en trabajos académicos recientes a la importancia de la práctica y los problemas de traducción en la producción literaria de Borges. Ver, por ejemplo, Sergio Gabriel Waisman, *Borges and Translation: The Irreverence of the Periphery*, Associated University Press, Cranbury, 2007; Efraín Kristal, *Invisible work: Borges and translation*, Vanderbilt University Press, Nashville, 2002.

escribir de manera creativa y espontánea en el español de Cervantes, pero para descartar todas aquellas composiciones que no se correspondieran palabra por palabra con las de Cervantes debería tener las razones más irrefutables (tal vez como las del mismo Cervantes) para justificar su elección.

Según el texto:

El método inicial que imaginó [Menard] era relativamente sencillo. Conocer bien el español, recuperar la fe católica, guerrear contra los moros o contra el turco, olvidar la historia de Europa entre los años de 1602 y de 1918, *ser* Miguel de Cervantes.¹²

Pero muy pronto perdió el interés en este enfoque, ya que solo consistía en recuperar la historia, ser Cervantes y luego simplemente volver a realizar el Quijote, un proceso difícil de ejecutar o algunos dirían imposible, pero de todos los imposibles seguramente el más fácil. Por lo tanto se plantea la mucho más interesante tarea de llegar al mismo fin a través de una cadena completamente diferente de circunstancias. Por consiguiente, seguir siendo Menard y escribir el Quijote. Es decir, tener las experiencias y la vida de Menard y, sin embargo, poder construir una lógica narrativa que lo conduzca a escribir el *Quijote*.

Ahora bien, la elección del *Quijote* no es casual, ¿por qué su elección? Según confiesa Menard en carta al narrador, por ser el *Quijote* innecesario. Menard no puede imaginarse el mundo sin Poe, pero sí sin el *Quijote*. Esta innecesidad es el primer punto de una observación sobre la comprensión de un texto. El *Quijote* es para Menard ajeno a su lengua (la francesa), ajeno a sus intereses y sus experiencias, por lo cual no cuenta con la colaboración de las inercias del lenguaje y la invención con las que contó el mismo Cervantes. Su obra queda limitada por dos leyes polares: «la primera me permite ensayar variantes de tipo formal o psicológico, la segunda me obliga a sacrificarlas al texto “original” y a razonar de un modo irrefutable esa aniquilación».¹³ Además hay que agregar una dificultad extra, «[...] comprender el *Quijote* a principios del siglo diecisiete era una empresa razonable, necesaria, acaso fatal; a principios del veinte, es casi imposible».¹⁴

Una vez constatadas las dificultades de la tarea de Menard, el narrador se place en mostrarnos las sutilezas y las profundas innovaciones generadas en la versión de Menard, por ejemplo aquellas que se registran entre la original frase de Cervantes: «[...] la verdad, cuya madre es la historia, émula del tiempo, depósito de las acciones [...]».¹⁵

Y aquella otra producida por Menard e incomparable con la primera: «[...] la verdad, cuya madre es la historia, émula del tiempo, depósito de las acciones [...]».¹⁶

12 Borges, J. L., o. cit., p. 447.

13 *Ibidem*, p. 448.

14 *Ídem*.

15 *Ibidem*, p. 449.

16 *Ídem*.

Ahora el narrador y el propio Borges, podríamos decir, terminan de descubrir para nosotros, aquellos lectores pocos sutiles (la mayoría de nosotros), las intenciones de Menard; este dedicó sus escrúpulos a repetir en un idioma ajeno un libro preexistente. Una reproducción que se transforma en una especie de palimpsesto en el cual todo hombre es capaz de reconocer y reproducir todas las ideas.

Menard, nos asegura el narrador,

[...] (acaso sin saberlo) ha enriquecido mediante una técnica nueva el arte detenido y rudimentario de la lectura: la técnica del anacronismo deliberado y de las atribuciones erróneas.¹⁷

Esta extraordinaria pieza borgiana, a través de Menard y su intento de reproducir el *Quijote* en otro tiempo y lugar, a través de otro autor, implica la inquietante suposición de que el significado de una obra, al tratar de ser leída y comprendida en contextos históricos y sociales distintos, nos sume a todos nosotros en tanto lectores en la locura reconstructiva de Menard. La comprensión en general, ya sea de un texto literario o, como ha estado de moda en los últimos tiempos, la comprensión de cualquier clase de texto (la persona, la cultura, las relaciones sociales, que según esta versión no serían otra cosa que textos), sorprendentemente no está asegurada en una identidad de significados que ha quedado atrapada como una norma inmutable en los signos lingüísticos. De ser así, la empresa Menard, aunque difícil, no sería más que una cuestión de tiempo. Con el tiempo adecuado, esa identidad intangible expresable en palabras idénticas volvería completamente transparentes las intenciones originales del texto y del autor. Comprender no sería otra cosa que finalmente reconstruir las normas de producción semántica que guiaron la composición.

Es decir, si bien es cierto que por una parte es imposible negar que las palabras, el texto, pueden y deben funcionar como un medio de realización de ciertas intenciones sin las cuales el texto original carecería de toda significatividad, por otra parte, sin embargo, nuestra lectura y nuestra comprensión se sostienen en la técnica de las atribuciones erróneas y el anacronismo deliberado.

La narración de Borges proyecta una adecuada luz sobre los procesos generarles de comprensión al cuestionar la viabilidad de los esfuerzos encaminados a identificar completamente un cuerpo de normas que permita reconstruir total y transparentemente las intenciones originales del texto y el autor.

En ello no reside alguna insinuación o indicio de desesperación que nos comine a abandonar la idea de unidad de significación o la noción de autor y sus intenciones. Creo que la sugerencia adecuada va por el lado de cuestionar la posibilidad de la perfecta identidad o certeza con la cual asumimos la comprensión del otro, ya sea un texto, un autor o las intenciones en general. Para decirlo en términos de Borges, aunque en un contexto un tanto distinto,

17 Borges, J. L., o. cit., p. 450.

no debemos emprender la supersticiosa ética del lector y buscar la perfección. Dice Borges:

La página de perfección, la página de la que ninguna palabra puede ser alterada sin daño, es la más precaria de todas. Los cambios del lenguaje borran los sentidos laterales y los matices; la página «perfecta» es la que consta de esos delicados valores y la que con facilidad mayor se desgasta. Inversamente, la página que tiene vocación de inmortalidad puede atravesar el fuego de las erratas, de las versiones aproximativas, de las distraídas lecturas, de las incomprendiones, sin dejar el alma en la prueba [...] el *Quijote* gana póstumas batallas contra sus traductores y sobrevive a toda descuidada versión. Heine, que nunca lo escuchó en español, lo pudo celebrar para siempre. Más vivo es el fantasma alemán o escandinavo o indostánico del *Quijote* que los ansiosos artificios verbales del estilista.¹⁸

[...] El concepto de *texto definitivo* no corresponde sino a la religión o al cansancio.¹⁹

La búsqueda de una supuesta perfección en la lectura o la traducción de un texto, para Borges, no expresa más que una pura superstición. Al igual que no existe un texto definitivo, salvo en la mitificación y la postulación de una unidad significativa completa y accesible universalmente, tampoco existe la identidad absoluta entre hablante e intérprete. La comprensión mutua entre texto y lector, entre quien comunica y quien comprende, subsiste aun a las malas atribuciones, a las erratas o a los artificios verbales de la lengua. Si aceptamos que el problema de la comprensión mutua subyace a cualquier interacción lingüística, al interior de una misma lengua o en la traducción interlingüística, se clarifica la pretensión de Steiner citada al comienzo de esta exposición: «comprender es traducir».

Traducción, comprensión y comunicación

Como nos lo recuerda Hans Georg Gadamer en el epígrafe a este trabajo:

La habilidad para comprender es un atributo fundamental del hombre, aquella que sostiene su vida en común con los demás y, sobre todo, la que toma lugar a través del lenguaje y la participación en la conversación. Pero, por otro lado, sin embargo, la lingüisticidad del evento que logra acuerdos en la comprensión [*Verständigungsgeschehen*], que es lo que está en juego

18 Borges, Jorge Luis, «La supersticiosa ética del lector», en *Obras completas*, tomo I (1923 -1972), Buenos Aires, Emecé, 1972, p. 204.

19 Borges, Jorge Luis, «Las versiones homéricas», en *Obras completas*, tomo I (1923 -1972), Buenos Aires, Emecé, 1972, p. 239.

entre las personas, significa nada más ni nada a menos de una barrera insuperable [...].²⁰

Esta barrera insuperable de la que habla Gadamer, ínsita en el propio evento lingüístico, puede interpretarse sin mayores dificultades como la insuperable falta de identidad entre los partícipes de cualquier interacción lingüísticamente mediada. Un ideal predominante de comunicación, que seguramente se remonta hasta el mito de una lengua única preabélica, sugiere —contra Gadamer— que estos inconvenientes en la comunicación se resolverán una vez que hayamos remontado la diversidad de lenguas y podamos generar o bien una lengua perfecta y universal, que como código único asegure toda interacción lingüística como una mera transacción de intercambio de información, o bien mecanismos de ajustes y compensación de las distorsiones, lo que en última instancia nuevamente nos remite al caso anterior. Es decir, se pretende asegurar la identidad entre emisores y destinatarios a través de la identidad del código, transformando —al menos por principio— a toda comunicación en *transparente*, sin residuos significativos. La precomprensión del código y la eficiencia en la transmisión que esta perspectiva sostendría no es algo fácil de negar, seguramente muchas de nuestras interacciones cotidianas se benefician de tal situación. El punto es que ello implica solo interacciones que no aportan ningún tipo de novedad ni transformación de los códigos, por lo que la generalización de este tipo de perspectivas promueve la eficiencia de la interacción al coste de su trivialización. Los casos Humpty Dumpty y los problemas de lectura e interpretación, insuperables, quedarían completamente al margen de la explicación en la que sustentan su noción de éxito comunicativo.

Creo que, sin embargo, como lo he sugerido en toda la exposición, una concepción de la comunicación como traducción, aceptando el esquema de Steiner: «comprender es traducir», nos presenta una vía no reduccionista de la comprensión que nos hace accesible el entendimiento de los casos Humpty Dumpty y las peripecias de Pierre Menard. En última instancia, el reto de Menard, seguir siendo Menard y comprender-elaborar el *Quijote*, sigue siendo nuestro reto.

20 Gadamer, Hans Georg, «Text and Interpretation», en Michelfelder, Diane P. y Palmer, Richard E. (eds.), *Dialogue and Deconstruction. The Gadamer Derrida Encounter*, Albany, SUNY Press, 1989, p. 21.

Bibliografía

- BORGES, JORGE LUIS, «Las versiones homéricas», en *Discusión. Obras completas. Volumen 1*, Buenos Aires, Emecé, 2001 [1932].
- «Ficciones», en *Obras completas*, tomo I (1923-1972), Buenos Aires, Emecé, 1972.
- «La supersticiosa ética del lector», en *Obras completas*, tomo I (1923-1972), Buenos Aires, Emecé, 1972.
- «Las versiones homéricas», en *Obras completas*, tomo I (1923-1972), Buenos Aires, Emecé, 1972.
- CARROLL, LEWIS, *Through the Looking Glass*, Edición española del Tesauro de Webster, San Diego, ICON Classics, 2005.
- GADAMER, HANS GEORG, «Text and Interpretation», en Michelfelder, Diane P. y Palmer, Richard E. (eds.), *Dialogue and Deconstruction. The Gadamer Derrida Encounter*, Albany, SUNY Press, 1989.
- STEINER, GEORGE, *After Babel. Aspects of Language and Translation*, Londres, Oxford University Press, 1998.
- *Después de Babel. Aspectos del lenguaje y la traducción*, Ciudad de México, FCE, 1980.

Una mirada a la dimensión estética del espacio público

MARÍA FABIANA LUNA¹

El espacio público ha sido entendido desde la *modernidad* como el lugar privilegiado en el que se desarrolla el diálogo público y donde los sujetos alcanzan su autonomía a través del uso público de su razón en la medida en que deliberan el marco normativo que orienta las políticas públicas y los principios bajo los cuales se ordena una sociedad. Esta concepción liberal del espacio público tenía, entre otros condicionantes, el de asegurar un acceso igualitario a todos aquellos que quisieran participar de él, bajo la estima de que es a la vista del público donde se reflexiona, se examina y se justifica el carácter justo de las instituciones. Esta idea, que liga la legitimación del poder y de las instituciones a un proceso público abierto, se constituyó en uno de los fundamentos más importantes del liberalismo político, cuyos orígenes se remontan a las teorías del contrato social.

Sin embargo, el proyecto moderno presentó desde sus inicios un cúmulo de contradicciones que fueron perfilando las diversas problemáticas a las que se enfrentó la esfera pública, contraviniendo, en cierta forma, la pretensión primera con que nacía el modelo liberal de espacio público.

Una de las dificultades que me interesa abordar en esta instancia se vincula con aquellas formas discursivas que por su pretensión explicativa y totalizadora de la realidad se tornan en un determinado momento dominantes bajo un marco institucional que prescribe y organiza la experiencia de los sujetos. Esta situación, al legitimar y universalizar un punto de vista particular, va generando una especie de distorsión en la comunicación que obstaculiza la concurrencia de otros discursos, volviendo dificultosa una aproximación crítica. Esto redundando tanto en la imposibilidad de hacer visible la homogeneidad lingüística y cultural que se da en torno a un discurso cuya productividad ideológica va constituyendo los vínculos simbólicos de nuestras prácticas cotidianas, como en la dificultad de generar espacios de autorreflexión que permitan al sujeto sortear los efectos ideológicos de un discurso que repercute en la conformación de su propia identidad.

En este sentido, mi propósito es mostrar cómo, a partir de la categoría de *distanciamiento* propuesta por Paul Ricœur, la escritura y, en particular, el lenguaje en su dimensión estética, tienen la capacidad de instaurar momentos de autonomía logrados por los procesos de descontextualización a los que

1 Instituto de Comunicación, Facultad de Información y Comunicación, Universidad de la República

está sujeto todo texto. Específicamente, su falta de constreñimiento a toda referencia de carácter ostensivo es lo que resulta relevante para una crítica de las ideologías, puesto que toda realidad dada puede ser resignificada en una posibilidad de ser desplegada delante del texto, constituyéndose así en una crítica de lo real.

La riqueza de esta propuesta, encaminada a reflexionar sobre los problemas de comunicación del espacio público, permite dar cuenta de las condiciones históricas y culturales a las que está sometida toda comunicación humana, al tiempo que nos previene de los posibles efectos ideológicos que afectan a *toda* tradición cuando se la vincula con la autoridad y el poder. Este recorrido me permitirá a su vez dilucidar qué tipo de experiencia y de concepción del lenguaje se proyecta para un espacio público en el que la razón asume la dialéctica existente entre la experiencia de pertenencia y de extrañamiento, y donde la función mimética del lenguaje permite dar el salto hacia la esfera práctica, habilitando de esta forma la dimensión ética del espacio público desde el momento mismo en que el sujeto se hace responsable de sus actos al proyectar un mundo distinto de aquel que le ha sido dado.

Una de las temáticas que articulan la problemática hermenéutica en la propuesta de Ricœur se da en torno a la noción de *texto*, en particular, la dialéctica entre acontecimiento y significado como momentos constitutivos del discurso que este lleva ínsito habilita los distintos distanciamientos a los que nos constriñe un discurso inscrito en la escritura. Así, el texto pasa a ser «[...] el paradigma del distanciamiento en la comunicación y, por eso, revela un rasgo fundamental de la historicidad misma de la experiencia humana: que es una comunicación en y por la distancia».² Desde esta perspectiva, el distanciamiento se presenta como un aspecto positivo y productivo de la comunicación humana, que bajo las condiciones de la escritura convierte al texto en algo autónomo.

Al no tomar como modelo la situación dialógica, el texto, respecto a la oralidad, produce una especie de trastocamiento en la relación que se establece entre el lenguaje y el mundo, y entre las diversas subjetividades implicadas, resultante de la serie de distanciamientos que nos ofrece la propia estructura del texto. De esta manera, el acto de interpretación no se propone acceder a la intención del autor, puesto que el texto obliga al acontecimiento a entrar en un proceso de comprensión donde significado verbal y significado mental se disocian, instaurando un distanciamiento que permite acceder a lo que significa el texto. A su vez, el discurso escrito hace que las condiciones socioculturales de su producción se vean en cierta medida aplazadas, permitiendo al acto de lectura descontextualizar el texto para recontextualizarlo luego en otra situación, distinta a la de su producción. Sin embargo, el distanciamiento que sostiene la tarea principal de la hermenéutica se vincula al tipo de referencia que se despliega ante el texto, que generará lo que explicaremos bajo

2 Ricœur, Paul, *Del texto a la acción*, Ciudad de México, FCE, 2001, p. 96.

la denominación del mundo del texto. De esta manera, desde la propia estructuración de la obra, el distanciamiento pasa a ser no solo un elemento constitutivo del texto, sino también la condición de la interpretación. En este sentido, el distanciamiento es un *momento de la mediación misma*, posibilitado por un curso narrativo formulado en términos de un círculo hermenéutico signado por una prefiguración, una configuración y una refiguración narrativas. Estos tres momentos, correlativos a los distintos distanciamientos instituidos por la escritura, son *espacios de autonomía* conquistados por el texto, a partir de los cuales se introduce la dimensión reflexiva en el proceso de interpretación, pasando a ser el distanciamiento la condición tanto de la autonomía del texto como de la del propio sujeto, que en tanto agente tendrá la posibilidad de resignificar lo que le es transmitido por los textos.

El lenguaje privilegiado para esta redescipción del mundo es el de la ficción. En ella se actualiza la *función mimética* del lenguaje, que imita la realidad al tiempo que la recrea. La metáfora, como su figura modelo, expresa aspectos de la realidad que de otra forma se mantendrían ocultos en el lenguaje ordinario, desde el momento en que despliega un tipo de referencia que logra escindirse de la realidad ostensiva al develar otras formas de *ser en el mundo* que promueven nuevas interpretaciones y experiencias de la realidad. Uno de los momentos clave del trabajo hermenéutico es el de la *configuración de la trama*. Su tarea consiste en organizar una multiplicidad de elementos, agentes, eventos, metas, medios, interacciones, circunstancias, consecuencias, recursos de la fortuna y resultados inesperados, en una totalidad significativa e inteligible que permite mediar entre la precomprensión y la poscomprensión de la acción: «el relato es un procedimiento de redescipción, en el cual la función heurística procede de la estructura narrativa y donde la redescipción tiene como referente a la acción misma».³ En este sentido, el relato introduce un momento intersubjetivo en el proceso interpretativo, al permitir que el significado de la acción se haga público desde el momento en que las reglas, las normas y los signos que conforman una cultura constituyen la estructura simbólica de la acción y pasan a formar parte de la trama narrativa. Consecuentemente, las estructuras prenarrativas y narrativas establecen una dinámica entre *innovación y sedimentación* en la que al acto de narrar se adjudica, por un lado, la tarea de transmitir una tradición estableciendo un lazo con el pasado y, por otro, la de facilitar nuevas interpretaciones; una dinámica en la que los valores y las creencias que constituyen el discurso ideológico, tanto en su función integradora como legitimadora, pueden ser reconocidos como *prejuicios*, que llevados al discurso establecen un tipo de dominio sobre el espacio público que en su vinculación con la autoridad y el poder hacen de él un discurso monológico que violenta y distorsiona la comunicación. Esta dialéctica entre pertenencia y distanciamiento nos muestra que las narrativas muchas veces necesitan ser clarificadas por un

3 Ricœur, P., *Del texto...*, o. cit., p. 206.

tipo de narración que por su proyección crítica tenga la potencialidad de denunciar aquellas relaciones de dependencia ideológicamente establecidas en el discurso, contribuyendo así a la tarea de *innovación semántica* a la que está sujeta la interpretación de un texto, señalando la tarea principal de la hermenéutica: la de desplegar el *mundo del texto*.

Como fue señalado, uno de los distanciamientos más relevantes para la labor de una hermenéutica crítica se vincula al tipo de referencia que la ficción, bajo las condiciones impuestas por la escritura y por la propia estructura de la obra, tiene la capacidad de desplegar, distinta a la de la función ostensiva del discurso. Al no contar con los mismos parámetros espaciotemporales que dan cuenta de una situación compartida por los interlocutores, la ficción suprime toda referencia a la realidad, al mismo tiempo que libera una referencia nueva, de otro tipo, vinculada a un mundo que no es el de los objetos manipulables, sino el mundo de nuestras valoraciones, nuestras creencias, nuestros deseos y nuestros proyectos, que pertenecen a nuestro mundo vivido. Es decir, la tensión entre lo literal y lo imaginativo es lo que orienta la búsqueda de nuevos significados, desde el momento mismo en que ayuda a percibir nuevas relaciones entre las cosas, ampliando así nuestra habilidad para expresar, interpretar y transformar la realidad. Así, el poder de la ficción encuentra en la facultad de la imaginación la posibilidad de ejercer no solo su función mimética al redescubrir una realidad, sino también su función proyectiva, que coloca al sujeto en el curso de una acción significativa, de un poder hacer, por eso «la imaginación proporciona el medio, la claridad luminosa, donde pueden compararse y medirse motivos tan heterogéneos como los deseos y las exigencias éticas tan diversas como las reglas profesionales, las costumbres sociales o los valores fuertemente personales».⁴ En el entendido de que no hay acción sin imaginación, la ficción nos otorga el motivo práctico para dar inicio a una nueva cadena de acontecimientos, desde el momento en que el mundo que se despliega ante el texto permite que nos proyectemos desde una situación presente en una posibilidad de ser. De esta forma, la ficción siempre abre nuevas posibilidades de *ser en el mundo*, porque no se dirige al ser dado sino a una posibilidad de ser que se abre ante el texto y que el acto de lectura descubre bajo la modalidad de un *poder ser*.

En este sentido, la narración tiene una *significación política* para el espacio público. Al tomar como centro de gravedad la *acción de los hombres*, narra el escenario en que los hombres alcanzan la felicidad o caen bajo el infortunio, es decir, la propia configuración narrativa se presenta como un gran «laboratorio de pensamientos» donde se disputan distintos modelos de vida buena y en el que se experimentan conflictos de obligaciones ante los cuales los hombres deciden y juzgan. Frente a este escenario que configura la ficción, el sujeto adopta una actitud reflexiva al examinar y evaluar sus acciones pasadas y su situación presente en relación con el conjunto de la sociedad. Vinculada a la *identidad temporal*, la narración supone un *espectador privilegiado* que tiene la capacidad

4 Ricœur, P., *Del texto...*, o. cit., p. 207.

de distanciarse de los acontecimientos pasados, otorgando un sentido a la serie de eventos desvinculados entre sí que pautan el tiempo humano y a partir de la cual accedemos a la comprensión de nosotros mismos y nos reconocemos como personas: «el tiempo se transforma en tiempo humano en la medida que es organizado en una narración y esta se torna significativa si representa nuestra experiencia temporal».⁵

Así, nuestra identidad temporal se inscribe en un proceso de autocomprensión tanto individual como colectiva, donde el sujeto logra apropiarse de su pasado resignificándolo en otro contexto. Este momento subjetivo de *apropiación*, posibilitado por la refiguración narrativa que realiza el acto de lectura, presenta al yo de la autocomprensión como el fruto de una vida que ha sido examinada y, en buena medida, purgada y clarificada por el efecto catártico de la narración. Por tal motivo, la ficción introduce un *momento ético* generado por los distintos modelos de vida buena que se le presentan al lector como un espacio rico en posibilidades para la razón práctica, donde se transmite una *visión del mundo* no desprovista del componente normativo en el que se proyecta un *deber ser*. De esta forma, el sujeto de la interpretación, en su calidad de *agente*, al optar por una identidad se hace responsable éticamente de las consecuencias de su decisión, alcanzando su autonomía al reconocerse como persona que tiene la libertad de elegir entre los diferentes modelos de realización humana que lo motivan a dar inicio a una serie de acciones que pueden romper con la regularidad impuesta institucionalmente. Como lo señala Martha Nussbaum, el conflicto trágico tiene una significación política, por el tipo de cuestionamiento que introduce al colocarnos ante situaciones que expresan un conflicto de obligaciones donde no es fácil decidir y donde la pregunta por el carácter moral de las posibles alternativas y el tipo de respuesta pautarán, en cierta forma, el contenido ético de la decisión adoptada.⁶

Lo significativo en el análisis que realiza Ricœur en torno a la categoría de distanciamiento es que permite ubicarnos de forma no totalizadora entre el reconocimiento de nuestra pertenencia a una cultura y la necesidad de instaurar una instancia crítica que evalúe la forma en que se relaciona la tradición recibida con los arreglos sociales vigentes, ya sea porque preserva un estado de situación que se valora como negativo para la constitución de una sociedad justa o porque su carga axiológica y normativa tiene todavía el poder de subvertir el estado actual, resignificándolo en nuestro contexto cultural. Asumiendo que, en ambos casos, son las instancias discursivas las que diagraman las posibilidades del espacio público, en la medida en que suponen, en el sentido habermasiano, un tipo de racionalidad orientada hacia un interés técnico, práctico o crítico, la función hermenéutica del distanciamiento pone a jugar dialécticamente los dos últimos y trata de denunciar el dominio que el primero pueda tener en la conformación

5 Ricœur, Paul, *Time and narrative*, vol. 1, Chicago, University of Chicago Press, 1985, p. 3.

6 Nussbaum, Martha, «Ricœur on tragedy», en Hall, W. David (ed.), *Paul Ricœur and contemporary moral thought*, Nueva York, Routledge, 2002, pp. 268-270.

discursiva del espacio público. Por eso la ideología aquí es reconocida en su positividad, los componentes ideológicos del discurso ejercen su función integradora en la medida en que la ideología constituye la dimensión simbólica de nuestras prácticas cotidianas y al hacerlo nos coloca también en el camino de la justificación y la distorsión, instituyendo un orden del discurso. Por tal motivo, la propuesta de una hermenéutica crítica nos previene de nuestra incapacidad de alcanzar un punto de vista desprovisto de contenidos ideológicos, es decir, de una reflexión total que colocaría a la crítica de las ideologías en el camino de un saber absoluto, puesto que antes de toda distancia crítica pertenecemos a una historia, una cultura, una nación, a una o varias tradiciones que nos proveen del conjunto de identificaciones adquiridas que conforman nuestra identidad. En consecuencia, todo sujeto, cuando se enfrenta a una situación, la juzga sobre la base de una serie de presupuestos, por lo cual toda instancia reflexiva y crítica siempre estará precedida por una relación de pertenencia que la razón no puede recuperar en su totalidad, porque el sujeto no puede distanciarse tan fácilmente de la totalidad de sus condicionamientos. Esta condición ontológica de precomprensión, junto con la necesidad de contemplar en el seno de la hermenéutica los planteos provenientes de la crítica de las ideologías, permite al autor tornar dialéctica la relación entre pertenencia y distanciamiento.

Sin embargo, esta situación no elimina la posibilidad de que se presenten ciertos momentos de relativa autonomía generados por la propia estructura del texto y por las condiciones que la hermenéutica de los textos establece para su comprensión, en las que la ficción cumple un papel relevante. Es así que en el planteo de Ricœur la instancia crítica se introduce como un momento fundamental en el trabajo hermenéutico. Su función no supone ni acceder a la intención primera del autor ni tampoco se reduce a la mera explicación de la estructura del texto, sino que la propia dialéctica propuesta entre explicar y comprender da lugar, por un lado, a una crítica de las ideologías, que bajo una idea reguladora y orientada por un interés emancipatorio evita la violencia ejercida por todo discurso que se torne dominante, apostando a una comunicación sin límites y sin coacciones, y, por otro, permite la apropiación del mundo del texto desde el momento en que el conjunto de referencias abiertas por este permite que los sujetos rompan con las tutelas que los sujetan a su realidad ostensiva, habilitándolos a redescubrir su realidad al proyectarse bajo otra forma de *ser en el mundo* y encontrándole un sentido a su finita existencia humana.

Bibliografía

- NUSSBAUM, MARTHA, «Ricœur on tragedy», en Hall, W. David (ed.), *Paul Ricœur and contemporary moral thought*, Nueva York, Routledge, 2002, pp. 268-270.
- RICŒUR, PAUL, *Del texto a la acción*, Ciudad de México, FCE, 2001.
- *Sí mismo como otro*, Madrid, Siglo XXI, 1996.
- *Lectures on ideology and utopia*, Nueva York, Columbia University Press, 1986.
- *Time and narrative*, vol. 1, Chicago, University of Chicago Press, 1985.

Comunicabilidad, entre mediaciones y marcos de referencia

FABRICIO DA CUNHA¹

[...] parece haber una base para pensar que estamos ante una excitante nueva fase en la investigación de audiencias, bastante novedosa y aperturista.

Stuart Hall²

Introducción

En la actualidad, las audiencias y la interpretación de los principales aspectos culturales son objeto de variados estudios vinculados con las identidades culturales. El estudio de la cultura se diversifica en innumerables análisis y metodologías específicas de acuerdo con cada contexto referente.

No obstante, la institucionalización de los estudios sobre la cultura se sitúa en la creación del Centre of Contemporary Cultural Studies (cccs) de la Universidad de Birmingham en los años sesenta. Hasta ese momento había en Inglaterra ciertos intereses específicos que se iban consolidando en distintas áreas y desde distintas disciplinas. Anteriormente, el centro de interés estuvo localizado en los cursos de educación para adultos de las distintas escuelas técnicas que empezaron a funcionar desde finales del siglo XIX.³ Frank R. Leavis fue uno de los principales exponentes del período preinstitucional de los estudios culturales, ya que consolidó —junto a otros autores— un programa de extensión educativa y cultural en círculos que no representaban la legitimación de contenidos impartidos en las universidades de Oxford y Cambridge.⁴ Entre los años treinta y cincuenta se publicó bajo su mandato la revista *Scrutiny*, que plantea una revisión analítica sobre los estudios literarios ingleses. En este sentido, Leavis fue uno de los primeros en llamar la atención sobre la falta de una perspectiva crítica en la valoración de la

1 Instituto de Comunicación, Facultad de Información y Comunicación, Universidad de la República.

2 Hall, Stuart, «Codificación y decodificación en el discurso televisivo». En *Cuadernos de Información y Comunicación*, 2004.

3 Mattelart, Armand, *Introducción a los estudios culturales*, Barcelona, Paidós, 2004, p. 47.

4 *Ibidem*, p. 45.

producción cultural de las clases populares inglesas.⁵ A ello se suma el surgimiento de las obras de Richard Hoggart, Edward Thompson y Raymond Williams, previas a la fundación del CCCS. Esto generó que luego, en el proceso institucional de los estudios culturales, se consolidasen líneas de investigación centradas en problemas como la significación de la producción cultural, el interés por situar la «significatividad» de la cotidianidad de la vida social de las clases populares como formas de dominación y hegemonía. De forma general, podemos expresar que las primeras etapas de los estudios culturales de la Universidad de Birmingham situaron su interés en la explicación del cambio social como transformación cultural, al analizar las formas de intercambio simbólico, las relaciones sociales y las instituciones que identifican ciertas épocas.

Referentes a nuestra contemporaneidad, este tipo de estudios sobre la cultura y lo popular se ha diversificado, perdiendo la importancia del proyecto social originario, que tuvo su mayor despliegue en los años sesenta y setenta. Asimismo, la situación descrita se ve reforzada por la disolución del CCCS en los noventa. Por tal motivo, vemos la necesidad de identificar cuál ha sido la importancia conceptual que unificó las primeras etapas de discusión de los estudios culturales y qué relevancia tiene su invisibilidad en el contexto contemporáneo.

A partir del problema de la significación como codificación que se plantea en la obra *Cultura y sociedad* de Raymond Williams y a partir de la crítica que presenta Stuart Hall en la distinción entre los paradigmas culturalista y estructuralista, podemos observar el estudio social como una tensión entre la creatividad y la normatividad. Finalmente, podremos comprender el análisis social como un problema de comunicabilidad y hegemonía.

El objetivo de este trabajo es indagar sobre los fundamentos que permiten a Raymond Williams situar la ubicuidad social como dialéctica entre la capacidad de significación de los sujetos —*creatividad*— y el proceso de codificación institucional —*normatividad*—. Además, presentaremos la distinción que aporta Stuart Hall para comprender esta relación como un proceso activo de circulación de significados y como una estructura dinámica de la cultura. A partir de ello surgen algunas interrogantes. ¿Cuáles son los fundamentos que justifican el cambio social en el planteo de Raymond Williams? ¿Cuál es el aporte de Stuart Hall a la comprensión social? ¿Cómo se define en estos términos el estado de la comunicación?

Sobre la codificación y marcos de referencia

En *Cultura y sociedad*, Raymond Williams analiza las principales transformaciones culturales que se hacen visibles en el proceso de institucionalización de la sociedad inglesa, principalmente en el siglo XIX y principios del XX. Williams observa cómo se van utilizando en la sociedad ciertos sentidos

5 Leavis, Frank y Thompson, Denys, *Culture and Environment: The Training of Critical Awareness. Contributors*, Londres, Chatto & Windus, 1933.

simbólicos —clasificación de ciertos conceptos— que son trascendentes para el arraigo social y la configuración del espacio común de la sociedad moderna. Estos significados, que predominan en los discursos de la vida pública, son interpretados como respuesta a las condiciones más generales de la vida social. Quiere decir que las características culturales son entendidas como una forma de organización social en torno a la predominancia de ciertas instituciones, relaciones políticas y formas de intercambio material y simbólico que delimitan ese lugar común de las relaciones modernas. En este sentido, se entiende por cultura «toda una forma de vida material, espiritual y simbólica».⁶ Por esto, el hecho de analizar y describir desde un punto de vista histórico los usos del lenguaje en torno a los discursos dominantes de la época es una forma de observar las tensiones y las univocidades que se vuelven predominantes para la consolidación del sistema democrático.

El objetivo de Williams es contextualizar una posición crítica sobre la cultura democrática y la participación pública mediada por las nuevas técnicas de la comunicación de masas —pos segunda guerra mundial—, en la que aparece un proceso de significación y codificación de la vida pública que responde de manera general a formas de predominio material y simbólico. Lo primero que debemos observar es la importancia que Williams atribuye a la mediación simbólica del lenguaje como forma de generar cohesión social y univocidad en términos culturales, para luego comprender cuál es su consecuencia desde un aspecto comunicacional. ¿Cuál es la relevancia de ubicar a partir de las características simbólicas, las condiciones generales de la vida social?

Observemos que hay dos dimensiones presentes en la idea de mediación: la producción simbólica y las relaciones materiales. En este sentido, la idea de reproductividad social parece estar garantizada de acuerdo con estos dos aspectos. Comenta Williams sobre las transformaciones semánticas:

Los cambios en su uso [...] dan testimonio de un cambio general de nuestros modos característicos de pensar la vida en común: nuestras instituciones sociales, políticas y económicas; los objetivos que estas están destinadas a encarar; y las relaciones de nuestras actividades en el aprendizaje, la educación y las artes con estas instituciones y objetivos.⁷

Podemos reconocer entonces en su análisis que el sentido social semántico que predomina en una época determinada se configura como respuesta o como diálogo con los sistemas de regulación social. En otros términos, observamos que Williams analiza la dimensión semántica como respuesta a las condiciones normativas que predominan en Inglaterra en la época posindustrial.

El núcleo central de tal estudio está en encontrar la producción de significados que representa la institucionalidad social y a partir de ello sacar conclusiones generales sobre el tipo de relaciones y la vida en común. En términos

6 Williams, Raymond, *Cultura y sociedad. 1780-1950. De Coleridge a Orwell*, Buenos Aires, Nueva Visión, 2001, p. 265.

7 *Ibidem*, p. 13.

de Williams, haciendo énfasis en el carácter organizacional, la forma en que la sociedad inglesa comprende y atribuye sentido a sus transformaciones tiene que ver con la legitimación de ciertos significados que dan respuesta a lo general. La extensión del lenguaje y la legitimación de significados comunes predominantes manifiestan determinadas formas de organización social e institucionalidad a partir de una configuración simbólica en común⁸.

Un ejemplo de ello puede observarse cuando Williams analiza la producción literaria de Tomas Carlyle, especialmente su crítica al proceso de industrialización del siglo XIX. Williams observa que la fundamentación de Carlyle se apoya en algunas consecuencias sociales y en función de ellas propone una alternativa. Desde el punto de vista de los efectos sociales, el proceso de desarrollo industrial y la vida cotidiana, al proyectarse desde la organización institucional del Estado, generan importantes cambios de disposición de los sujetos para las nuevas relaciones y actividades relacionadas con la industria. Carlyle lo explica en términos de cambios de energía social en lo que denominó «la era mecánica».⁹ Son transformaciones sociales que tienen que ver con las formas de racionalidad y con el tipo de sensibilidad que caracteriza a una época, ya que «el mismo hábito regula no solo nuestros modos de acción, sino nuestros modos de pensamiento y sentimiento. La mente y el corazón de los hombres se mecanizan, lo mismo que sus manos».¹⁰ En estos términos, Carlyle hace referencia a la sistematización de las nuevas formas de intercambio material y simbólico que agudizan la separación de la vida orgánica y afectiva de la estructura productiva.

No obstante, el punto de principal interés que aporta su crítica se ubica en comprender este proceso de abstracción social promovida por las nuevas relaciones de producción como un proceso de dominación política basado en una nueva configuración material, pero principalmente simbólica. Entendemos por esto último la construcción de ciertos sentidos semánticos que se vuelven dominantes en función de promover unidad, cohesión y control social. Comenta al respecto:

El poderoso interés puesto en los *meros dispositivos políticos* [...] Si las leyes y el gobierno estuvieran en buen orden, todo estaría bien para nosotros [...] Tan dedicados estamos a este principio, y al mismo tiempo somos tan curiosamente mecánicos, que una nueva actividad, especialmente fundada en él, ha surgido entre nosotros con el nombre de «Codificación», o elaboración de códigos en abstracto; mediante la cual puede proveerse a cualquier pueblo, por una consideración razonable, de un código bien hecho [...].¹¹

8 Williams, R., *Cultura y sociedad...*, o. cit., p. 265.

9 *Ibidem*, p. 74.

10 Carlyle, Thomas, «Signs of the times», en Williams, Raymond, *Cultura y sociedad. 1780-1950. De Coleridge a Orwell*, Buenos Aires, Nueva Visión, 2001, pp. 233-236.

11 *Ibidem*, pp. 239-240.

Por ello, es posible hacer una síntesis de la problemática social inglesa denunciada por Carlyle en tres dimensiones: por un lado, el nivel empírico-sensible, es decir, las formas de pensamiento y sentimiento de una época determinada que se visualizan en términos de cambios de energía social. Esto representa la expresión de las actividades cotidianas —*relaciones de producción*—. En segundo lugar, la organización y la proyección institucional —*sistemas de mediación y regulación*—. Y en tercer lugar, la estructura de significados que tiende a legitimar ciertas reglas comunes para el hábitat de discusión y participación en el espacio común —*la codificación de la opinión pública*—. Carlyle sostiene que: «Nuestra [...] ‘moralidad superior’ es más bien, en verdad, ‘una criminalidad inferior’, no producida por un mayor amor a la Virtud, sino por la mayor perfección de la Policía; y de esa Policía mucho más sutil y fuerte llamada opinión pública».¹²

Obsérvese que la denuncia de Carlyle nos advierte que comienza a operar una lógica de dominación que no responde meramente a una dependencia material. En este sentido, la disposición del control social de la sociedad civil se basa en el ejercicio racional de la capacidad comprensiva de los sujetos y ello requiere de una nueva forma de cohesión a través de la influencia en la configuración del espacio público.¹³ Se evidencia entonces la relación entre las variaciones de significación y las jerarquías institucionales. Williams lo presenta en términos empíricos como formas de pensamiento y acción. Carlyle explicita una denuncia sobre un aspecto más estructural: el control a partir de la configuración de la sensibilidad del espacio de discusión pública. A partir del reconocimiento de este diagnóstico, indagemos los fundamentos para situar las problemáticas del cambio social desde una perspectiva de los estudios de la cultura, específicamente, la alternativa que propone Stuart Hall.

La tensión como fundamento de lo hegemónico

El análisis que realiza Stuart Hall en varios de sus textos nos permite obtener un marco general para comprender la dinámica social como una tensión entre transformación y equilibrio desde un punto de vista de la organización social. Ello nos permitirá situar un contexto general de reflexión sobre la producción y la circulación de significados con consecuentes repercusiones sobre el estado general del proceso comunicacional del intercambio cultural.

El énfasis de su obra está en tomar en consideración las principales discusiones y los planteos en la génesis de la primera etapa de los estudios culturales y organizar una interpretación crítica sobre el efecto ideológico de los contenidos semánticos de los medios de comunicación. Para llegar a ello, Hall toma dos enfoques sobre la explicación social: un enfoque culturalista, a partir de los aportes de Williams y Thompson, y un enfoque estructuralista, con un fuerte énfasis en

12 Carlyle, T., o. cit., p. 249.

13 Habermas, Jürgen, *Historia y crítica de la opinión pública. La transformación estructural de la vida pública*, Ciudad de México, Gustavo Gili, 2005.

la noción de ideología de Louis Althusser. Hall encuentra debilidades y fortalezas en ambos enfoques, pero propone una alternativa que permite articular sus principales aportes para comprender la dinámica social como mediación simbólica y material. En este sentido, acude a tres aspectos que clarifican la idea de mediación: dominación ideológica, construcción de hegemonía y circulación de significados, tres cuestiones que refuerzan la idea de mediación y se traducen en relaciones y formas de intercambio cultural. Quiere decir que se vuelven evidentes en el reconocimiento social ciertas formas simbólicas y condicionamientos materiales que se establecen como organización. ¿En qué sentido puede comprenderse la dinámica social desde el reconocimiento estructural? Ubicaremos en lo que sigue el contexto de la referencia que sitúa el texto *Estudios Culturales: dos paradigmas* para luego sacar conclusiones sobre la circulación semántica que se da en la comunicatividad de una cultura.

Luis Althusser, en *La Revolución teórica de Marx*, propone reflexionar sobre la dinámica social como un proceso en el cual es a partir de las actividades sociales que se legitiman las relaciones de dominación y control. La noción de sobredeterminación que trabaja Althusser hace referencia a este aspecto paradójico. Quiere decir que la tensión social se produce por relaciones materiales asentadas en la estructura tradicional de una cultura. Sin embargo, en este caso lo material responde a la interiorización simbólica de la comprensión social. La transformación social y la legitimación institucional, en este sentido, tienen que ver con la actualización de los sujetos en la aceptación o el rechazo de ciertas jerarquías sociales. La idea de observar la cultura como una interrelación orgánica es una forma de situar las formas de dominación cultural como actualización de los sujetos. Es por ello que la idea de sobredeterminación se refiere a que son las actividades laborales, educativas, religiosas, culturales, institucionales, etcétera en las que se actualiza, mantiene y se proyecta la dinámica de la dominación imperante.

Althusser nos permite comprender que la forma de situar el cambio social no puede verse como una construcción meramente histórico-material, ni tampoco como un proceso determinado por condiciones externas. La dinámica social y las formas de dominación se asientan en estructuras que no pierden su característica esencial, sino que las modificaciones históricas se van actualizando de acuerdo con las variantes de la estructura orgánica de la sociedad.

En forma general, esta idea aparece también desarrollada en *Ideología y aparatos ideológicos del Estado*, donde Althusser propone como tesis central la idea de que bajo la condición estructural de la dinámica social se fundamenta la función ideológica como una forma de dominación simbólica y material que se promueve a través de instituciones y que se manifiesta y se actualiza de forma inconsciente en las prácticas y las formas de representación social.¹⁴ Ubicar la ideología como «sistema de representación» nos permite observar la creatividad social bajo un matiz

14 Althusser, Louis, *Ideología y aparatos ideológicos del Estado*, Buenos Aires, Nueva Visión, 1992, p. 49.

negativo, en el sentido de que hasta ahora contiene la idea de dominación. En estos términos, quiere decir que la capacidad representativa puede verse como una limitación y no como un factor de autonomía en la identidad de los sujetos. Comenta Althusser que «no son sus condiciones reales de existencia, su mundo real, lo que los hombres se representan en la ideología sino que lo representado es ante todo la relación que existe entre ellos y las condiciones de existencia».¹⁵ Vemos que la referencia sobre la mediación simbólica no solo representa una situación, sino que construye imaginación, referencia y produce actividad práctica, pero siempre en función de las condiciones materiales de existencia, que son en definitiva los motivos por los cuales se ejerce influencia. Ello se traduce en discursos y significaciones que se vuelven dominantes, que guían y delimitan la espontaneidad social. La estructura y la función social de la ideología se hacen palpables en el aspecto creativo y no estático, en la generación de transformaciones a partir de acumulaciones y contradicciones que responden a los deslizamientos espontáneos que imprime el intercambio cultural.

Es a partir de la noción de hegemonía de Antonio Gramsci que Stuart Hall retoma la idea de dominación como implicación, pero con un sentido mucho más profundo en su alternativa. En Gramsci las formas de dominación no responden a un aspecto estructural del Estado erigiéndose sobre lo social, como parece estar presente en Althusser. El planteo de Gramsci presenta las relaciones de dominación de forma similar, pero con una notable diferencia. Althusser, a pesar de reconocer la actividad social como construcción semántica, hace prevalecer la «invariante estructural» como marco ordenador de la relación social. Gramsci no reconoce lo invariante como principio organizador, sino que subraya la capacidad activa de los sujetos de construir y consolidar alianzas, dominios, jerarquías, proyección política. Es decir, propone la construcción social como relaciones hegemónicas. Entiéndase por este concepto las formas de organización, relacionamiento, establecimiento de jerarquías, códigos y normas que remarcan el aspecto transitorio de una situación social. Por ello se vuelve necesario el esfuerzo abstracto de generar cohesión a partir de proyección y dirección. Pero no hay, como método de explicación, el énfasis sobre determinaciones externas, independientes a los propios procesos históricos. En este sentido, vemos dos niveles de análisis en los que nos apoyamos: lo que se hace visible y lo que forma parte de la invisibilidad social. Asimismo, es necesario hacer una distinción entre las cuestiones técnicas y las culturales. En Gramsci, lo técnico como actividad o discurso cobra una independencia que no está presente en la concepción orgánica de la vida social. Sin embargo, las relaciones culturales aparecen mediadas por cuestiones técnicas. Esta separación abstracta entre condicionamientos técnicos y la manifestación social que se hace visible en la espontaneidad de las relaciones sociales deja en evidencia la invisibilidad estructural que se organiza en pos de garantizar «cohesión» y «consentimiento».¹⁶ Un ejemplo de ello es la función de

15 Althusser, L., *Ideología...*, o. cit., p. 45.

16 Gramsci, A., o. cit., 1981.

los «intelectuales orgánicos» como elementos mediadores entre un sistema de organización institucional y el tipo de vínculos y relaciones que se proyectan. Allí, el «intelectual orgánico», como cualquier aspecto técnico, ya sea un discurso, una significación predominante, un código, ejerce una función mediadora entre la expresión cultural y el factor organizacional u administrativo. En ello impera un efecto de ocultamiento del reconocimiento de la directriz social. Es bajo este aspecto que las formas de dominio no son invariantes, sino que presentan un esfuerzo constante de proyección de codificación simbólicas e innovaciones técnicas para consolidar unidad social. Veamos a continuación cómo esta continuidad somática entre la necesidad de representación social y sus actividades prácticas en tanto relaciones de dominación nos permite comprender las formas de intercambio semántico en una cultura.

Sobre la circularidad de lo predominante

En otro contexto de discusión, Hall expone el problema del intercambio cultural, dejando en evidencia el proceso de movimiento en el que se manifiestan patrones de entendimiento y contradicción social. Los niveles de comprensión se sitúan en un proceso de organización y circulación de contenidos semánticos. La idea de circulación es central en el planteo de Hall para comprender la comunicatividad social. Las etapas de codificación y decodificación que se sitúan en la especificidad de los discursos televisivos nos permiten obtener conclusiones más generales sobre cómo puede comprenderse el intercambio simbólico en las actividades cotidianas. En *Codificación y decodificación en el discurso televisivo* Hall sitúa la importancia del nivel discursivo como investido de una forma estética o técnica que se vuelve preponderante para el acto de intercambio social. Sin embargo, este hecho, que remite claramente a un circunstancia contenida y delimitada que puede ser expresada como codificación de un contenido, no se caracteriza por ser transferido unívocamente. El reconocimiento a nivel social de ciertos discursos tiene que ver con intenciones que dentro de un contexto cultural han sido acotadas. Ese acto de delimitación y sistematización de los contenidos no garantiza por sí mismo su receptividad. El discurso como codificación contiene en su forma la posibilidad de ser transmitido, pero no comprendido. Este hecho ya había sido advertido por Williams en las conclusiones de *Cultura y sociedad*, donde expuso acotaciones generales sobre el problema de la receptividad social diciendo que «una transmisión es siempre un ofrecimiento y que este hecho debe determinar su carácter: no es un intento de dominar sino de comunicar, lograr una recepción y una respuesta».¹⁷

Esta condición de situar la dominación como atribución simbólica y «consentimiento» social nos permite asociar la idea de intercambio, diálogo y significación como formas de organización e institucionalidad a partir de la mediación de marcos de referencia. En este sentido, comprendemos el proceso de

17 Williams, R., *Cultura y sociedad...*, o. cit., p. 260.

entendimiento y contradicción social como una relación de transformación semántica a partir de cierta referencia simbólica —codificación predominante— que establece una relación en el intercambio que puede ser preferente, negociada o negada. La capacidad creativa de los sujetos de aprehensión semántica en su experiencia representativa es motivada por un acto de transmisión que para ser interpretado deberá ser decodificado. No obstante, Hall hace énfasis en que los procesos de codificar y decodificar no son procesos aislados sino contextuales, cohesionados por lo normativo. Comenta Hall al respecto que:

[...] aunque los acontecimientos no sean sistemáticamente codificados en una sola dirección, se extraerán, por sistema, de un limitadísimo repertorio ideológico o representativo; y ese repertorio (aunque requiera en cada caso un «trabajo» ideológico que lleve a los acontecimientos nuevos dentro de su horizonte) poseerá la tendencia global a que las cosas «signifiquen» dentro de la esfera de la ideología dominante.¹⁸

En este sentido, reconocer los aspectos estructurales de dominación tiene que ver con el sentido de construcción de hegemonía y tensión entre codificaciones. Y en ello, todo ofrecimiento discursivo ejerce dominio estando inserto dentro de un marco de referencia común. Es allí donde operan las influencias políticas y socioculturales, no como contenidos específicos sino como niveles de influencias y adecuaciones a los marcos de referencia hegemónicos, proceso en el que a través de la tensión entre creatividad y normatividad, los sentidos preferentes son aceptados, matizados o negados.

En síntesis, ello nos permite situar el cambio social como un problema de comunicatividad, en el que las formas de intercambio se visualizan como relaciones de dominación y hegemonía, pero no en términos de determinación de contenidos semánticos. Es decir, el reconocimiento social, en su institucionalización, organización y control, marca un sentido normativo que no es concluyente sino situacional, y que se expone a la contrastación espontánea de la sociedad, entre mediaciones, negociaciones y marcos de referencias dominantes, no determinantes: y en ello su centro de interés como un campo de receptividad.

Conclusión

En el trayecto que hemos presentado expusimos, con cierto grado de generalidad, continuidades que han marcado la unidad de algunos estudios sobre cultura, sociedad y política. Los estudios culturales no han sido un espacio de reflexión homogéneo y ello ha permitido encontrar la relevancia de problemas que sitúan el dominio de la comunicación como tema central para explicar las principales transformaciones del proceso de industrialización y la configuración de la clase obrera inglesa. Pero, sobre todo, nos permite sacar conclusiones generales sobre el cambio social y la importancia del contexto de receptividad de los contenidos

18 Hall, Stuart, «La cultura, los medios de comunicación y el efecto ideológico», en Curran, James *et al.* (comps.), *Sociedad y comunicación de masas*, Ciudad de México, FCE, 1981, p. 28.

culturales. Sin embargo, hemos intentado organizar este trabajo partiendo de un ejemplo de análisis específico de la sociedad inglesa, para finalizar con un estudio más general que permite indicar este trayecto. Es que los estudios culturales como institucionalización en la Universidad de Birmingham han generado líneas de estudio que se identifican bajo un proyecto común: explicar las formas de dominación simbólica en la implicación del proceso de industrialización y las nuevas problemáticas que se han desarrollado luego de la segunda guerra mundial con la inclusión de las nuevas técnicas de la comunicación de masas.

Blanca Muñoz¹⁹ hizo énfasis en tres etapas productivas diferentes en el desarrollo de los estudios culturales. La primera etapa estuvo situada por los aportes de Hoggart, Williams y Thompson. El estudio de las formas de experiencias y la construcción de los sistemas de valoración como crítica a las relaciones imperantes fueron su foco. Luego, Stuart Hall como director de los cccs propició una etapa de estudios centrada específicamente en el análisis de las ideologías, la cultura y los contenidos de las nuevas técnicas de la comunicación. El matiz de la primera etapa sobre la experiencia social y las formas de asimetría social se trasladaba a los estudios de la configuración de la opinión pública y su connotación ideológica expuestos en la normatividad cultural. Sin embargo, Muñoz expresa la importancia de esta segunda etapa de los estudios culturales como uno de los momentos de mayor rigor epistémico y metodológico. Se caracterizó por preservar y profundizar los aportes de las problemáticas expuestas en las obras previas y las fundacionales del cccs. Sin embargo, comienza a producirse en los años ochenta y noventa un cúmulo de estudios que se distancian del proyecto fundacional, donde predominan los estudios de análisis de audiencias, medios y espacios cotidianos. De las principales consecuencias que parecen anclarse en nuestra contemporaneidad, algunas de ellas son el hiperculturalismo y la pérdida de la referencia ideológica como unidad crítica y problemática. El problema de la opinión pública pasa a ser un problema de estudios de producción y consumo. Y en ello impera la necesidad de presentar una revisión de los principios que han identificado las problemáticas de las primeras etapas de los Estudios Culturales. Los problemas de la recepción y la configuración semántica siguen siendo un tema problemático en las prácticas comunicativas de nuestra contemporaneidad, muchas veces dejado de lado por la especificidad de los estudios culturales sobre la cotidianidad contemporánea.

19 Muñoz, Blanca, *Modelos culturales. Teoría sociopolítica de la cultura*, Ciudad de México, Anthropos-Universidad Autónoma Metropolitana, 2005.

Bibliografía

- ALTHUSSER, LOUIS, *Ideología y aparatos ideológicos del Estado*, Buenos Aires, Nueva Visión, 1992.
- *La Revolución teórica de Marx*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2004.
- CABELLO, ANTONIO MARTÍN, *La Escuela de Birmingham, El Centre for Contemporary Cultural Studies y el origen de los estudios culturales*, Madrid, Dykinson-Universidad Rey Juan Carlos, 2006.
- CARLYLE, THOMAS, «Signs of the times», en Williams, Raymond, *Cultura y sociedad. 1780-1950. De Coleridge a Orwell*, Buenos Aires, Nueva Visión, 2001, pp. 233-236.
- DÍAZ FERNÁNDEZ, JOSÉ RAMÓN, «F. R. Leavis, bibliografía de sus estudios críticos», en *Revista Alicantina de Estudios Ingleses*, n.º 2, 1989, pp. 175-202.
- GRAMSCI, ANTONIO, *Escritos políticos (1917-1933)*, Ciudad de México, Siglo XXI, 1981.
- HABERMAS, JÜRGEN, *Historia y crítica de la opinión pública. La transformación estructural de la vida pública*, Ciudad de México, Gustavo Gili, 2005.
- HALL, STUART, «Codificación y decodificación en el discurso televisivo», en *CIC (Cuadernos de Información y Comunicación)* 9, 2004, pp. 210-236.
- «Estudios culturales, dos paradigmas», en *Revista Colombiana de Sociología*, 27, 2006, pp. 233-254.
- «La cultura, los medios de comunicación y el efecto ideológico», en Curran, James *et al.* (comps.), *Sociedad y comunicación de masas*, Ciudad de México, FCE, 1981.
- LEAVIS, FRANK, *Las dos culturas*, Ciudad de México, UNAM, 2006.
- y THOMPSON, DENYS, *Culture and Environment. The Training of Critical Awareness. Contributors*, Londres, Chatto & Windus, 1933. Versión digital disponible en <<http://www.questia.com/PM.qst?a=o&d=57428837>>, visitado el 16 de junio de 2012.
- MATTELART, ARMAND, *Introducción a los estudios culturales*, Barcelona, Paidós, 2004.
- MUÑOZ, BLANCA, *Modelos culturales. Teoría sociopolítica de la cultura*, Ciudad de México, Anthropos-Universidad Autónoma Metropolitana, 2005.
- TÖNNIES, FERDINAND, *Community and Civil Society*, Cambridge, Cambridge University Press, 2001.
- VOLOSHINOV, VALENTÍN N., *El signo ideológico y la filosofía del lenguaje*, Buenos Aires, Nueva Visión, 1976 [1930].
- WILLIAMS, RAYMOND, *Los medios de comunicación social*, Barcelona, Península, 1978.
- *Sociología de la comunicación y del arte*, Barcelona, Paidós, 1981.
- «Tecnologías de la comunicación e instituciones sociales», en Williams, Raymond (ed.), *Historia de la comunicación. De la imprenta a nuestros días*, vol. 2, Barcelona, Bosch, 1992, pp. 181-210.
- «Cultura y tecnología», en Pinkney, T. (comp.), *La política del Modernismo. Contra los nuevos conformistas*, Buenos Aires, Manatíal, 1996, pp. 152-176.
- *Cultura y sociedad. 1780-1950. De Coleridge a Orwell*, Buenos Aires, Nueva Visión, 2001.

Los noticieros televisivos: una fábrica de realidades malditas

LUIS DUFUUR¹

Los noticieros televisivos: una fábrica que modela los hechos

Se ha catalogado al informativo televisivo como una ventana desde la cual se representan diversos acontecimientos de la sociedad, la cultura, la política y el deporte. Si bien este conjunto de afirmaciones nos parece válido, en la medida en que se observa a la televisión como un lugar que controla el mundo, nosotros la entendemos no solo como un agente fiscalizador de este, sino también como un agente que opera en forma directa en la configuración de la mirada sobre los más diversos acontecimientos, generando múltiples mensajes que codifican la mirada del espectador sobre el mundo: el «así está el mundo» de Jorge Traverso sería el paradigma del informativo televisivo, que delinea un modelo de cómo ver el mundo.

Para ello, debemos observar a la televisión como una fábrica, en el sentido de que genera diversos productos con la finalidad de ser consumidos por una audiencia ávida de información, pero que a su vez sean de fácil decodificación. Sus insumos promueven la atención y el entretenimiento del público, pero también desarrollan un modelo de códigos que permiten mediar entre la experiencia cotidiana y un mundo virtual que está fuera de la pantalla. Pero, ¿cómo se plantea dicha operación en los noticieros televisivos?

Para Stuart Hall, en «Codificación y descodificación»,² la programación televisiva se presenta como un perpetuo y continuo intercambio comunicativo en el cual los mensajes se codifican y decodifican todo el tiempo. Esta situación nos permite observar a la programación televisiva no como una partitura de programas bajo una unidad discursiva, sino como respuesta a las condiciones del medio televisivo, que es modelado por el medio y se configura no solo como medio sino como una institución más que da forma a los diversos hechos o acontecimientos, sean sociales, culturales, políticos o deportivos. En este caso, se presenta como un aparato ideológico, tal como lo piensa Althusser, y es desde esta perspectiva que la programación televisiva se convierte en «un lugar especializado en configurar realidades»,³ otorgando a la representación la debida institucionalización.

1 Instituto de Comunicación, Facultad de Información y Comunicación, Universidad de la República.

2 Hall, Stuart, «Codificación y descodificación en el discurso televisivo» en *Cuadernos de Información y Comunicación*, n.º 9, Ciudad de México, 2004, pp. 210-236.

3 Althusser, Luis, *Ideología y aparatos ideológicos de Estado*, Buenos Aires, Nueva Visión, 1988.

Así, todo acontecimiento que el medio comunique es parte de una realidad que existe en la televisión y que está diseminada a lo largo de la programación. Surge entonces una pregunta: ¿se puede pensar a la programación televisiva como un sistema de producción fabril⁴ destinado a la producción de información?

Para contestar esta pregunta recurrimos a los conceptos desarrollados por la tradición de los estudios culturales, que ha dedicado buena parte de sus investigaciones a los medios de comunicación y, en especial, a la programación televisiva. Según Hall «los estudios culturales se presentan como una instancia que estudia la relación entre la cultura y el poder».⁵ Bajo esta circunstancia, la programación televisiva es un lugar, un espacio constructor de subjetividad, en donde los programas que ella produce reafirman una forma de ver el mundo. Esta afirmación nos permite desarrollar dos perspectivas fuertemente imbricadas: por un lado, la instrumentación de un lenguaje que codifique la interpretación de los hechos y que tienda a universalizar la decodificación en el destinatario, como forma de facilitar la interpretación de los más variados temas; y, por el otro, la incorporación de elementos técnicos que permitan instrumentar dicho lenguaje. Esto último implica el concurso de aspectos técnicos que permitan desarrollar cámaras ocultas, la transmisión en vivo y en directo, y una forma de narrar los hechos a través de una norma de planos ya establecida.

Podríamos decir que la producción televisiva anclada en estos dos aspectos se aproxima a una industria, ya que el tratamiento de los temas y la forma de mostrar los hechos instala en el espectador un patrón estructural con la finalidad de decodificar lo mostrado. A ello se suma una dimensión administrativa mediante la cual se diseñan las políticas de distribución de los contenidos. Es desde esta perspectiva que la producción y la distribución de la programación televisiva⁶ funciona como una industria más dentro del mercado de valores en la que los diversos productos televisivos (y en particular los noticieros) funcionan como parte de la producción industrial.

Si entendemos a los noticieros televisivos como una síntesis de elementos que provienen de las series televisivas, telenovelas, *talk shows* y cine documental, entonces podríamos decir que son una interfase que convierte aspectos de lo cotidiano en un mundo televisivo. De este modo, los noticieros son una síntesis de la programación en la medida en que el corpus de temas, asociados con el dispositivo tecnológico, conforma una lectura preferencial, consolidando a lo largo de toda la programación televisiva una mirada sobre los hechos. Así, desde una perspectiva McLuhiana, el noticiero rinde tributo al ritmo y la escala de los asuntos humanos y bajo esta observación el informativo televisivo se configura

4 En este caso, el concepto de «fábrica televisiva» implica un modelo de producción fordista en el que los productos contienen ingredientes de la cultura popular, pero son desarrollados bajo los estándares de calidad de una producción *glocal*.

5 Hall, Stuart y Mellino, Miguel, *La cultura y el poder*, Buenos Aires, Amorrortu, 2011.

6 Hacemos notar que incluimos las pautas publicitarias como un producto más dentro de la programación televisiva, en este lugar se encuadran las finanzas en estado puro.

con un agente mediador-modelador del proceso de producción industrial. Eso es posible gracias a que si bien el noticiero cumple con la misión de informar, a través de la elección de temas y la forma de mostrarlos, ello implica el desarrollo de una producción en serie que apunta a conformar un conjunto limitado de posibles interpretaciones. En este punto, el recurso técnico es de vital importancia, en la medida en que cumple con la finalidad de mostrar los temas bajo una determinada codificación. Dicho propósito no solo apunta a modelar la capacidad crítica de la audiencia, sino que potencia la producción fabril, produciendo un mundo virtual consolidado desde una lectura preferente de lo cotidiano. Así, toda información justifica ese mundo imaginado desde una representación de la experiencia cotidiana. En este caso, los noticieros televisivos pasan a ser industrias comunicacionales que fabrican el sentido de los hechos, instalando una narrativa de fácil decodificación que no solo modela sino que consagra un mundo ausente, diferido en el tiempo y en el espacio, que se presenta como un mundo al cual debemos tener como referencia. Los noticieros no solo consagran el primero sino que potencian el segundo, aquel administrado por el escándalo, por lo raro, lo intolerante, lo políticamente incorrecto, como forma de construir una narrativa que día a día ratifique su presencia en la construcción de ese mundo ausente que se vuelve mitológico y que solo parece existir en y a través de la televisión.

Televisión y su caudal informativo

La televisión se ha convertido en un medio relevante y su incidencia abarca lugares tanto públicos como privados. Pero, fundamentalmente, la televisión se introduce en ambiente familiar en un régimen de compañía silenciosa que día a día muestra los más diversos aspectos de la experiencia cotidiana. En última instancia se presenta como un medio que escribe y describe desde una perspectiva puntual los diversos acontecimientos del mundo. Los contenidos que muestra la televisión pueden ser clasificados de diversas formas, pero el objetivo final es informar al espectador. Por ello, podríamos decir que la televisión es información sobre el mundo. Claro está que afirmar que la totalidad de la programación televisiva responde a la información implica analizar cada programa televisivo con la finalidad de observar si es portador de un orden informacional.

Se abren aquí dos posibilidades: o se analiza la programación televisiva tomando cada programa como parte de la programación general (y para ello se hace necesario fragmentar el estudio de la programación y analizar cada programa) o, por el contrario, se analiza la programación televisiva desde una perspectiva integral que conciba a la programación como un único programa televisivo.

Fragmentar la programación televisiva para su análisis implica ingresar en el modelo de análisis estructural. En este sentido, observamos al análisis estructural como método que estudia la globalidad del sistema desde la serie de propiedades que cada parte contiene así como desde su interdependencia, ya que el funcionamiento de cada una de ellas depende de las relaciones que mantiene con

las otras partes, por lo tanto, no puede entenderse su funcionamiento de forma aislada. Además, el análisis estructural incorpora la permanencia, en la medida en que los elementos que se presentan a lo largo del sistema y las relaciones de la estructura son estables. En nuestro caso observamos cómo los distintos componentes de la programación televisiva van desplegando una serie de valores que están vinculados entre sí, pero que son portadores de propiedades específicas. Así, cada programa televisivo se configura sobre la base de un estilo particular, que organiza y da sentido a la programación general.

Esta observación es avalada por González Requena en su libro *El discurso televisivo*. En la mencionada obra, el autor aborda el análisis de los discursos televisivos desde la fragmentación de las unidades textuales con la finalidad de probar la coherencia o la unidad discursiva de la programación desde una mirada posmoderna. Desde esta perspectiva, la programación televisiva es parte de una máquina discursiva que responde a diversos eventos textuales, desarrollando así un conjunto de categorías que le permiten analizar las distintas unidades del discurso: estructura, fragmentación, combinación heterogénea de géneros, coherencia textual, entre otras. Dichas categorías, vinculadas íntimamente al continente estructural, observan al discurso televisivo desde la lingüística textual en donde «las nociones de texto y discurso son usadas indistintamente»⁷ con la finalidad de configurar un discurso total. A dicha función se la denomina «función sociocomunicativa». En este punto, González Requena observa a la función sociocomunicativa como el conjunto de mensajes que son ofrecidos al conjunto de telespectadores con el objetivo de reconocer «una cantidad de enunciaciones del lenguaje» que luego «se convierte en un texto coherente regulado por reglas constitutivas».⁸ En este caso, se parte del texto para arribar a un espectador que reconoce en la programación televisiva «la función sociocomunicativa que caracteriza al discurso unitario».⁹

Coincidimos con González Requena: el discurso televisivo es unitario. Sin embargo, tomamos distancia del procedimiento analítico que lo lleva a tal determinación. En nuestro caso, no observamos la programación televisiva como una unidad que responde a un mosaico de textos, sino que la percibimos como un único texto en donde el medio televisivo configura un único programa que oficia como traductor de la «realidad» del lugar, la cultura y la historia en los distintos programas televisivos. Por lo tanto, no hay mosaico de programas, sino una programación genérica que codifica y decodifica los mensajes desde una lectura preferente o, si se quiere, dominante. De esta manera, todos los programas televisivos pasan a ser un solo programa. Poco importa la variedad de programas y temas que se aborden, ya que desde esta perspectiva la televisión modela y ordena una programación genérica en la que concurren aspectos ideológicos del

7 González Requena, Jesús, *El discurso televisivo: espectáculo de la posmodernidad*, Madrid, Cátedra, 1988, p. 28.

8 *Ibidem*, p. 30.

9 *Ibidem*, p. 31.

medio, técnicas de producción, formas de mostrar la realidad, fundando así una lectura preferente de los hechos. Es en este sentido que afirmamos que a partir de esta lectura se consagra una programación general pensada desde una perspectiva industrial.

Programación, productos y noticieros desde la producción industrial

Entender a la programación televisiva como un proceso de elaboración industrial implica analizar el proceso de producción y concebirla como una fábrica de significados que otorgan sentido a lo mostrado. Así, los objetos fabricados por la televisión reúnen ciertos mecanismos que tratan de simplificar la codificación en el espectador. En dicha manufactura se presenta el corpus de ideologías dominantes en la sociedad como forma de ordenar y reconfigurar el producto televisivo, dando cabida a las más diversas prácticas culturales. Por lo tanto, el proceso de producción televisivo está diseñado por técnicos que convierten a la televisión en un sistema «operativo de las rutinas de producción, habilidades técnicas, ideología de profesionales, conocimiento institucional, definiciones y prejuicios, ideas preconcebidas sobre la audiencia, enmarcan el tránsito del programa televisivo a través de esa estructura productiva».¹⁰ La cita de Hall descubre una serie de compromisos y situaciones que determinan la producción televisiva marcando —como ya habíamos observado— la línea de producción industrial. «Sin embargo, aunque las estructuras productoras de la televisión originan el mensaje televisivo, no son un sistema cerrado. Ellas configuran los temas, tratamientos, agendas, acontecimientos, imágenes de la audiencia o definiciones de la situación a partir de un sistema más amplio del que aquella solo constituye una parte diferenciada».¹¹ Por lo tanto, la producción televisiva está atenta a todo tipo de manifestaciones culturales, abierta a múltiples intereses, en particular a aquellos que pueden ser fácilmente transformados en un producto televisivo. Para ello, se apela a diversos tipos de insumos (materias primas) como forma de crear un producto que cumpla con los ideales del medio: entretener, pero fundamentalmente *informar*. Conflictos sociales, robos, situaciones reñidas con la moral, violaciones a los derechos humanos, son los insumos básicos que contiene la programación en general y que a su vez están presentes en los diversos productos televisivos (los programas).

Se instala así la cultura del escándalo, de lo raro, de lo *otro*. De este modo, el interés por mostrar el mundo privado y el intento por regular la mirada del espacio público son dos tareas que permiten desarrollar una hegemonía cultural con la finalidad de direccionar la moral de la sociedad. Dicha particularidad consolida a la televisión, ya que esta opera en el hogar y es en dicho lugar que da sentido a lo mostrado, construyendo significados, modelando así el espacio cotidiano. Para ello, la programación televisiva incorpora cualquier situación

10 Hall, Stuart, «Codificación...», o. cit., p. 219.

11 Ídem.

anómala como parte de un discurso que se publicita de diversas formas. Por ejemplo, la violencia doméstica será un tema que corte la programación en su conjunto, será abordado en las telenovelas, los programas de entretenimiento, los noticieros, los espacios publicitarios o los *talk shows*. En cualquiera de estos casos se apela a un mundo violento en oposición a otro tolerante, justo, integrador, que aparentemente existe en algún lugar. Esta perspectiva consolida la hegemonía de un mapa cognitivo que es diagramado por el medio televisivo, curiosa instancia en donde la televisión muestra una serie de productos que portan elementos de un mundo cotidiano habitado por el mal y el escándalo, contrapuesto a otro, ausente pero real y anhelado, que sin embargo en su ausencia se transforma en norma de juicio para nuestras acciones cotidianas.

Los programas televisivos como productos industriales

¿Cuáles son los insumos que la programación necesita para desarrollar o, mejor dicho, crear los productos televisivos? La respuesta a esta pregunta nos permite ubicar a la televisión desde dos perspectivas: como una fábrica productora de significados, pero también como una institución que codifica (bajo un esquema de producción) la programación en general.¹²

Desde la primera perspectiva, los diversos programas televisivos tienen como un primer insumo para la elaboración de sus contenidos la identificación de lo diferente, extraño, monstruoso, nunca visto o admitido. Y es desde este lugar que todo lo extraño se convierte en un fenómeno que debe ser mostrado y tasado como el insumo fundamental de todo tipo de programas. Este insumo es asociado con todo tipo de prácticas sociales e individuales que están reñidas con un orden social «establecido». Así, las calumnias, las mentiras, los robos, los asesinatos, las violaciones, son una materia importante en la producción de programas que se amparan bajo la forma del escándalo. El escándalo se convierte en un insumo relevante en el desarrollo de todo tipo de programas que se presentan desde lo cotidiano, en oposición a un mundo virtual en el cual reina el orden, la paz y la tolerancia.

El escándalo es el evento por excelencia que permite configurar la brecha entre la conducta moral y la autoridad. Al vivir en una sociedad peligrosa, «una sociedad del riesgo»,¹³ el escándalo es la síntesis del dualismo que recorre toda la programación televisiva, entre el desvío moral y la norma, entre lo presente y lo ausente. Al situar el escándalo como parte de la programación, los productos televisivos se codifican y decodifican en dicha clave, transformándose en jueces y partes del problema, instalándose así las más variadas opiniones sobre el tema.

12 Ambas perspectivas, producción de significados y técnica de producción, se aproximan al concepto de *habitus* elaborado por Pierre Bourdieu. Por *habitus* Bourdieu entiende «el conjunto de esquemas generativos a partir de los cuales los sujetos perciben el mundo y actúan en él», Bourdieu, Pierre, *La distinción*, Madrid, Taurus, 1988, p. 170. En nuestro caso es la televisión la que desarrolla un esquema, una forma de entender e interpretar el mundo.

13 Beck, Ulrich, *La sociedad del riesgo. Hacia una nueva sociedad*, Buenos Aires, Paidós, 1992.

Pero también el escándalo afecta a la ideología dominante de una sociedad que se ha configurado desde un mundo virtual en donde la rectitud moral es ley de vida. Por lo tanto, el escándalo es una materia prima importante de la producción televisiva, ya que se instala en la brecha entre lo correcto y lo incorrecto. En los diversos productos televisivos, *talk shows*, telenovelas o informativos, el escándalo se convierte en una narrativa que simplifica los hechos, de manera tal que la reducción del problema incide directamente en la toma de decisión sobre temas políticos, culturales o sociales. Pero el escándalo a su vez informa e involucra a lo diferente, por lo tanto, nadie es inmune al problema y como correlato debemos admitir que es una mercancía de alto rendimiento económico debido a la escasa mano de obra que la produce.

Así, los programas televisivos presentan el ámbito cotidiano como un lugar extraño, por momentos inhabitable, dominado por el escándalo, que se opone a un mundo correcto, eficiente, tolerante, normal, dominado por el respeto y las buenas costumbres, curiosamente un mundo virtual que no está en ninguna parte, pero que está diseminado en el imaginario social y mediado en su no presencia por la televisión.

Quienes fabrican la programación televisiva determinan también la producción del código mediante el cual los espectadores decodificarán los temas. Ello es posible debido a que la producción se funda también sobre una amplia base de historias que provienen de la vida cotidiana y que tienen como propósito confrontarla con un mundo feliz, aquel que anida en el imaginario social y es parte de su mitología. Dice Barthes: «El mito es una inflexión, un torcimiento que se produce por una intención de elevar o atenuar algún hecho».¹⁴ En este caso, los diversos productos televisivos se posicionan entre lo admitido y lo no admitido, lo deseado y lo no deseado, dicotomías que nos permiten inscribirlos dentro del conjunto de la programación que pone en tela de juicio al ámbito cotidiano, consolidando ese otro mundo virtual que se configura desde el mito del mundo feliz.

Por otra parte, una segunda observación tiene que ver con el determinismo tecnológico que opera en la televisión desde la perspectiva industrial. La introducción de los diversos adelantos tecnológicos desarrolla una serie de formas de representar los hechos que recorren el conjunto de la programación. El uso de la cámara oculta deja al descubierto el mundo del escándalo; las transmisiones en vivo y en directo abren una ventana al tiempo real, arrojado a la pantalla y transformándolo en «la vida misma», lema que se presenta en los *reality shows* al estilo de *Gran hermano*.

Por último, la forma en la que se representan los hechos, el sistemático uso de tres tipos de planos: primeros planos, planos de detalle o planos generales, configuran una forma de codificar los hechos, una mecánica de producción que simplifica la mirada del espectador. A ello se puede sumar un tipo de relato que proviene de las cámaras de vigilancia, que potencia las condiciones del

14 Barthes, Roland, *Mitologías*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2004.

medio como ojo presente y constante que mantiene la ilusión de la omnisciencia. Estas instancias tecnológicas configuran una forma de mostrar los hechos que va acompañada por los más variados comentarios periodísticos como forma de codificar lo mostrado. Por lo tanto, la dimensión tecnológica cumple un papel decisivo en la producción, ya que determina modos de percibir el mundo y configura un conjunto de esquemas que permiten reconocer los hechos. Es bajo este conjunto de circunstancias que debemos observar el noticiero de televisión no solo como un lugar de información, sino como una parte importante en la producción industrial de significados.

Finalmente, a manera de resumen, hemos dicho que la dimensión técnica de la televisión y los temas tratados en ella se funden para mostrar aspectos irregulares de la vida cotidiana y a su vez consagran un mundo virtual que se configura por ausencia. Así, las operaciones que desarrolla el noticiero de televisión constituyen un conjunto de procedimientos que trata de otorgar cierta mirada modélica sobre lo cotidiano, en un juego constante entre presencia y ausencia como forma de consagrar por ausencia un mundo feliz. Dichas acciones responden a un conjunto de dispositivos que, desde la técnica y los temas tratados, son parte de una producción industrial denominada «programación». Bajo estas circunstancias, decimos que la programación televisiva es el conjunto de técnicas que tienen como objetivo codificar distintos aspectos de la vida cotidiana. Desde esta perspectiva, la televisión, más que un medio de comunicación, se posiciona como una industria que fabrica un mundo virtual que incide en la esfera cotidiana en la medida en que en dicho ámbito es donde se modelan los significados que luego son parte de la opinión pública, una tarea que la televisión cumple con eficiencia.

Bibliografía

- ALTHUSSER, LUIS, *Ideología y aparatos ideológicos de Estado*, Buenos Aires, Nueva Visión, 1988.
- BARTHES, ROLAND, *Mitologías*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2004.
- BECK, ULRICH, *La sociedad el riesgo. Hacia una nueva sociedad*, Buenos Aires, Paidós, 1992.
- BOURDIEU, PIERRE, *La distinción*, Madrid, Taurus, 1988.
- GONZÁLEZ REQUENA, JESÚS, *El discurso televisivo: espectáculo de la posmodernidad*, Madrid, Cátedra, 1988.
- HALL, STUART, «Codificación y descodificación en el discurso televisivo» en *Cuadernos de Información y Comunicación*, n.º 9, Ciudad de México, 2004, pp. 210-236.
- Y MELLINO, MIGUEL, *La cultura y el poder*, Buenos Aires, Amorrortu, 2011.

McLuhan: el poeta de los «idiotas tecnológicos» de los míticos sesenta

RONALD TELIZ¹

Yo no tengo ninguna teoría sobre algo. Hago observaciones por vía del descubrimiento de contornos, líneas de fuerza, y presiones. Satirizo todo el tiempo, y mis hipérbolos no son nada en comparación con los eventos a los cuales ellas refieren.

Marshall McLuhan²

La *modernidad*³ ha sido, durante el pasado siglo xx, la clave dominante para la interpretación y la descripción de las transformaciones producidas en las relaciones sociales y sus instituciones. Entre otros rasgos, esta autocomprensión conlleva la idea de la sincronización y la estandarización de un enorme número de personas que coordinan sus acciones y su pensamientos a través de los llamados medios de comunicación masiva que, por otra parte, se caracterizan por tener un alcance que se ha vuelto mundial. Ello se da, a su vez, dentro de un mercado de transacciones económicas globalizadas, todo lo cual se ha presentado como un rasgo diferencial de la modernidad e impensable en sociedades llamadas premodernas.

A partir de esta situación, millones de personas pueden sentirse integradas al sistema social a través de un simple común denominador: ser parte de un mercado común de consumo, que puede concebirse y describirse como constando

1 Instituto de Comunicación, Facultad de Información y Comunicación, Universidad de la República.

2 McLuhan, Marshall, citado en Wolf, Gary, «The Wisdom of Saint Marshall, the Holy Fool», *Wired*, Issue 4.01, enero de 1996, p. 1. Disponible en: <http://www.wired.com/wired/archive//4.01/saint.marshal.html?person=marshall_mcluhan&topic_set=wiredpeople>, visitado el 14/6/2011. La traducción me pertenece en este y en los demás textos incluidos en el trabajo, salvo que se fije explícitamente la referencia en español.

3 Podemos entender la *modernidad* como una manera en la cual los seres humanos conciben sus vidas. Como tal, esta manera de pensar se propone como una clave de autocomprensión histórica que orienta las interrogantes acerca de cómo gobernar la vida en común, cómo satisfacer las necesidades humanas y cómo establecer conocimientos válidos. Su especificidad radica en el compromiso con la noción de autonomía: darse uno mismo su propia ley. Así, *las modernas* respuestas a las cuestiones planteadas en lo anterior no pueden ser derivadas de fuentes externas a la autoridad del propio sujeto racional. Por implicación, toda respuesta posible a las interrogantes planteadas está abierta a crítica y réplica. Wagner, Peter, «Ways of Understanding Modernity», en Wagner, Peter, *Modernity as experience and Interpretation*, Londres, Polity Press, 2008, pp. 1-18.

de agentes racionales que toman decisiones en virtud de calibrar su accionar de acuerdo a la información otorgada, entre otras fuentes, por los medios de comunicación. Según esta autodescripción, ello no implicaría cambios sociales radicales o la necesidad de reorganización y creación de nuevos criterios identitarios de pertenencia, distintos a los ya aportados por el propio proceso de consolidación tecnológica de la *modernidad*. Según esta perspectiva, la organización social puede descansar tranquilamente en la disponibilidad de las nuevas tecnologías de la información que aseguran conexión en «tiempo real». En otras palabras, las distancias (simbólicas y materiales) han sucumbido al dominio de la sincronización del «tiempo real» otorgado por los medios de comunicación. Las distancias se desvanecen y cuando aquello que estaba lejano está tan cerca como lo cercano, entonces nada está realmente lejos.

Marshall McLuhan describió algo muy similar a esta caracterización de la sociedades actuales, ya en los tempranos años cincuenta y sesenta. Él propuso una visión del cambio cultural ligado a las transformaciones y los cambios tecnológicos. Entendió a las diversas tecnologías como extensiones de nuestros sentidos y como conformadoras de nuestro entorno. En esta dirección, la historia de nuestras transformaciones culturales se resignifica como una historia de cambio tecnológico. Así, en primera instancia, McLuhan contrasta dos formas de cultura ligadas al predominio de un aspecto sensible extendido gracias a una tecnología. Contrasta una cultura háptica (auditivo-táctil) con una cultura óptica (visual), las cuales se encuentran ligadas en su caracterización al predominio y uso de un sentido sobre otro.

Según McLuhan, las sociedades de tradición oral premodernas vivían en una armonía háptica (auditivo-táctil), en la que todos los sentidos funcionaban en equilibrio como una totalidad unitaria de la experiencia y el conocimiento. Por otra parte, con el desarrollo de la alfabetización se generó una cultura letrada, donde el sentido visual obtuvo ventaja y subsumió a los otros sentidos. De esta manera, con el predominio de la alfabetización, los seres humanos incrementaron el conocimiento analítico de su entorno, pero, a su vez, estrecharon sus miras, ya que perdieron el acceso a la totalidad unitaria de las viejas aldeas.

Con el advenimiento de una nueva era, la era eléctrica, y en particular con la televisión, McLuhan entrevió la oportunidad de recrear la unidad sensorial que el surgimiento de la escritura había destruido. Entre variaciones que van desde el desenfreno optimista acerca de los efectos de los nuevos medios hasta el profético anuncio de un pronto apocalipsis es que escribe los textos que le dieron fama en los ya míticos años sesenta. La noción de «aldea global», con la que frecuentemente se lo liga, recoge esas variaciones y ambigüedad con respecto a los efectos de los medios en la organización vital de nuestra experiencia, lo que entre otras muchas cosas colaboró en las dispares evaluaciones que obtuvo su trabajo en el campo de la comunicación por aquella época.

Hoy se escuchan los lejanos ecos «de sus completamente erróneas falacias»,⁴ que, sin embargo, parecen menos falaces y más descriptivas de la ubicuidad tecnológica de una venturosa aldea global por fin realizada. Es decir que el viejo aire combativo y falaz de McLuhan, así como el arsenal disruptivo de metáforas y sugerencias desordenadas que propuso en su momento como modo de acercamiento a la comprensión de los medios, hoy parecen ser menos falaces y concebirse como un rasgo indisciplinado de un visionario que no fue cabalmente comprendido.

Lo que me propongo desarrollar se puede expresar de manera paradójica: propongo que es dudoso que McLuhan aceptara que sus falacias son menos falaces, so pena de que todas sus intenciones y su método (si es que lo tuvo) se vuelvan realmente falaces.

El método y la perspectiva

McLuhan dijo una vez que su tarea como profesor era la de sacudir a otros de su autocomplacencia. Esta remoción, según él, se logra —en tanto objetivo docente— auxiliando a los estudiantes en el ejercicio de sus habilidades perceptivas. Con ello pretendía ayudarles a reconocer patrones perceptuales, de la misma manera que con sus libros (atípicos en su presentación) intentaba enganchar a sus lectores haciéndolos trabajar en el reconocimiento de esos patrones. La verdadera comprensión solo puede ser facilitada por el involucramiento en el proceso de aprendizaje y ello implicaba aprender a ver estos patrones que, aunque incorporados y actuando como organizadores sensibles de nuestra relación con el entorno, permanecen invisibles. Esta invisibilidad de los patrones de reconocimiento perceptivo se debe a que la totalidad del involucramiento tecnológico afecta la totalidad de nuestra percepción sensible (la coordinación de nuestros sentidos), y ello es lo que no nos permite tomar un distanciamiento reflexivo a partir del cual conceptualizar nuestra relación con ese mismo entorno tecnológico. De este modo, los sentidos serían —según McLuhan— una forma de razón, una manera de estructurar y reconocer nuestro entorno, pero que, como tal, permanece no conceptualizada. Esto último no se da por pertenecer a registros o fuentes distintas del conocimiento (sensibilidad contra pensamiento conceptual), sino que la estructuración perceptiva, en tanto unidad estructurante, permanece ella misma en una ubicuidad invisible. La metáfora que ilustra tal situación es la de los peces en el agua, para quienes el agua, por su ubicuidad, como entorno, permanece de alguna manera invisible.

En una de sus cartas, McLuhan comenta acerca del efecto de los medios técnicos sobre la condición humana:

4 En su conocida intervención en la película de Woody Allen, *Annie Hall*, McLuhan le dice al personaje del académico de la Universidad de Columbia, especialista en «TV, Media and Culture», con el que se encuentra en la fila a la entrada del cine: «You know nothing of my work. You mean my whole fallacy is wrong. How you ever got to teach a course in anything is totally amazing».

Si yo tengo un punto de vista acerca de la condición humana como resultado de investigar los efectos de los media, es simplemente este, que las personas son sonámbulos. Ellos parecen estar felizmente hipnotizados por sus propias extensiones de sí mismos. Yo supongo que la palabra tradicional para esto es idolatría: «ellos se convierten en lo que ellos miran y se inclinan en reverencia ante ellos mismos».⁵

En otras palabras del propio McLuhan: «Nuestra respuesta convencional [a la hora de analizar el efecto de] a todos los media, es que lo que cuenta es cómo son usados, [y] esta es la postura entumecida del idiota tecnológico».⁶

Es decir, nuestro primer problema al enfrentar el análisis de los medios es no ser sonámbulos ni idiotas, no idolatrar nuestras propias creaciones, ni sucumbir al embeleso de una forma actual de predominio tecnológico-visual que, curiosamente, no nos deja ver esa forma de «razón» que promueven los sentidos y que nos permitiría acercarnos a la totalidad unitaria de la experiencia.

Sin embargo, si en vez de embelesamiento mantuviéramos un diálogo activo con y entre las tecnologías, podríamos enlistarlas del lado de los valores tradicionales en vez de mirar cómo aquellos valores desaparecen mientras nosotros nos comportamos como espectadores desvalidos.⁷

Por lo cual deberíamos considerar que el objetivo y el método de McLuhan no era proponer teorías generales de la historia, del cambio tecnológico o de la sociedad. Según él, solo procuraba elaborar narrativas e historias existentes, así como historias fijas y relaciones muchas veces ignoradas o descuidadas, que deberían ser llevadas al interior de un nuevo conjunto de narrativas que no estaban antes presentes. Estas nuevas narrativas solo son posibles en la medida en que aprendemos a considerar los patrones perceptivos que estructuran, como mediación (una forma de entender a los medios), nuestra manera de interactuar con nuestras propias extensiones (sentidos) como formadoras del entorno.

Ahora bien, para ello se deben enfrentar ciertos problemas: ¿cómo acceder a la comprensión de la totalidad de la experiencia desde una perspectiva dominada por la explicación lineal y la fragmentación analítica?

El problema (dos fragmentos): linealidad y fragmentación o totalidad sinóptica

Este es otro rasgo misterioso acerca del nuevo y potente entorno electrónico en el que ahora vivimos. El entorno *verdaderamente total y saturado es invisible*. Lo que notamos es bastante fragmentario e insignificante

5 McLuhan, Marshall, «Letter to Frank Kermode», 4 de marzo de 1971, en Molinaro, Matie et al. (eds.), *Letters of Marshall McLuhan*, Toronto, Oxford University Press, 1987, p. 426.

6 McLuhan, Marshall, «Understanding Media», en McLuhan, Eric y Zingrone, Frank (eds.), *Essential McLuhan*, Londres, Routledge, 1995, p. 156.

7 McLuhan, Marshall, «Letter to Editor of *Life*», 1 de marzo de 1966, en Molinaro, Matie et al. (eds.), o. cit., p. 334.

comparado a lo que no vemos. La lengua inglesa, por ejemplo, conforma nuestras percepciones y todos nuestros hábitos de pensamiento y sentimientos, y ello es poco percibido por los usuarios de la lengua inglesa. Se hace mucho más perceptible si cambiamos de repente al francés. Pero en el caso de los entornos que son creados por nuevas tecnologías, mientras ellos son bastante invisibles en sí mismos, tienden a hacer visible los viejos entornos. Siempre podemos ver la vieja ropa del Emperador, pero no las nuevas.⁸

Por ello,

todo tipo de acercamiento lineal a la situación pasada, presente o futuro es inútil [...] Así la exigencia básica de cualquier sistema de comunicación es que sea circular, desde luego, con la posibilidad de autocorrección. Es por esto que, presumiblemente, el diálogo humano es y debe ser la forma básica de toda la civilización. Debido al diálogo, los participantes se ven compelidos a ver y recrear su propia visión a través de otra sensibilidad. Y la radical imperfección de los medios mecánicos de comunicación consiste en que ellos no son circulares. Hasta ahora ellos se han tornado en una cuestión unidireccional con la investigación de audiencia que sustituye el lugar de la visión, el desorden y la respuesta humana genuina.⁹

Es decir, el acercamiento metodológico (exploración, indagación de patrones perceptivos) reseñado más atrás, se debe —entre otras cosas— al diagnóstico del problema. Este se identifica como una cierta ceguera (la del idiota tecnológico) o una imposibilidad de acercarnos a la totalidad de nuestra experiencia con y a través de los medios desde un acercamiento lineal (análisis de la era letrada). El ejemplo del diálogo ilustra la manera en la cual la comprensión debería pensarse más como un problema de traducción (ver la dificultad de nuestra propia lengua en el esfuerzo de comprender la otra, la ajena) que como una mera descripción de lo ya conocido y usado familiarmente.

En la aldea global de continuo aprendizaje y de participación total en el diálogo humano (mundialización de los medios, globalización económica), el problema de la adaptación a nuestro continuo y cambiante entorno tecnológico consiste en cómo extender la consciencia misma y ampliar al máximo las oportunidades de aprendizaje. La crisis de la adaptación humana a su entorno tecnológico surge del choque entre estas dos formas diametralmente opuestas de cultura y tecnología que implican modos de comunicar distintos: una forma de comunicar inclusiva, icónica y transformadora de la experiencia (era eléctrica) y, por otro lado, una forma de comunicar lineal y unidireccional, concebida a partir de los códigos y la trasmisión de información.¹⁰

8 McLuhan, Marshall, «The Invisible Environment: the Future of an Erosion», en *Perspecta*, vol. 11, The MIT press, 1967, pp. 161-167.

9 McLuhan, Marshall, «Culture without Literacy», en Moos, Michel A. (ed.), *Media research-technology, art, communication*, Amsterdam, G & B Arts International, 1953, 199, p. 137.

10 McLuhan, Marshall, *Counterblast*, NuevaYork, Harcourt, Brace & World Inc., 1969, p. 80.

Por ello podríamos caracterizar el problema metodológico que enfrenta McLuhan como lo hicimos más arriba: ¿cómo acceder a la comprensión de la totalidad de la experiencia desde una perspectiva dominada por la explicación lineal y la fragmentación analítica?

Creo que esta dirección puede verse claramente establecida ya a comienzos de los años cincuenta, cuando McLuhan y Carpenter obtuvieron el apoyo de la Ford Foundation para su proyecto interdisciplinario *Changing Patterns of Language and Behavior and the New Media of Communication*. Allí se cita el trabajo de Harold Innis como demostración de que las nuevas tecnologías de la comunicación configuran la dinámica política, económica y social, sugiriendo por lo tanto que los nuevos medios crean nuevos lenguajes o formas de arte.¹¹ Pero además, ello llevó a la publicación de *Explorations*, una publicación que intentó explorar el lenguaje de los nuevos medios y que se editó desde 1953 a 1959.

Allí se establecerán claramente los temas que preocuparán durante el resto de sus carreras a Carpenter y a McLuhan. En la introducción de la edición inglesa que recoge una serie de artículos de la revista bajo el nombre de *Explorations in Communication: An Anthology*, se dice:

En *Explorations* se exploraron las gramáticas de lenguajes tales como la imprenta, el formato de periódico y la televisión. Se argumenta que revoluciones en el empaque y la distribución de ideas y sentimientos modifica no solo las relaciones humanas, sino también las sensibilidades. Posteriormente se argumenta que somos en gran parte ignorantes del papel del alfabetismo en la formación del hombre occidental [y la mujer], e igualmente inconscientes del papel de medios de comunicación electrónicos en la formación de los valores modernos. Los intereses adquiridos por la alfabetización fueron tan profundos que la alfabetización en sí misma nunca fue examinada. Y la actual revolución electrónica es ahora tan ubicua que tenemos dificultad en apartarnos de ella para escudriñarla objetivamente. Pero esto puede ser hecho, y un fructífero acercamiento es el de examinar un medio a través de otro [...].¹²

La idea central, compartida por Carpenter y McLuhan, es que los medios deben ser entendidos como lenguajes, pero si bien ha de considerárseles parciales en su capacidad de expresión, en su diversidad nos muestran perspectivas de la totalidad de la experiencia. Cada medio, si su tendencia es correctamente explotada, revela y comunica un único aspecto de la realidad, de la verdad. Cada uno ofrece una perspectiva diferente, un modo de ver una dimensión de la realidad que de

11 Marchand, Philip, *Marshall McLuhan: the Medium and the Messenger*, Cambridge, MA, MIT Press, 1998, p. 117.

12 Carpenter, Edmund y Marshall McLuhan (eds.), *Explorations in Communication: an Anthology*, Boston, Beacon Press, 1960, p. 9 (se cita la versión inglesa porque en la versión en español: *El aula sin muros. Investigaciones sobre técnicas de comunicación*, Barcelona, Laia, 1974, entre otras diferencias significativas, en vez de «the grammars of such languages» en la página 11 se lee «la técnica de lenguajes tales». La sugerencia metafórica o analógica de McLuhan es la de emprender un estudio de la gramática de los medios, tal sugerencia se pierde si leemos «técnica de los lenguajes»).

otra manera quedaría oculta. No se trata pues de que una realidad sea verdadera y las otras distorsiones, sino más bien todas son partes de una totalidad que debe ser comprendida. Una vez que nos permitimos ver la realidad desde aquí, otros desde allí y un tercero desde otra perspectiva, nuevos elementos se destacan, incluyendo aquellos que «las anteojeras» de la vieja lengua ha hecho invisibles.¹³

Por lo tanto, comprender los *media* implica entenderlos en un contexto dinámico de cambios de perspectivas, lo que resulta en una especie de *collage* o mosaico que requiere que se ensamblen las piezas en un ordenamiento significativo, atendiendo a una unidad que sin embargo nunca está completamente presente.

¿Cómo es posible, entonces, no sucumbir a la lógica de linealidad dislocada de la cultura letrada, cuando la totalidad solo se muestra de manera sinóptica a través de patrones perceptivos que nunca alcanzan a conformar la conceptualización que la totalidad del involucramiento tecnológico le exige?

La respuesta o la corrección en el acercamiento estético

Como es frecuente que nos recuerden los especialistas y los biógrafos de McLuhan, este fue principalmente influenciado por su formación y su trabajo en el campo de la llamada —en su momento— nueva crítica literaria de sus tiempos en Cambridge (especialmente por Ivor A. Richards y de Frank Raymond Leavis). Creo que allí hay una clave para comprender el acercamiento específico de McLuhan a los medios de comunicación. Exploremos esta clave.

Como hemos presentado más arriba, según McLuhan, nos vemos forzados a nuevos modos de comunicación cuando nuevos medios convierten a los viejos patrones de percepción en obsoletos. En este confuso entorno de información desclasificada por la incorporación de un nuevo medio, nos vemos forzados a crear nuestros propios entornos a partir de los cuales comprender el proceso mismo de incorporación de la nueva técnica. Es entonces cuando entra en escena el artista. Para McLuhan, en cualquier campo, científico o humanista, solo el artista es capaz de atrapar las implicaciones de sus acciones y el nuevo conocimiento de su tiempo. Él es el hombre de la conciencia integral.¹⁴ Por lo cual el acercamiento a la totalidad de la experiencia generada en el nuevo entorno tecnológico es asible en la conciencia integral del artista. Pero no olvidemos que para McLuhan, en un sentido, todas las personas somos artistas en tanto potencialidad para responder al fenómeno del entorno tecnológico que nos involucra. El punto es que debemos despertar a tiempo de nuestra complacencia perceptiva y ello no es posible a través de argumentos o de persuasión, sino más bien a través de un cierto aprender a «ver», aprender a reconocer patrones, que, aunque en forma fragmentaria, ejercitan y habilitan a nuestros sentidos para ese

13 Carpenter, E. y McLuhan, M., o. cit., p. 173.

14 McLuhan, Marshall, *Understanding Media: the Extensions of Man*, Nueva York, McGraw-Hill, 1964.

reconocimiento. Aquí es clave la influencia de Thomas S. Eliot en el pensamiento de McLuhan.

En un artículo de los años sesenta sobre Thomas Eliot y Ezra Pound, McLuhan nos recuerda:

Eliot explica el alcance comprensivo de la influencia de Dante sobre su trabajo y cómo esto ha formado *su teoría de la comunicación*: «La Divina Comedia [dice Eliot] expresa todo lo que el hombre es capaz de experimentar en el camino de la emoción, entre la desesperación de la depravación y la visión beatífica. Esto es, por lo tanto, un recordatorio constante al poeta de la obligación de explorar, encontrar palabras para lo inarticulado, capturar aquellos sentimientos que a la gente aún le cuestan sentir, dado que ellos no tienen ninguna palabra para ellos; y al mismo tiempo, un recordatorio que el explorador más allá de las fronteras de la conciencia ordinaria solo será capaz de volver y hacer un informe a sus conciudadanos, si él se ha tomado el tiempo para atrapar firmemente las realidades a las cuales ellos ya están familiarizados». ¹⁵

La teoría de la comunicación de Eliot nos encamina a resolver nuestro problema acerca de la conceptualización de la totalidad de nuestra experiencia en un entorno tecnológico. La comprensión emerge a la manera en que uno se acerca a un poema, ya que este funciona de manera dramática, no estratégica ni persuasiva. El poema sirve para la contemplación y funciona frente al espectador o lector, extendiendo o purificando la percepción moral o la conciencia dramática.

De esta manera, McLuhan toma la noción de imaginación auditiva que promueve Eliot y la imaginación visual explotada por la lógica narrativa de James Joyce, viendo en ellos la expresión de los diferentes niveles que las relaciones de significación, en tanto totalidad unitaria de la experiencia, exigen. Particularmente con *Finnegans Wake*, Joyce rompe con el hábito de ver la historia humana como un proceso lineal y secuencial, mostrando cómo en un mismo discurso la totalidad del pasado y el presente se funden y no pueden ser a la vez atrapados en los significados asociados a un par de diccionarios (totalidad); mientras que el discurso y la comunicación entendidos a la manera de Eliot y los gramáticos antiguos intentan hacer resonar la complicada significación de una historia rica y continua. ¹⁶

Así, la literatura, en especial la poesía, se muestra como un ejemplo privilegiado de lo que implica el esfuerzo de comprensión de una totalidad experimentada que sin embargo solo parece poder exponerse en traducciones parciales. En todo caso, la totalidad se sostendría en la forma mítica en la que finalmente

15 McLuhan, Marshall, «Pound, Eliot, and the Rhetoric of the Waste Land», *New Literary History*, vol. 10, n.º 3, Anniversary Issue I, The Johns Hopkins University Press, 1979, pp. 557-580. Allí se cita el texto de Thomas Eliot que se transcribe arriba, como nota 20 a pie de página se cita la referencia: Thomas Eliot, *To Criticize the Critic*, Nueva York, Farrar, Straus & Giroux, 1965, p. 125.

16 Marchand, P., o. cit., p. 104.

descansa toda poesía y todo lenguaje. Entendiendo forma mítica, justamente, como la totalidad apenas esbozada en los usos individuales. Entre estas nociones de poesía, lenguaje y mitos es que podemos entrever la concepción de McLuhan con respecto a los medios. En un artículo de finales de los cincuenta, «Myth and Mass Media», nos dice:

Los viejos y nuevos lenguajes, como macro mitos, tienen aquella relación a las palabras y la generación de palabras que caracteriza al completo alcance del mito. Como tal, los viejos y nuevos lenguajes parecerían ser más aptos para la participación que para la contemplación o para la clasificación y la función referencial. Otro modo de llegar a este aspecto de las lenguas como macro mitos es de decir que «el medio es el mensaje» [...] Al final de cuentas, para tales medios de comunicación o macro mitos como el alfabeto fonético, la impresión, la fotografía, la película, el telégrafo, el teléfono, la radio, y la televisión, la acción social de estas formas es también, en el sentido más pleno, su mensaje o significado [...] Dado que el mito es siempre un montaje o la transparencia que comprende varios espacios externos y tiempos en una simple imagen o situación. Tal comprensión o superposición es un modo ineludible del movimiento electrónico y simultáneo de la información, ya sea en los medios de comunicación popular o en la especulación esotérica.¹⁷

Creo que, finalmente, esta recurrencia temprana al mito, el lenguaje y la poesía es parte central del marco para comprender la tensión entre las ambiciones de acceder a la totalidad de la experiencia en el equilibrio de los sentidos y su continuo fracaso, y que ello hizo de McLuhan un creador consciente e intencional de «falacias completamente erróneas», y que ellas «no son nada en comparación a los eventos a los cuales refieren».¹⁸

Quiero terminar con una insinuación de parecidos de familia entre perspectivas teóricas muy alejadas entre sí, tanto en lo que respecta al área disciplinar como en la pretensión de sus consecuencias. En este texto no podré explotar este parecido, solo mencionarlo: en las *Investigaciones filosóficas* (§ 122), Ludwig Wittgenstein observa que

Una fuente principal de nuestra falta de comprensión es que no vemos *sinópticamente* el uso de nuestras palabras. A nuestra gramática le falta la visión sinóptica. La representación sinóptica produce la comprensión que consiste en ‘ver conexiones’. De ahí la importancia de encontrar e inventar casos intermedios.¹⁹

17 McLuhan, Marshall, «Myth and Mass Media», *Daedalus*, vol. 88, n.º 2, The MIT Press, 1959, pp. 339-348.

18 *Annie Hall*, escrita y dirigida por Woody Allen, 1977

19 Wittgenstein, Ludwig, *Investigaciones filosóficas*, Barcelona, Editorial Crítica, 1988, pp. 127-129.

Bibliografía

- CARPENTER, EDMUND Y MARSHALL MCLUHAN (eds.), *Explorations in Communication: an Anthology*, Boston, Beacon Press, 1960.
- MARCHAND, PHILIP, *Marshall McLuhan: the Medium and the Messenger. A Biography*, Cambridge, MA, MIT Press, 1998.
- MCLUHAN, MARSHALL, «Myth and Mass Media», *Daedalus*, vol. 88, n.º 2, The MIT Press, 1959, pp. 339-348.
- *Understanding Media: The Extensions of Man*, Nueva York, McGraw-Hill, 1964.
- «The Invisible Environment: the Future of an Erosion», en *Perspecta*, vol. 11, The MIT Press, 1967, pp. 161-167.
- *Counterblast*, Nueva York, Harcourt, Brace & World Inc., 1969.
- «Pound, Eliot, and the Rhetoric of the Waste Land», *New Literary History*, vol. 10, n.º 3, Anniversary Issue 1, The Johns Hopkins University Press, 1979, pp. 557-580.
- «Letter to Editor of *Life*», 1.º de marzo, 1966, en Molinaro, Matie *et al.* (eds.), *Letters of Marshall McLuhan*, Toronto, Oxford University Press, 1987.
- «Letter to Frank Kermode», 4 de marzo, 1971, en Molinaro, Matie *et al.* (eds.), *Letters of Marshall McLuhan*, Toronto, Oxford University Press, 1987.
- «Understanding Media», en McLuhan, Eric y Frank Zingrone (eds.), *Essential McLuhan*, Londres, Routledge, 1995.
- «Culture Without Literacy», 1953, en Moos, Michel A. (ed.), *Media research-technology, art, communication*, Amsterdam, G & B Arts International, 1997.
- WAGNER, PETER, «Ways of Understanding Modernity», en Wagner, Peter, *Modernity as experience and Interpretation*, Polity Press, Londres, 2008, pp. 1-18.
- WITTGENSTEIN, LUDWIG, *Investigaciones filosóficas*, Barcelona, Crítica, 1988, p. 127-129.
- WOLF, GARY, «The Wisdom of Saint Marshall, the Holy Fool», *Wired*, Issue 4.01, enero de 1996. Disponible en: <http://www.wired.com/wired/archive//4.01/saint.marshall.html?person=marshall_mcluhan&topic_set=wiredpeople>, visitado el 14/6/2011.

Progreso, técnica y comunicación

RONALD TELIZ¹

The whole is a riddle, an enigma, an inexplicable mystery. Doubt, uncertainty, suspense of judgment appears the only result of our most accurate scrutiny, concerning this subject.

David Hume²

En su célebre cuadro de 1897, *D'où venons nous ? Que sommes nous ? Où allons nous ?*, del cual Paul Gauguin pensaba que sería su último cuadro y su legado a la humanidad, el pintor simboliza la posición existencial del hombre a través de las preguntas rectoras de la existencia. Describe las diversas figuras de su pintura como ponderando las preguntas sobre la existencia que figuran en el título: ¿De dónde venimos? ¿Quiénes somos? ¿Hacia dónde vamos?

Los mitos y las diversas formas narrativas se cargan con significados a través de los cuales intentamos responder a dichas preguntas y ellas se formulan esperando dilucidar los secretos de la vida y el porvenir. Dichas narrativas registran, a la manera de un mapa, los derroteros a través de los cuales las diversas culturas han atravesado el tiempo, es decir, su historia. En general, diversas formas de vincularse a narrativas centradas en la idea de progreso, en particular desde el siglo XVII, pueden identificarse bajo esa pretensión.

En la siguiente exposición voy a sugerir que en nuestra sociedad, en su narrativa dominante, «[o] también [si se quiere como] la clave de interpretación de la modernidad [...] una vez que hemos recorrido el campo de las definiciones hoy generalmente aceptadas, vamos a darnos cuenta que todas las especificaciones son solamente secundarias, y señalan finalmente hacia la técnica».³ Es decir que el problema principal de nuestra sociedad y su especificidad en cuanto resolución técnica parece coagular en la llamada «sociedad de la información y el conocimiento» o, sin más, en la «sociedad de la comunicación». Esta se sostiene —en la interpretación dominante— en el discurso sobre la técnica, en el tecnodiscurso que promete una nueva tecnópolis donde economía, política y poder se diriman en el campo neutro de la eficiencia técnica.

1 Instituto de Comunicación, Facultad de Información y Comunicación, Universidad de la República.

2 Hume, David, «The Natural History of Religion», sect. 15, en *Dialogues concerning Natural Religion and Other Writing*, Nueva York, Cambridge University Press, 2007, p. 136.

3 Ellul, Jacques, *Le système technicien*, París, Calmann-Lévy, 1977, p. 86. Salvo que se fije explícitamente la versión en español, esta y el resto de las traducciones del inglés y del francés me pertenecen.

A partir de lo anterior, propondré que la ubicuidad técnica alienta una nueva variante de la noción de progreso en los discursos que pretenden responder a las preguntas de Gauguin y que lo hace en términos de efabilidad y transparencia de la comunicación, rasgo que definiría al mundo globalizado económicamente y mundializado en el alcance de los medios. En ello residiría un impulso totalizador (tal vez a la manera hegeliana de falsa totalidad)⁴ que promete la completa efabilidad y transparencia de la existencia humana.

John Bagnell Bury, en su clásico sobre la idea de progreso de los años veinte, señala:

Hay otro orden de ideas que juegan un importante papel en determinar y dirigir el curso de la conducta humana pero que no dependen de su voluntad, ideas que nos dirigen hacia el misterio de la vida, tal como el Destino, Providencia o inmortalidad personal. Tales ideas pueden operar de manera importante sobre las formas de acción social, pero ellas involucran cuestiones de hecho y si son aceptadas o rechazadas, ello no se debe a que se crea en su utilidad o perjuicio, sino que se cree en ellas por considerarse verdaderas o falsas [...] La idea de progreso de la humanidad es una idea de este tipo, y es importante ser completamente claro al respecto.⁵

Bajo el control de la idea de progreso, según Bury, el código ético reconocido en occidente ha sido reformado en la modernidad por un nuevo principio de largo alcance que ha emanado de esta idea. En la Edad Media, por ejemplo, los europeos se guiaban bajo la idea de otra vida, por lo cual las grandes cosas de esta vida se hacían según las miras de la otra, y ello oficiaba como idea de control. En los tiempos modernos, en cambio, la conjunción de «libertad y progreso», «democracia y progreso» parecen convocarnos mostrando el sentimiento prevalente de que una teoría social o política es difícilmente sostenible si no puede hacerse armonizar con esta nueva idea de control.⁶

La perspectiva de Bury, que considera a la idea de progreso como rectora y organizadora del curso de nuestras formas sociales de acción, se ajusta muy bien con la concepción de que el mito o la narrativa del progreso han dado muy buenos resultados en el pasado y no tendrían por qué dejar de cumplir exitosamente tal función en el presente.

La idea de progreso implica el sentido de que la civilización se ha movido, está moviéndose y se moverá en una dirección deseable. Parece claro, sin embargo, que para juzgar que algo se dirige hacia una dirección deseable, primero deberíamos conocer precisamente cuál es ese destino pretendido. En realidad, las lecturas del progreso generalmente dependen del «supuesto de que existe un patrón de cambio en la historia de la humanidad [...] que consiste en un irresistible

4 Al estilo de la «Doctrina del Ser» en la *Ciencia de la Lógica*, donde lo limitado y lo finito se concibe como infinito bajo la forma de un progreso continuo e indefinido.

5 Bury, John B., *The Idea of Progress. An Inquiry into its Origin and Growth*, Nueva York, Cosimo Inc., 2008 [1932], pp. 4-5.

6 *Ibidem*, pp. 2-3.

cambio en una única dirección, y que esta dirección es hacia el mejoramiento o perfeccionamiento». ⁷

Si damos una mirada hacia la filogénesis de las especies sobre la tierra, ello parecería confirmar y enmarcar esa sugerencia, ya que el progreso, después de todo, no sería otra cosa que una ley natural. Bajo la misma lógica, nuestra cultura contemporánea parece medir el progreso en términos de cambio tecnológico. Para desplazarse a través de largas distancias la rueda es mejor que el pie y el avión mejor que el automóvil, lo cual nos lleva a pensar que conformamos ciertas creencias acerca del progreso por razones puramente empíricas.

Ahora bien, si pensamos, como en su momento apuntó Ernst Cassirer en la *Philosophie der symbolischen Formen*, que la tecnología o, si se quiere, *el discurso* sobre la técnica puede ser considerado como una forma simbólica, entonces deberíamos entenderlo como una manera distintiva de constituir símbolos, significados con una estructura específica que se vuelve culturalmente disponible y que interactúa en una unidad sistemática con otras formas paralelas como el mito, el arte, la religión, etcétera. ⁸

Cassirer afirma que

Cada nueva herramienta que el ser humano encuentra significa por consiguiente un nuevo paso, no solo en la formación del mundo exterior, sino para la formación de su autoconciencia. ⁹

Por lo cual, a la vez que se proyectan y exteriorizan nuevas herramientas que conforman un verdadero mundo artificial, en él se significa la propia conciencia de la humanidad en tanto producción simbólica. Pero, con el creciente uso de herramientas y artefactos, el sistema generado por la técnica parece adquirir independencia propia. Allí se manifiesta una forma de extrañamiento, según la cual el progreso técnico se visualiza como una fuerza simbólica independiente del hombre que amenaza con dominar y destruir toda otra manifestación del mundo simbólico.

7 Pollard, Sidney, *The idea of progress: history and society*, Londres, C. A. Watts & co Ltd, 1968, p. V.

8 Ver en particular el artículo de 1930: Cassirer, Ernst, «Form und Technik», en Onh, E. W. y J. M. Krois (eds.), *Ernst Cassirer. Symbol-Technik. Sprache*, Hamburgo, Felix Meiner, 1985; y el volumen II de Cassirer, Ernst, *Philosophie der symbolischen Formen, Erster Teil: Die Sprache*, Darmstadt, Wissenschaftliche Buchgesellschaft, 1972 [1923]. Las referencias y las citas se toman de la versión en inglés: Cassirer, Ernest, *The Philosophy of Symbolic Forms, vol. II Mythical Thought*, New Haven, Yale, University Press, 1955.

9 *Ibidem*, p. 216. En este contexto, sigue: «The fundamental argument of the *Philosophy of Symbolic Forms* has shown that the concept which Kapp designates as 'organ projection' holds a meaning which extends far beyond the technical mastery and knowledge of nature. While the philosophy of technology deals with the immediate and mediated bodily organs by which man gives the out-side world its determinate form and imprint, the philosophy of Symbolic Forms is concerned with the totality of spiritual expressive functions. It regards them not as copies of being but as trends and modes of formation, as 'organs' less of mastery than of signification», *Ibidem*, pp. 216-217. El aire de familia con la concepción de Marshall McLuhan, quien considera a las técnicas como «extensiones» de nuestros órganos sensoriales, es evidente.

Es por ello, asegura Cassirer, que lo que importa conservar es la *libertad* al interior del proceso de simbolización, solo así podrá garantizarse una fructífera producción cultural en todo su espectro. Así, a pesar de que la técnica puede amenazar con imponerse a los demás símbolos culturales, acaparando para sí la hegemonía en el obrar y el transformar, al final resulta más importante para Cassirer la preservación del mayor grado de libertad en el desarrollo de las formas simbólicas.

En este punto es interesante incorporar algunas reflexiones de Jacques Ellul, que, a través de un período que abarca desde el principio de los años cincuenta hasta el final de los ochenta, dedica una serie de obras a la reflexión sobre la técnica. Allí denuncia, casi como corolario de la perspectiva de Cassirer, la independencia y la profundización del sistema técnico en nuestro mundo contemporáneo, que han conducido a lo que él llama el «bluf tecnológico».

Tres libros constituyen lo que se ha llamado *el tríptico tecnológico* de Ellul. *La technique ou l'enjeu du siècle* (1954) es un estudio sobre las transformaciones de la sociedad bajo la influencia de la técnica. *Le système technicien* (1977) analiza cómo la técnica, al volverse un sistema independiente, ha traicionado al hombre y, finalmente, en *Le bluff technologique* (1988) Ellul analiza los rasgos relevantes y los desafíos que presenta el sistema técnico, revelando el descaro implícito en el *discurso sobre la técnica*.

El lugar que tiene la reflexión sobre la técnica en el pensamiento de Ellul puede apreciarse en la siguiente cita tomada de su texto *Le système technicien*:

El problema metafísico central al hombre —podríamos decir— ya no es más la existencia de Dios y su propia existencia en términos del sagrado misterio. El problema ahora es el conflicto entre la racionalidad absoluta [eficiencia técnica] y lo que hasta ahora constituía su persona. Este es el pivó de toda reflexión actual, y por mucho tiempo perdurará como el único tema filosófico.¹⁰

De esta manera, para Ellul el tecnodiscurso se dirige a develar el misterio de la técnica, como una denegación del misterio de lo sagrado. Lo sagrado se inviste de la familiar eficiencia de la técnica y su ubicuidad (totalidad, globalización, mundialización de los medios de comunicación) no da lugar a ninguna disidencia.

Hay que recordar que Ellul define a la técnica como la totalidad de los métodos racionales que poseen el mayor grado de eficiencia en todos los campos de la actividad humana. La técnica incluye el conjunto de todos los medios materiales sumidos bajo el imperativo de la eficiencia, comenzando por las infraestructuras económicas. Pero obviamente, la técnica es más que ello, en la medida en que estos recursos despliegan un desarrollo sin freno, se integran a nuestra mente hasta el punto de devenir en una referencia común a todos, es decir, una

10 Ellul, J., *Le système...*, o. cit., p. 7.

manera «normal» de concebir el mundo, así como a los objetos de nuestro entorno en tanto se asimilan a mercancías.¹¹

Por otra parte, el mismo Ellul señala a la pretensión totalizadora como un rasgo predominante del sistema técnico:

Un problema que encontraremos más adelante es que la especialización tecnológica entraña totalización. La reducción de cada conjunto activo a una serie de operaciones simples, el indefinido desarrollo de las aplicaciones tecnológicas, sin ninguna razón para detenerse, llevaría a una dispersión, a una salvaje incoherencia, si al mismo tiempo el proceso de desarrollo no involucrara una suerte de concatenación de todas las tecnologías fragmentarias. La concatenación *produce una totalización de las operaciones tecnológicas*. Pero esta totalización concerniente a las tecnologías influye sobre todos los aspectos de la vida y la acción, produce un conjunto que tiende hacia la completud.¹²

Esta pretensión totalizadora se expresa y nos afecta en tanto constitución de significados que se incorporan a la práctica de la vida cotidiana en términos de *un discurso* preferente o dominante cultural, que como tecnodiscurso moldea los códigos de nuestras interacciones comunicativas.

Ellul cita a Dominique Janicaud para caracterizar esta forma de discurso a la cual nomina tecnodiscurso:

Este tecnodiscurso, es un discurso que no es estrictamente técnico o autónomo, es más bien un lenguaje parásito basado en la técnica, que ayuda a difundirla, o que a falta de algo mejor, hace que cualquier radical retiro, cualquier específico cuestionamiento del fenómeno técnico contemporáneo se vuelve prácticamente imposible [...] Cuando consideramos que la sociedad está siendo tecnificada, vemos que este tecnodiscurso perfectamente estimula y acelera el proceso de completa tecnificación de la totalidad del planeta [...] Ello bloquea el acceso a la comprensión de la techno-ciencia [...] llevando a cabo un trabajo de autosimbolización que tiende a recodificar toda la realidad en términos de un manipulable barniz informacional.¹³

Por lo tanto, según Ellul, todo tecnodiscurso es o pretende ser un discurso sobre la humanidad, acerca de la primacía humana y sus objetivos, no limitándose a meramente tratar de asegurarnos la felicidad, o discutir el poder para determinar los fines y el sentido de la propia existencia. El tecnodiscurso sugiere que ello no puede llevarse a cabo por fuera de su posible realización técnica. Esto es lo que nos conduce a lo que Ellul nomina «bluf tecnológico». En sus términos:

11 Disponible en <<http://www.jacques-ellul.org/les-grands-themes/la-technique>>, visitado el 5/11/2012.

12 Ellul, J., *Le système...*, o. cit., p. 199.

13 Janicaud, Dominique, *La Puissance du rationnel*, citado por Ellul en *Le bluff technologique*, pp. 123-124.

[y]o estoy halando acerca del bluf tecnológico, acerca del gigante bluf en el cual el discurso sobre la técnica nos envuelve, haciéndonos creer cualquier cosa, y para peor, cambiando completamente nuestra actitud hacia las técnicas: el bluf de los políticos, el bluf de los media, el bluf de los técnicos cuando ellos hablan acerca de la técnica en vez de trabajar en ellas, el bluf de la publicidad, el bluf de los modelos económicos [...] El bluf consiste esencialmente en reorganizar todo en término de *progreso técnico*, que con diversidad prodigiosa nos ofrece en toda dirección posibilidades tan variadas, que no nos permite imaginar nada más. Discurso sobre la técnica que no es una justificación de las técnicas (lo cual no es necesario) sino una demostración del poder prodigioso, diversidad, éxito, aplicación universal, e impecabilidad de las técnicas.¹⁴

Ahora bien, dado que el discurso tecnológico o tecnodiscurso conduce inevitablemente al bluf, según Ellul, no puede haber ni filosofía de la técnica ni una cultura técnica, de acuerdo con las pretensiones de algunos humanistas modernos. Pero si es así, ¿cuáles son las orientaciones y las tendencias de quienes (como intelectuales) se embarcan en esa aventura?

Para Ellul, ello se debe a dos obvias reacciones: la búsqueda de compensación y la búsqueda de justificación. Dado que nos encontramos desorientados, incómodos y angustiados por los constantes trastornos ocasionados en nuestro entorno por efecto de los cambios técnicos, buscamos compensaciones que usualmente toman la forma de escapismo.¹⁵

Apoyadas en el impulso totalizador del tecnodiscurso, las sociedades contemporáneas conducen al mundo técnico a la insensatez o a la sinrazón. Ellul localiza cinco temas (o paradigmas) en su análisis de la sinrazón del mundo técnico: 1.) el deseo de normalizarlo todo (de la mano de universalizar el lenguaje, la puntuación en la escritura, etcétera); 2.) la obsesión con la innovación y el cambio constante (la forma particular de proponer y leer progreso); 3.) la pretensión de desarrollo y crecimiento a todo costo (sin preguntar por qué, para qué, qué implica generar excesos); 4.) la velocidad (no solo hacer más rápido, sino también tomar decisiones más rápidamente); 5.) finalmente, el último tema, implícito en todos los anteriores, es que todo juicio depende de la técnica (no es admisible que no haya una resolución técnica adecuada para todos los problemas).

Ahora bien, esta reflexión de Ellul no debe confundirse con una crítica al sistema técnico o a los diversos sectores en que se aplica. La cuestión es mucho más básica: se trata de cómo generamos discursos que puedan proponer significados. La revolución telemática (digital) conlleva una revolución lingüística: el pensamiento se encuentra atrapado en una red de un nuevo lenguaje que reclama eficiencia comunicativa, pero que se sostiene en la forma de un sistema vacío sin significación o pretensión existencial o, aún más, sin historia.

14 Ellul, Jacques, *Le bluff technologique*, París, Hachette, 2004 [1988], p. xvi.

15 *Ibíd.*, p. 216.

Ello sería un efecto de la *transparencia* y la *ubicuidad* de las nuevas redes computacionales que han conseguido la comodidad en el uso y la eficiencia del sistema, al costo de olvidar las intenciones comunicativas, los procesos creativos y, sobre todo, los efectos de la interacción simbólica, reduciendo toda matriz creadora de significado a la neutralidad de un sistema que no posee en sí mismo ningún significado más allá de su propia realización y eficacia.

De esta manera, la eficiencia en términos del sistema técnico se parafrasea en términos de «sociedad de la información y el conocimiento», «sociedad red», «sociedad de la comunicación», etcétera. En este contexto, muy a menudo, sobre todo algunos sociólogos piensan que la noción de sistema social puede ser derivada de los sistemas tecnológicos y de sus rápidas transformaciones, ya que ello es lo que —aparentemente— facilita la racionalización, la diferenciación y el control social. Se suele sugerir que junto con los discursos y las prácticas relacionadas, estos sistemas tecnológicos han formado un entorno significativo de comunicación en el que los medios de comunicación y las prácticas que sostienen enmarcan nuestras rutinas administrativas. Por lo tanto, se cierra la ecuación entre sistema técnico y sistema social. En virtud de ello, creo que no debemos considerar expresiones tales como las mencionadas arriba —«sociedad red» o «sociedad de la información y la comunicación», entre otras— como una mera expresión metafórica. Ellas son parte de una narrativa contemporánea que se constituye como autodescripción o lectura dominante a la hora de caracterizar nuestras formas actuales de sociedad y ello opera como lectura de progreso. Al mismo tiempo, estas lecturas de progreso técnico se conforman como lectura preferente en términos de progresiva efabilidad y totalización (globalización, mundialización) de la comunicación.

A manera de conclusión y sugerencia final, creo que las lecturas de la idea de progreso están inevitablemente vinculadas en el mundo contemporáneo con la realización técnica y con ciertas narrativas que plantean la transparencia y la ubicuidad técnica en términos del desarrollo de las tecnologías de la comunicación, y ello comporta una de las grandes narrativas de nuestra época. Los conceptos y las imágenes que surgen de esa matriz simbólica invariablemente plantean alguna forma de totalidad integrada e integradora. Con el telégrafo, por ejemplo, se sugirió por parte del propio Samuel Morse que el mundo social podría ser considerado un «barrio» o una «aldea global», según McLuhan. Con las computadoras y el desarrollo de internet se ha sugerido el surgimiento de la «sociedad red», «de la información y el conocimiento» o, sin más, «sociedad de la comunicación».

En este sentido quiero culminar con una cita de Kai Eriksson, tomada de *Communication in Modern Social Ordering*, en la que se ilustra la manera en que una matriz simbólica (en nuestro caso la técnica como sistema simbólico) genera un discurso o una narrativa dominante. Dice Ekiksson:

Cada una de estas épocas pueden ser consideradas como habiendo sostenido una idea diferente de la comunicación y del sistema de comunicación,

aunque muchas de las ideas entrelazadas fueron utilizadas en varios períodos distintos de tiempo. Así, durante la era del telégrafo, la concepción de un organismo vivo, inspirado por las teorías de Herbert Spencer y William Sumner, proporcionaron un popular modelo para la conceptualización tanto de la comunicación como de la sociedad.

Fue sobre todo la idea del sistema nervioso la que constituyó el marco para el discurso de la comunicación entendida como un medio y la base de determinados proyectos políticos globales, comerciales y administrativos. Desde el cambio de siglo, cuando el teléfono se convirtió en un dispositivo común, la concepción de la comunicación se separó del lenguaje organicista y se vinculó a la metáfora de la máquina y a la idea de un sistema racional y controlado jerárquicamente. Esto tuvo lugar a la sombra de la concepción tecnocrática de la comunicación principalmente como una cuestión de técnica y control social, influenciado por una tradición teórica que se extiende desde Lester Ward a través de Taylor hasta el movimiento tecnocrático. Por último en el período de posguerra, cuando las nuevas tecnologías de la información y la comunicación asumen protagonismo social, la concepción de la comunicación progresivamente se conectan a sistemas controlados por los principios de retroalimentación y circularidad al interior de un horizonte teórico formado por la cibernética y las ciencias de los sistemas. Fueron Norbert Wiener y Claude Shannon, en particular, quienes fijaron el nuevo marco comunicativo en el que las ideas y los modelos de comunicación fueron dejando detrás las metáforas mecánicas y entraron en la esfera de influencia de las analogías de los sistemas de información.¹⁶

Bibliografía

- BURY, JOHN B., *The Idea of Progress. An Inquiry into its Origin and Growth*, Nueva York, Cosimo Inc., 2008 [1932].
- CASSIRER, ERNEST, *Philosophy of Symbolic Forms*, vol. II, *Mythical Thought*, New Haven, Yale, University Press, 1955.
- «Form und Technik», en Onh, E. W. y J. M. Krois (eds.), *Ernst Cassirer. Symbol-Technik. Sprache*, Hamburgo, Felix Meiner, 1985.
- ELLUL, JACQUES, *Le système technicien* París, Calmann-Lévy, 1977.
- *Le bluff technologique*, París, Hachette, 2004 [1988].
- ERIKSSON, KAI, *Communication in Modern Social Ordering*, Nueva York, Continuum, 2011.
- HUME, DAVID, «The Natural History of Religion», sect. 15, en *Dialogues concerning Natural Religion and Other Writing*, Nueva York, Cambridge University Press, 2007.
- POLLARD, SIDNEY, *The idea of progress: history and society*, Londres, C. A. Watts & co Ltd, 1968.
- Sitio web de la Asociación Internacional Jacques Ellul, disponible en <<http://www.jacques-ellul.org/les-grands-themes/la-technique>>, visitado el 5/11/2012.

¹⁶ Eriksson, Kai, *Communication in Modern Social Ordering*, Nueva York, Continuum, 2011, p. 2.

La tecnología como espacio antropológico. Una mirada a la noción de inteligencia colectiva de Pierre Lévy

GONZALO HERNÁNDEZ SANJORGE¹

Pierre Lévy es un pensador francés que ha intentado articular una visión filosóficamente consistente en torno al tema de la tecnología y sus efectos sobre la organización social y el conocimiento, especialmente respecto de las llamadas tecnologías de la información y la comunicación de soporte informático o computacional.

Este trabajo buscará dar cuenta, en primer lugar, de los dos ejes temáticos sobre los cuales se organiza el pensamiento de Lévy, a saber, una teoría de la causalidad² y una teoría de los espacios antropológicos.³ En segundo lugar, mostraré algunos puntos en común entre estos abordajes y algunos flancos que quedan abiertos a la crítica en torno a esa manera de representarse el orden del mundo.

La virtualidad como una causa de lo real

Lévy se aparta radicalmente de cualquier intento de vincular la virtualidad a lo ilusorio o, al menos, a la generación de imágenes que tendrían connotación, pero carecerían de denotación, lo que las dotaría de un conjunto de particularidades en el diálogo y la interacción con el mundo empírico, particularidades cada vez más generalizadas y que algunos han llamado «cultura de la virtualidad».⁴ Por su parte, Lévy optará por una estrategia que acentuará el carácter real de lo virtual, así como el carácter virtual de lo real. La virtualidad no supone ninguna pérdida de realidad de ningún tipo. La virtualidad no conlleva ninguna relación ni con lo engañoso ni con lo falso.

Para dar cuenta de ello, lo que hará será presentar una reformulación de la teoría de las causas de Aristóteles. Esta reformulación está orientada a mostrar

1 Instituto de Comunicación, Facultad de Información y Comunicación, Universidad de la República.

2 Lévy, Pierre, *Qu'est-ce que le virtuel?*, París, Éditions de la Découverte, 1995. Versión digital: Lévy, Pierre, *Sur les chemins du virtuel*, <<http://hypermedia.univ-paris8.fr/pierre/virtuel/virto.htm>>, visitado entre febrero y abril de 2011.

3 Lévy, Pierre, *Inteligencia colectiva: por una antropología del ciberespacio*, Washington, Organización Panamericana de la Salud, 2004. Versión digital: http://www.sebtdesarrollo.com.mx/FTP/UML/UML/ENTRADAS/LTIC/OI_CUATRIMESTRE/INFOOI/C.Sesiones/Sesion_01/2.Anexos/inteligenciaColectiva.pdf, visitado entre febrero y abril de 2011.

4 Maldonado, Tomás, *Lo real y lo virtual*, Barcelona, Gedisa, 1994.

que la producción de virtualidad es una forma de producción de realidad. Para ello incorpora algunas conceptualizaciones que Giles Deleuze realizara en su obra *Différence et répétition*.⁵ Así construye dos juegos de opuestos:⁶

	Latente	Manifiesto
Sustancia	Potencial (insiste)	Real (subsiste)
Acontecimiento	Virtual (existe)	Actual (llega)

Lo posible se opone a lo real y lo virtual a lo actual. Ciertamente que los dos primeros elementos de cada polarización (lo posible y lo virtual) corresponden a lo latente y los otros dos elementos (lo real y lo actual) a lo manifiesto, pero ambas polarizaciones no son una duplicación, una de otra, porque la tensión entre lo posible y lo real se inscribe en el orden de la sustancia, y la tensión entre lo virtual y lo actual se inscribe en el orden del acontecimiento, concepto que en la filosofía deleuziana tiene amplio tratamiento.⁷

De esa manera, lo virtual tiene múltiples maneras posibles de actualizarse y ninguna actualización puede agotar o reclamar para sí la elucidación final de la virtualidad. Mientras lo temporal (y por lo tanto lo corporal) determina fuertemente las posibilidades de la actualización, la virtualidad siempre escapa a esas determinaciones y, por lo tanto, a las anticipaciones que pueden derivarse de ello.

Siguiendo el modelo de las cuatro causas aristotélicas, en Lévy lo potencial corresponde a la causa formal (es decir, la forma que se realizará), lo real a la causa real (la manifestación de una esencia, una realización concreta), lo actual corresponde a la causa eficiente (lo que hace que algo llegue a ser algo) y lo virtual a la causa final (a lo que tiende lo actual).⁸

	Polo latente	Polo de lo manifiesto
Sustancias	Potencial (insiste) (causa formal)	Real (subsiste) (causa real)
Acontecimientos	Virtual (existe) (causalidad final)	Lo actual (llega) (causa eficiente)

Así, queda abierto un proceso productivo donde, como afirma Lévy: «tanto la entidad produce sus virtualidades como la virtualidad constituye la entidad».⁹

5 Deleuze, Gilles, *Différence et répétition*, París, Presses Universitaires de France, 1968.

6 Lévy, P., o. cit.

7 Deleuze, Gilles, *Logique du sens*, París, Les Éditions du Minuit, 1969.

8 Lévy explica esta relación, pero no realiza exactamente el esquema presentado aquí.

9 «D'un côté, l'entité porte et produit ses virtualités: un événement, par exemple, réorganise une problématique antérieure et il est susceptible de recevoir des interprétations variées. D'un autre côté, le virtuel constitue l'entité: les virtualités inhérentes à un être, sa problématique, le nœud de tensions, de contraintes et de projets qui l'animent, les questions qui le meuvent sont une part essentielle de sa détermination.», Lévy, P., o. cit.

Aquí lo virtual debe ser pensado no como un calificativo de lo real, sino como un modo de ser en sí mismo (de hecho, lo real es solo un modo de ser). Un conjunto de operaciones que el autor bautiza como «gramaticales, dialécticas y retóricas» producen procesos de segmentación, selección y reordenamiento que generan desterritorialización y nuevas reterritorializaciones que tienen la capacidad de producir nuevas realidades: nuevos signos elementales, nuevas reglas sintácticas y semánticas, nuevos espacios de producción de la economía simbólica de la realidad. Todos estos procesos no son meramente ilusorios, por el contrario son formas concretas de producir realidad. Es decir, no deben concebirse como produciendo impacto sobre lo real sino como generando el territorio, el marco de realidad donde la subjetividad humana encuentra su posibilidad de ser y estructurarse.

La virtualización entendida como proceso creativo de reconstrucción de la realidad no debe concebirse como un asunto exclusivo de las tecnologías de la información y la comunicación, aunque con ellas estos procesos adquieren velocidades hasta ahora desconocidas. Se generan así nuevos paisajes sometidos a una constante reformulación en virtud de la proliferación incesante de producciones de sentido. Estos procesos no son nuevos, sino que están en la base de toda la tecnología como desterritorialización de ciertas facultades del cuerpo humano, en el funcionamiento de la economía, desterritorializando el valor y en el funcionamiento del lenguaje, desterritorializando permanentemente el texto y el sentido. Por lo tanto, la producción de virtualidad aparece presentada como una característica central del proceso de hominización, del largo devenir histórico en el que nos hemos convertido en humanidad.

De los cuatro causas a los cuatro reinos

La existencia de las sociedades humanas no se ha realizado, sino enmarcada en espacios antropológicos, cualitativamente diferentes y cada uno profundamente revolucionario. Los espacios antropológicos quedan definidos como un sistema de proximidades dependientes de las técnicas, pero también del universo simbólico que ellas permiten. Se trata de modos de producción de sociabilidad (reticularidad) y de modos de producción de subjetividad, ya que cada uno posee una estructura que propicia diferentes formas de constituirse el sujeto como tal.

Lévy distinguirá cuatro estadios antropológicos a los que denomina «tierra», «territorio», «espacio mercantil» y «espacio del conocimiento». La aparición de estos espacios ha ocurrido en ese orden y aunque la aparición de cada uno no cancela la existencia de los demás, reordena el orden anterior en una nueva economía de producción de sentido. Cada uno de estos espacios antropológicos permite el desarrollo de una nueva forma de ser y de saber de tal manera que, vistos en su secuencia, cada uno es producto de un salto cualitativo que no se

puede explicar desde el espacio antropológico anterior, al estilo de los saltos cualitativos de la episteme en Foucault.¹⁰

El último espacio antropológico, el espacio del conocimiento, que el autor distingue de la sociedad del conocimiento, si bien aún no ha tenido lugar, encuentra su condición de posibilidad en las tecnologías de la información y la comunicación en tanto tecnologías que producen mayor nivel de virtualización a una velocidad siempre en aceleración. Este espacio antropológico se vuelve el centro del mayor grado de desterritorialización, pasando de la inteligencia concebida individualmente («yo pienso») a la inteligencia concebida como inteligencia colectiva («nosotros pensamos») y que al decir de Lévy puede caracterizarse como:

una inteligencia repartida en todas partes, valorizada constantemente, coordinada en tiempo real, que conduce a una movilización efectiva de las competencias. Agregamos a nuestra definición esta idea indispensable: el fundamento y el objetivo de la inteligencia colectiva es el reconocimiento y el enriquecimiento mutuo de las personas, y no el culto de comunidades fetichizadas o hipostasiadas.¹¹

La tecnología es el único dios y los tecnofílicos sus profetas

Se podría realizar un largo recuento de críticas posibles a distintos aspectos que desde diversas teorías de la comunicación y de la información podrían hacerse a la teoría de Lévy. En vez de hacer ese recuento me centraré en un conjunto de aspectos que han quedado delineados en lo dicho anteriormente y que a mi juicio son centrales para entender los supuestos sobre los que se organiza el pensamiento de Lévy y, podría agregarse, para entender un conjunto de tesis sobre el papel de la tecnología en nuestras sociedades y su desarrollo futuro.

En lo que he presentado, Lévy ha realizado dos jugadas semánticas que si bien no son gratuitas, sí se encuentran poco fundamentadas, como si se tratara de obviedades. En primer lugar, ha llamado a la larga cronología que engloba la historia de la humanidad, con el nombre de «proceso de hominización». Se une así la idea de temporalidad a la idea de secuencia dentro de una complejidad, generando una suerte de línea del tiempo que puede verse ordenada y establecida mediante una construcción lenta pero inexorable. Se une así la descripción de un mecanismo con la interpretación que coloca una mirada teleológica.

En segundo lugar, Lévy ha estructurado la historia mediante saltos cualitativos que se organizan como una secuencia lineal ligada a un proceso evolutivo. Por lo tanto, ahora la mirada teleológica organiza los momentos como fase de una secuencia que implica orden y progreso. Esto supone un espacio de

10 Foucault, Michel, *Les mots et les choses. Une archéologie des sciences humaines*, París, Gallimard, 1966.

11 Lévy, Pierre, *Inteligencia colectiva: por una antropología del ciberespacio*, Washington, Organización Panamericana de la Salud, 2004, p. 9.

desarrollo jerarquizado. Así, las características del último espacio antropológico suponen posibilidades de desarrollar las notas más altas del desarrollo humano, que tiene como condición de posibilidad a la tecnología informática. Dicho de otra manera, lo humanamente valioso será informático o no será.

Toda mirada teleológica es siempre una inversión. Aquí la inversión consiste en poner el final de la historia como principio de la mirada, lo que permite leer una relación lineal y progresiva entre el principio y el final donde todo lo que salga de ese proceso es eliminado como accesorio y sin sentido. Ahora, en esta esquematización de la realidad, lo histórica y políticamente contingente se toma como necesario. Así es como Lévy se embandera con los principios de la democracia liberal como un destino de la humanidad. Ciertamente el autor nos ahorra la bochornosa explicitud de la tesis de Fukuyama sobre el fin de la historia,¹² pero eso no lo exime de compartir un modo de legitimar como necesario lo contingente.

La pretensión de Lévy de colocar en el centro del «espacio del conocimiento» a la inteligencia colectiva resulta coherente con esto. Si miramos la historia del concepto de inteligencia colectiva, veremos que esta refiere a procesos cooperativos inteligentes y por lo tanto se liga a la consecución de reglas para la resolución coordinada de problemas.¹³ En este entorno —que también ha sido parte del desarrollo conceptual del pensamiento liberal— el conflicto es reformulado como cooperación, bajo la idea de competencia. Por supuesto, esta reformulación resulta eufemística porque parece olvidar que el conflicto no es tal, porque el marco con el que se orientan todos los actores es el mismo objetivo, debidamente legitimado como consecuencia de la naturaleza humana.

La naturaleza humana es precisamente lo que cada espacio antropológico permite expresar. Por lo tanto, el marco general que engloba las variaciones posibles de la acción humana viene dado por los límites del espacio antropológico como espacio normativo de realización y condición de posibilidad. Por otra parte, cada uno de esos espacios antropológicos descritos por Lévy tiene como elemento ordenador a un tipo particular de tecnología. Es así que, en su visión, la tecnología resulta ser el marco normativo que mueve y explica el desarrollo humano, permitiendo separar la historia de la voluntad y la acción humana. Esto se relaciona con su argumentación como parte de un intento de naturalización de la tecnología. A saber, la tecnología no tiene nada negativo ni nada que deba preocuparnos por cuanto no es sino la desterritorialización de alguna función humana que, liberada de las trabas psicológicas y motrices de los organismos humanos, puede desarrollar de mejor manera la potencialidad que el ser humano

12 Fukuyama, Francis, *The end of history and the last man*, Nueva York, Free Press, 1992.

13 Heylighen, Francis, «Collective intelligent and its implementation on the web: algorithms to develop a collective mental map», en *Computational and mathematical organization theory*, vol. 5, n.º 3, 1999, pp. 253-280. Disponible en <<http://pep.lanl.gov/papers/CollectiveWebIntelligence.pdf>>, visitado el 20/08/2012.

no podría lograr por sí mismo. De esta manera se une a la descripción de la tecnología una valoración respecto de sus realizaciones concretas.

Por lo tanto, los argumentos tecnofílicos se vuelven los únicos legítimos y cualquier argumento sobre los usos de la tecnología (y, por lo tanto, de reflexión de los modos de proximidad social) resulta imposible. Se configura así un espacio monológico, centrado en el tecnócrata y más ligado a la legitimación y la invisibilización de estructuras de poder que a una cultura donde el desarrollo social resulte pasible de ser dialogado socialmente. Del desencantado y ominosamente racional mundo de la profecía weberiana nos encontramos en el mundo de la racionalidad feliz que, desterritorializada ahora de lo humano, se hace tecnología y ella, en tanto motor de la realidad, hace que lo dado se vuelva incuestionable o solo modificable con las mismas potencialidades de la tecnología que, como promesa de realización de un reino divino, se ha vuelto único destino.

Bibliografía

- DELEUZE, GILLES, *Différence et répétition*, París, Presses Universitaires de France, 1968.
- *Logique du sens*, París, Les Éditions du Minuit, 1969.
- FOUCAULT, MICHEL, *Les mots et les choses. Une archéologie des sciences humaines*, París, Gallimard, 1966.
- FUKUYAMA, FRANCIS, *The end of history and the last man*, Nueva York, Free Press, 1992.
- HEYLIGHEN, FRANCIS, «Collective intelligent and its implementation on the web: algorithms to develop a collective mental map», en *Computational and mathematical organization theory*, vol, 5, n.º 3, 1999, pp. 253-280. Disponible en <<http://pcp.lanl.gov/papers/CollectiveWebIntelligence.pdf>>, visitado el 20/08/2012.
- LÉVY, PIERRE, *Inteligencia colectiva: por una antropología del ciberespacio*, Washington, Organización Panamericana de la Salud, 2004. Versión digital: <http://www.scbt-desarrollo.com.mx/FTP/UML/UML/Entradas/LTIC/01_Cuatrimestre/INFO01/C.Sesiones/Sesion_01/2.Anexos/inteligenciaColectiva.pdf>, visitado entre febrero y abril de 2011.
- *Qu'est-ce que le virtual ?*, París, Éditions de la Découverte, 1995. Versión digital: Lévy, Pierre, *Sur les chemins du virtual*, disponible en <<http://hypermedia.univ-paris8.fr/pierre/virtuel/virto.htm>>, visitado entre febrero y abril de 2011.
- MALDONADO, TOMÁS, *Lo real y lo virtual*, Barcelona, Gedisa, 1994.

Implicancias de la técnica para explicar el cambio cultural desde la perspectiva de Juri Lotman

FABRICIO DA CUNHA¹

Introducción

Technology has an aura of neutrality, universality and inevitability. This aura allows supporters to portray the technical as incontestable: the course of technological development appears ‘autonomous’ and relentless [...]²

La autonomía de la técnica es un factor clave que se hace explícito en el discurso de los principales organismos institucionales. En él se pregona por mantener la neutralidad de la técnica como una cualidad estructural que garantiza confiabilidad y permite definir un criterio para establecer las causas de ciertas contingencias sociales. Observamos que el reconocimiento técnico —en la institucionalización social de la técnica en el mundo contemporáneo— adjudica legitimidad a ciertas prácticas sociales y augura prosperidad general. En estos términos, cabe preguntarse si es la técnica en sí misma la que posee como instrumento estas cualidades y por qué se vuelven centrales las narrativas que aclaman su soberanía. En principio, podemos enfatizar que, desde un punto de vista organizacional, la decisión técnica se vuelve sinónimo de ecuanimidad valorativa. Esta aura de unilateralidad —desde un punto de vista normativo y valorativo— vuelve pertinente situar la discusión sobre implicaciones técnicas en lo cultural como una interrogante sobre las precondiciones de elaboración de discursos sobre el cambio cultural que cifran en la aplicación técnica las posibilidades de intercambio *simbólico-material* que son inherentes a cualquier transformación cultural.

El objetivo de este artículo es indagar un aspecto de la perspectiva de Juri Lotman sobre la dinámica del cambio social en términos de conservación e innovación de la técnica. Se argumentará sobre las implicaciones comunicativas que pueden derivarse de la relación entre la técnica y lo social. Al mismo tiempo, se enfatizará que en términos de innovación técnica se desarrolla una lógica de conservación y equilibrio que delimita la dimensión simbólico-potencial de la gestación de los procesos de significación que la experiencia del conocimiento técnico conlleva. Pretendemos concluir que la técnica puede ser observada

1 Instituto de Comunicación, Facultad de Información y Comunicación, Universidad de la República.

2 McLaughlin, Janice *et al.*, *Valuing Technology: Organisations, Culture and Change*, Londres, Routledge, 2002, p. 29.

como una paradoja comunicacional en el sentido de que se presenta como causa y necesidad del desarrollo social, al mismo tiempo que delimita la potencialidad creativa que gesta los procesos de intercambio cultural. Para este propósito adoptaremos una perspectiva de la comunicación como dialéctica entre sistemas normativos y producción de nuevo conocimiento.

Sobre la comunicación y la paradoja técnica

Cada brusco viraje en la historia humana pone en libertad nuevas fuerzas. La paradoja consiste en que el movimiento de avance puede estimular la regeneración de modelos culturales y modelos de conciencia muy arcaicos, generar tanto bienes científicos como epidemias de miedo masivo.³

En un estudio sobre las distintas etapas del desarrollo técnico, Jacques Ellul señala cambios representativos en las formas de organización social.⁴ El autor clasifica dos etapas en las cuales se evidencia una necesidad cada vez mayor de legitimación del cambio técnico, que se manifiesta en las distintas formas de valoración social. Una etapa caracterizada por la variedad de descubrimientos, experiencias individuales y colectivas que fueron revelando el sentido de la técnica acotado en su extensión social; y otra etapa, donde el proceso de racionalización de la vida social⁵ manifiesta cierta extensión y autonomía de la técnica frente a los sujetos.

El reconocimiento característico de la primera edad de la técnica —el período premoderno— está condicionado a la delimitación de ciertas prácticas cotidianas que distintas comunidades desarrollaron para garantizar su sobrevivencia. En este sentido, la técnica como conocimiento común no representa un hecho independiente de los aspectos más generales de la vida comunitaria. Sin embargo, esta actitud de cohesión que ampara las prácticas y los conocimientos de una comunidad genera una acumulación de experiencias que tiende a producir procesos redundantes, necesarios para consolidar la conservación de cierto conocimiento técnico compartido.

Una connotación diferente constata Ellul al referirse al desarrollo de la técnica moderna a partir del siglo XVIII, al indicar un proceso importante de transformación social. Hecho este que también es advertido por Raymond Williams⁶ cuando señala la generalización de la técnica como un proceso de

3 Lotman, Juri, *La Semiosfera 1: Semiótica de la cultura y del texto*, Madrid, Cátedra, 1996, p. 236.

4 Ellul, Jacques, *La edad de la técnica*, Barcelona, Octaedro, 2003 [1954].

5 Para situar una discusión sobre la racionalidad y su vínculo con la ciencia y la técnica, véase: Habermas, Jürgen, *La ciencia y técnica como ideología*, Madrid, Tecnos, 1986; y Habermas, Jürgen, *Teoría de la acción comunicativa 1: Racionalidad de la acción y racionalización social*, Madrid, Taurus, 1986.

6 Williams, Raymond, «Tecnologías de la comunicación e instituciones sociales», en Williams, Raymond (ed.), *Historia de la comunicación: de la imprenta a nuestros días*, vol. 2, Barcelona, Bosch, 1992, pp. 181-210. Véase también el capítulo «Cultura y tecnología» y la conferencia

institucionalización de las prácticas cotidianas e identifica un incremento sistemático de ciertas formas de legitimación. En este sentido, la técnica proyecta y redefine nuevas formas de organización social.

De esta manera, la primera etapa de la técnica se caracteriza por su diversificación en diferentes situaciones particulares que consolidan en términos culturales las tradiciones de una colectividad. La experiencia técnica responde íntegramente a la vida colectiva como un ritual del acontecimiento técnico. Esta forma de valoración de la experiencia técnica implica que el ritmo de la innovación está sujeto a las formas de intercambio colectivo. No obstante, el proceso de institucionalización, que representa la urbanización social del período moderno en Occidente, trajo nuevas formas de intercambio social que hicieron necesarios modos diferentes de organizar y legitimar la autoridad social, según el enfoque de estos autores. Las formas de intercambio material y simbólico se abstraen de su relación inmediata con lo empírico y se desarrollan programas de previsión y proyección social. La técnica no está exenta de estos cambios. Se incrementa en este período la importancia de la construcción retórica de la cultura como un mecanismo para acompañar la intermediación del desarrollo técnico y su aplicabilidad empírica. En este sentido, la construcción retórica —jerarquías de significación— intermedia entre el nivel de abstracción con fines legitimadores y el nivel empírico social. Ellul demuestra que la racionalización de la técnica moderna —o, en términos de Williams, la institucionalización de la técnica— no excluye las formas tradicionales de legitimación de los grupos colectivos, sino que las integra desde una lógica de organización. Citamos las palabras de Ellul en este sentido al referirse a una lógica de la abstracción: «Solo como representante de una tendencia abstracta le es permitido al individuo participar en esta creación técnica, cada vez más independiente de él, cada vez más sometida a la ley del cálculo».⁷

Con ello Ellul quiere decir que la técnica va perdiendo su contexto ritual, artesanal, sujeto a la variación de las experiencias acotadas en marcos locales e ingresa en nuevas intensidades a través de sistemas de previsión de la vida social. Al mismo tiempo, el incremento de la especialización de múltiples técnicas en función de un aumento eficaz en las actividades sociales genera una nueva coacción: la extensión de la racionalización técnica sobre la vida cotidiana. Y es en estos términos que la construcción retórica responde a los intereses de legitimación social, es decir que, a raíz de una generalización de ciertas prácticas, se requiere un proceso de adaptabilidad y sensibilización del conocimiento técnico en la cotidianidad.

Este punto es fundamental, ya que los centros de legitimación que predominan culturalmente promueven ciertos niveles de significación —a través de construcciones narrativas— que garantizan un equilibrio social y revisten el

«Los usos de la teoría cultural» compilado en su libro póstumo *La política del Modernismo: Contra los nuevos conformistas*.

7 Ellul, J., o. cit., p. 80.

desarrollo técnico con cierto halo de autonomía. Veremos más adelante la importancia que para Lotman tienen estos centros de legitimación en el interior del espacio cultural.

Lotman. Dos lecturas posibles: entre limitación y posibilidad

Hemos observado, a grandes rasgos, dos momentos históricos que caracterizan diferentes formas de organización, valoración y acumulación de sus prácticas colectivas en relación con la técnica. Tres cualidades que encontramos —organización, espontaneidad, valoración— en las distintas edades de la técnica que describiera Ellul tienen matices diferentes según sus niveles de intercambio. Mientras en la etapa ritual de la técnica veíamos esta relación integrada en el espacio acotado de ciertos grupos colectivos, la aparente autonomía de la técnica característica del período moderno complejizó el intercambio de las cualidades que anteriormente mencionáramos.

Podemos sostener entonces que el planteo citado es un recorrido por profundas transformaciones históricas acompañadas por cambios de valoración social sobre el acontecimiento técnico. Solo en estos términos podemos acercarnos al planteo de Ellul al desarrollo que constatamos en Lotman sobre esta temática. Pero también surge una ambigüedad hermenéutica a la hora de considerar esta transformación, la técnica en función de la dimensión social considerada: 1) como limitación, o 2) como posibilidad.

Desde la primera de estas perspectivas podemos sostener que la dinámica del cambio social y el desarrollo técnico —en términos lotmanianos— se presenta como un devenir histórico en el que es posible identificar un alto grado de codificación de la vida social. Desde el punto de vista de la función institucional se constata la necesidad estructural de generar lógicas de control y organización para suscitar un marco de legitimación social. En otros términos, podemos decir que se promueve un marco posible para la existencia de los acuerdos intersubjetivos en el interior de una cultura. Lotman advierte que la capacidad de significación, a través de compartir una lengua en común, ingresa en los límites de la organización y la racionalización de la espontaneidad con el objetivo de lograr ciertos niveles mínimos de entendimiento. Esta relación entre formas de hacer cognoscible la experiencia y la búsqueda del acuerdo en común puede ser comprendida desde una connotación estructural como una limitación de la potencialidad de los sujetos.

Sin embargo, se encuentra implícita otra lectura posible, a partir de esta forma de caracterizar los procesos sociales, que nos permite posicionar el entendimiento técnico no como un proceso exclusivamente de orden institucional, sino como una expresión semántica que manifiesta un mecanismo de luchas por la hegemonía de una cultura y que implica procesos sociales complejos. En otros términos, nos referimos a una forma de intercambio y puesta en común entre el nivel empírico y las formas de valoración social.

En principio, lo que podemos sostener es que en ambas tendencias, ya sea en términos restrictivos o de posibilidad, las transformaciones históricas generan cambios de «significatividad» en el orden cultural. Es decir, mientras en la etapa ritual de la técnica podemos encontrar un fuerte proceso de acuerdos intersubjetivos para la legitimación de un espacio simbólico, compartido y acotado a los contextos particulares, a partir del proceso de urbanización moderna la idea de organización y proyección se vuelven fundamentales para instaurar un marco de regulación cada vez más extensivo en el espacio y en el tiempo. Es por ello que frente a esta ambigüedad podemos identificar como novedoso el planteo lotmaniano sobre el hecho de que lo que está en juego en el acontecimiento técnico no es la técnica misma como materialización significativa, sino las condiciones que evidencian su unidad de significación.

A partir de ello surgen dos lecturas posibles, una tendiente a ver la capacidad técnica como una limitación de la capacidad creativa de los sujetos y otra que encuentra en la innovación técnica cambios importantes en los sistemas de valoración y nuevas posibilidades en el intercambio de información y la generación de sentidos. Podemos afirmar que estas dos interpretaciones aparentemente contradictorias amparan en su dependencia la paradoja técnica sobre la dinámica social identificada en el estudio de Lotman. En este sentido, podemos observar: 1) la técnica como necesidad de conservación de cierto sentido material y simbólico —tal cual es el sentido explícito que expresa Lotman sobre el proceso de innovación técnica—; 2) la técnica como novedad y estímulo del intercambio social —punto que trataremos de argumentar—.

En lo que sigue veremos la tensión que se deriva del planteo de Lotman sobre la dinámica social, al distinguir una diferencia entre la potencialidad que significa el surgimiento de las ideas y el contexto delimitado por la aplicación técnica. Luego mostraremos que lo que sostenemos como una paradoja técnica gravita en lo que Lotman señaló como una paradoja estructural relacionada con los procesos de intercambio que se suceden en el interior de una cultura. Finalmente, concluiremos que lo que se manifiesta como un problema de intercambio técnico-social es lo que podremos denominar un complejo modelo comunicativo.

Sobre la paradoja estructural

Raymond Williams al escribir *Cultura y tecnología*⁸ puntualizó que la relación entre la técnica y su generalización muchas veces es proyectada con fines económicos y políticos con inevitables repercusiones culturales. Williams comenta que «virtualmente todos los estudios y experimentos técnicos se emprenden dentro de relaciones sociales y formas culturales ya existentes, típicamente con objetivos que en general ya están previstos».⁹ Podemos entender las

8 Williams, Raymond, «Cultura y tecnología», en Pinkney, T. (comp.), o. cit., pp. 152-176.

9 Ibídem, p. 152.

palabras de Williams en el sentido de que la invención técnica —si lo analizamos desde el campo del surgimiento de las ideas— no tiene significancia alguna desde una consideración social, pero cuando ingresa dentro de una proyección y una aplicación extensiva, se convierte en lo que él entiende por tecnología: institucionalización social de la técnica.¹⁰ Sin dudas, las necesidades prácticas acotan la cualidad de la técnica y estrechan su valoración si es que se piensa el nivel subjetivo de la experiencia dilatado al contexto de su operatividad. Y esta parece ser la advertencia que hemos observado en el planteo de Ellul sobre la transformación del período ritual al período moderno de la técnica. Williams comenta al respecto que «una invención técnica tiene como tal una significación social comparativamente pequeña. Solo adquiere importancia general cuando se decide invertir en ella con la meta de la producción y se la desarrolla conscientemente para usos sociales particulares [...]».¹¹ Ambos autores identifican el hecho técnico como parte estructural de la organización social en el contexto de la *modernidad*. Es decir, este proceso de racionalización e institucionalización evidencia un marco de regulación social que tiende a incrementar la organización colectiva para conservar ciertas habilidades y prácticas.

Juri Lotman reconoce ese aspecto estructural observado por Ellul y Williams. No obstante, marca con respecto a ellos una diferencia sustancial. Deja en claro que esa forma de proyectar empíricamente su implicancia es un proceso de guía y control sobre su aplicación y la consolidación de cierto equilibrio social. Proceso de control, delimitante del campo potencial en términos de creatividad social, que la técnica conlleva inherente como conocimiento u habilidad. Sin embargo, la dinámica social evidencia procesos que no son unilaterales. Comenta al respecto:

[...] la técnica conoce casos en los que sus posibilidades permanecieron incomprendidas [...] es propio del progreso técnico ser poderosamente estimulado por la necesidad práctica [...] lo nuevo en la técnica es la realización de aquello que se esperaba, mientras que lo nuevo en la ciencia y en el arte es la realización de lo inesperado.¹²

Observamos el aspecto condicional que expresa Lotman al identificar el desarrollo técnico como un proceso de previsión y control sobre las expectativas de su proyección operativa. Solo en estos términos puede pensarse que la técnica adquiere autonomía frente a los sujetos, en la medida en que —al amparo de su generalización social— no se reconoce intersubjetivamente el contexto de su gestación. Tomemos en cuenta que la espontaneidad —cualidad esencial a la capacidad creativa de los sujetos— queda convencionalmente delimitada en este proceso de generalización. Esto puede entenderse en el sentido de que lo que está en juego en los sistemas de organización social es la configuración

10 Williams, Raymond, «Tecnologías de la comunicación e instituciones sociales», en Williams, Raymond (ed.), o. cit., p. 184.

11 Williams, Raymond, «Cultura y tecnología», en Pinkney, T. (comp.), o. cit., p. 152.

12 Lotman, Juri, *Cultura y explosión*, Barcelona, Gedisa, 1999, p. 20.

de la técnica como un sistema de valoración que tiene el objetivo de intervenir socialmente, extenderse sobre las prácticas cotidianas y lograr cierta eficacia en las formas de intercambio, volviéndose una necesidad.

En el mismo sentido, pero en otro contexto de discusión, Jürgen Habermas acuerda parcialmente con Herbert Marcuse sobre la identificación de este sentido de «necesidad» entre las nuevas relaciones de intercambio material y simbólico en las sociedades capitalistas y la organización técnica como forma de garantizar su legitimación social a través del establecimiento de ciertas jerarquías.¹³ Recordemos que Ellul nos había advertido —si lo analizamos desde este punto de vista— que este proceso de especialización de la técnica se vuelve un notorio elemento de diferenciación social, ya que, como también puntualizó Williams, se genera una asimetría entre las posibilidades del conocimiento técnico y el campo de aplicación social.¹⁴

Si tomamos en cuenta desde una totalidad significativa las condiciones de las formas de intercambio material y simbólico en el interior de una cultura, podemos observar el proceso de innovación del conocimiento en su aspecto semántico. Lo cual, como ya comentamos, parece ser de la menor significación en términos institucionales. Sin embargo, representa para Lotman la mayor riqueza cultural, ya que la acumulación y el intercambio de estas situaciones semióticas pueden generar momentos que desestabilizan el equilibrio institucional, produciendo situaciones de incertidumbre social que tienden a motivar y justificar la necesidad de transformación cultural.

Nótese que la técnica, en tanto convención social, puede entenderse como forma de comunicación, como una contradicción interna del aspecto cultural, a través de cuyo desarrollo encontramos un estímulo para la interacción y el cambio.

Observemos que inicialmente surge una inevitable incompatibilidad estructural entre las dos perspectivas. Indaguemos en qué radica esta aparente contradicción y qué sentido tiene para la comprensión social. Lotman comenta que: «Las más grandes ideas científicas son, en cierto sentido, afines al arte: su origen es similar a una explosión. En cambio, la realización técnica de nuevas ideas se desarrolla según las leyes de la dinámica gradual».¹⁵

Notemos que aquí el autor no está presentando a la ciencia como institución y su relación con la técnica, sino como emblema de un acontecimiento comunicativo expresivo. A partir de allí, el autor identifica dos momentos importantes en la modificación del entorno natural y social de una cultura: 1) el proceso de incertidumbre y explosión en el surgimiento de información y novedad; 2) el proceso de significación a través del marco de regulación que implica el contexto de aplicación técnica.

13 Habermas, Jürgen, *La ciencia y técnica como ideología*, Madrid, Tecnos, 1986, p. 56.

14 Williams, Raymond, «Tecnologías de la comunicación e instituciones sociales», o. cit., p. 188.

15 Lotman, J., *Cultura y explosión*, o. cit., p. 20.

En este sentido, el campo de descubrimiento de las ideas científicas aparece como metáfora del modelo de tensión entre los eventuales experimentos y la capacidad de abstracción en el mismo nivel de significancia. Debe entenderse dicho comentario en el sentido de identificar la técnica como la actividad de un campo potencial de descubrimiento y experimentación, como una dinámica de estímulos que promueve el desarrollo de las facultades creativas para la gestación de nuevas ideas. No obstante, cuando Lotman se refiere al contexto de realización técnica podemos hacer hincapié en la interpretación de la técnica como signo o significación de los límites de un campo de aplicación que fue proyectado con ciertos intereses económicos y políticos, tal como hemos mencionado.

Llamaremos entonces *técnica-actividad* a lo que en Ellul puede ser entendido como la etapa colectiva y ritual de la técnica, mientras que denominaremos *técnica-signo* a aquel proceso de abstracción que implica una adecuación retórica¹⁶ entre los intereses corporativos y el sentido social de su generalización. ¿Cómo puede entenderse la técnica desde esta incompatibilidad si ella misma aparece como posibilidad y como limitación?

El mecanismo de la cultura

Llegados a este punto, finalmente encontramos necesario especificar cuál es el sentido que atribuye Lotman a la relación técnica-sociedad, tomando en cuenta el camino que hemos trazado frente a las dos lecturas posibles sobre el hecho técnico: entendiéndolo como limitación o como potencialidad en términos sociales. Para ello analicemos el siguiente comentario de Lotman y Boris A. Uspenski sobre las problemáticas de incompatibilidad que se manifiestan en el proceso de comunicación de una cultura:

Los procesos inmanentes de desarrollo cultural, por consiguiente, pueden considerarse como interacciones de dos tendencias dirigidas a objetivos antitéticos:

- a. la multiplicación del número de lenguas de la cultura y a la intensificación de su especificidad, con lo cual se da un incremento de las dificultades comunicativas en el interior de la cultura, a la vez que favorece la flexibilidad y la complejidad gracias a su capacidad de modelizar la realidad;
- b. la creación de metalenguajes (incluyendo las autodescripciones normativas que la cultura hace de sí misma, y sus descripciones con los instrumentos de la ciencia) que facilitan las comunicaciones dentro de la cultura (también entre los individuos) mediante la introducción de un

16 Véanse los capítulos «Autocommunication: 'I' and 'Other' as addressees» (pp. 20-35) y «Rhetoric as a mechanism for meaning-generation» (pp. 36-53) del libro *Universe of Mind: A Semiotic Theory of Culture* de Juri Lotman, Londres, Taurus, 1990.

sistema de textos unívocos y estables, los cuales simplifican la cultura y al mismo tiempo limitan su flexibilidad como sistema modelizante.¹⁷

Véase que los autores presentan el mecanismo de la dinámica cultural como una contradicción entre la capacidad creativa de comprender la realidad a través de la lengua y los sistemas de significación que equilibran la organización social. En ambos procesos —si se toman analíticamente en forma aislada— se afirma una incompatibilidad estructural. Es decir, sostener en estos términos la ubicuidad social significaría posicionar cierto repliegue estático de las voluntades que no se corresponde con la idea de desarrollo social. Sin duda, esto quiere decir que ambas posiciones estructurales se necesitan y se rechazan al mismo tiempo. La tensión que se genera entre la idea de multiplicación y extensión de la experiencia de los sujetos, y la necesidad de conservación y acumulación es lo que garantiza el equilibrio social en términos de entendimiento, intercambio y comunicación.

En otras palabras, nos hemos referido al proceso de abstracción social como una forma de esbozar retóricamente ciertos modelos de organización con el objetivo de corresponder el impacto semiótico de la técnica en las prácticas cotidianas. En la génesis de su funcionalidad encontramos que los sistemas de organización necesariamente suscitan determinada significación y no otra. Pensemos, por ejemplo, en el mecanismo de los sistemas jurídicos y administrativos que componen la estructura de una sociedad. Este aspecto utilitario que inevitablemente no puede ser proyectado de otra manera más que a través de la normatividad, requiere de la aceptación del sujeto para que se manifieste su aplicación. Y es allí donde Lotman hace hincapié en diferenciar como dos formas analíticas los procesos creativos con tendencia a producir nueva información y los procesos que en términos de su funcionalidad conllevan la sujeción a una única posibilidad de significación. Aspectos que son presentados por Lotman y Uspenski bajo la idea de relación y transformación. Ambos procesos no pueden pensarse como autónomos sin tomar en cuenta el mecanismo general del intercambio cultural. De esta manera, frente a esta ambigüedad interpretativa —las dos lecturas posibles— Lotman propone estudiar el proceso de tensión y las condiciones para el intercambio que se genera en cualquier forma de interacción social. Bajo este marco comenta que «el impulso para la interacción resulta no el parecido o el acercamiento [...] sino la diferencia».¹⁸ Nótese que desde un punto de vista semiótico, el intercambio es considerado, según Lotman, como una correspondencia de valoraciones diferentes que en su confrontación genera información, incertidumbre, novedad. Sin embargo, es a través de la idea de sistemas de organización que encontramos la posibilidad de poner en común ciertas experiencias y descubrimientos. Este condicio-

17 Lotman, Juri y Uspenski, Boris, «On the Semiotic Mechanism of Culture», en *New Literary History*, 1978, pp. 211-232. Versión digital disponible en: <<http://www.jstor.org/pss/468571>>, visitado el 24/08/2011.

18 Lotman, J., *La Semiosfera I...*, o. cit., p. 63.

namiento es necesario para generar un nivel mínimo para el intercambio, para la producción de nueva significación y para la creación de conocimiento en el interior de una cultura.

La idea de intercambio como síntesis de estructuras semióticas diferentes permite discriminar dos momentos distintos: por un lado, aquel en el que se producen aumentos de los niveles de información presentes en el interior de una cultura y, por otro, aquel referido a los procesos que tienden a resolver la producción de sentidos en un equilibrio social, como forma de disolución de las diferencias. Podemos afirmar que el aumento de los niveles de información —entendida como la diferencia semiótica— es inversamente proporcional a la generación de nueva significación. Y este punto se justifica en el modo en que entendemos el término ‘información’ desde la perspectiva lotmaniana. Ronald Teliz y Alfredo Bouissa, en *La ‘Sociedad de la información’, entre heurística, metáforas y modelos de la comunicación*, especifican dos formas distintas de comprender el término ‘información’ y sus consecuencias a la hora de reflexionar sobre modelos posibles de comunicación.¹⁹ En este sentido, presentan una discriminación entre el modelo técnico-transmisivo de la comunicación y el modelo dialógico-culturalista. En forma general, mientras el primero —amparado en el desarrollo de la teoría de la información de Claude Shannon— argumenta en términos cuantitativos, la necesidad de prever cierto comportamiento posible en la transferencia de ciertas codificaciones —mensajes—, en los que la información se define como la previsibilidad de la elección de ciertas codificaciones para ser emitidas; el segundo modelo asume a la información como el grado de incertidumbre que genera la pluralidad y la diversidad semiótica en el interior de una cultura. Ello acarrea connotaciones importantes. Como estos autores sostienen, en términos de transmisión de información se proyectan los límites de una comunidad semánticamente hablando, mientras que en la idea de diálogo e intercambio se entiende la información como la heterogeneidad semántica, o, en términos lotmanianos, el aumento de la posibilidad creativa. Estos dos sentidos evidencian el matiz social que venimos argumentando en relación con el desarrollo técnico.

De esta manera, si pensamos en términos monolingüísticos (característicos de los modelos transmisivos) los alcances y las implicancias sociales, obtenemos una notoria idealización sobre las condiciones históricas que no son tenidas en cuenta. «La transmisión de la información dentro de una ‘estructura sin memoria’ garantiza realmente un alto grado de identidad»,²⁰ comenta Lotman en

19 Teliz, Ronald y Bouissa, Alfredo, «La ‘Sociedad de la Información’, entre heurística, metáforas y modelos de la comunicación», en Kaplún, Gabriel (comp.), *Políticas, discursos y narrativas en comunicación*, Montevideo, Licenciatura en Ciencias de la Comunicación-Universidad de la República, 2011, pp. 141-182. Ver también Teliz, Ronald, «Conectar-se à sociedade da informação e do conhecimento», en *Revista de Estudos da Comunicação*, 9 (19), 2008, pp. 89-96.

20 Lotman, J., *La Semiosfera I...*, o. cit., p. 16.

referencia a la ausencia de historicidad en la reflexión sobre la relación que se supone en este modelo. El grado de identidad entre el emisor y el receptor en el proceso de codificación y decodificación semántica es la justificación que encontramos expuesta en el modelo transmisivo. En términos lotmanianos, el grado de identidad en un proceso de transmisión es un ideal que no representa completamente el fenómeno de transformación cultural, ya que el intercambio que se expresa en una cultura promueve, en cambio, procesos de traducción y producción de nueva información.

Es justamente la diferencia en la forma de comprensión de los niveles de información en una cultura, ya sea en términos unívocos o bajo la idea dialógica, lo que permite discriminar la relación técnica-sociedad como actividad o transmisión semántica. Entonces, ¿cómo se resuelve esta contradicción hermenéutica?

La técnica como intercambio simbólico-material

Lotman afirma que si bien es necesario para la tradición de una cultura mantener niveles mínimos de transmisión de información y conocimiento, esos procesos no se manifiestan aislados de las situaciones y la historia de los sujetos. La dinámica del cambio cultural explicitada por este autor no refiere a la transmisión de información en términos unívocos. Hace referencia a la importancia de las luchas por el control y la legitimación social como dinámica social basada en una dialéctica constante entre los centros hegemónicos y la capacidad de significación del sujeto.²¹ Esto justifica la necesidad de transmitir y mantener ciertos valores tradicionales, volviéndose una instancia fundamental en la estructuración de la unidad social. Estos procesos de conservación y cambio se comprenderán como una relación de intercambio y transformación.

Lotman comenta que:

la transmisión del mensaje no es la única función del mecanismo comunicativo, ni del mecanismo cultural en su conjunto. Estos, al mismo tiempo, realizan una producción de nuevos mensajes, esto es, actúan en el mismo papel que la conciencia creadora del individuo pensante.²²

Por esta razón, el modelo monolingüístico de significación no resulta viable para esbozar la comprensión de los procesos de cambio cultural. De la misma manera, la consideración de la técnica como abstracción de los procesos sociales —*técnica/signo*— no es más que un modelo ideal o analítico para considerar la dinámica misma. Al tomar en cuenta el comentario de Lotman, podemos entender la tensión social como una dualidad entre los niveles de organización y la capacidad de transformación valorativa. Es en el marco de la contradicción en el

21 Para situar una discusión políticosocial en función del mecanismo de la cultura ver: Méndez Rubio, Antonio, «Hacia una caracterización política de las culturas», en Cáceres, Manuel (ed.), *En la esfera semiótica lotmaniana. Estudios en honor de Iuri Mijáilovich Lotman*, Valencia, Episteme, 1997, pp. 208-222. Versión digital disponible en <<http://www.ugr.es/~mcaceres/entretextos/pdf/entre3/mendez.pdf>>, visitado el 20/2/2012.

22 Lotman, J., *La Semiosfera I...*, o. cit., p. 67.

intercambio de la diferencia semántica desde donde se piensa la comunicación social. Y para ello deben constatarse los niveles de organización que permiten que la diferencia semiótica de la actividad de los sujetos comparta colectivamente niveles de entendimiento e intercambio.

Es allí donde podemos pensar el desarrollo técnico —*técnica/actividad*— como un proceso de comunicación, como intercambio y significación en distintas situaciones históricas. La técnica, considerada como acontecimiento semiótico, cumple con ciertas funciones comunicativas. Por un lado, debe ser ella misma una unidad de significación, poseer sentido y valoración social. A su vez, la técnica en su devenir histórico estimula nuevas experiencias en contacto con las propias prácticas de los sujetos, es decir, es una potencialidad para el desarrollo social. En este sentido se resignifica su implicancia y se transforma en nuevos niveles de unidad social. Esta es la lógica que Lotman describe en cualquier proceso de semiosis: en el intercambio se generan información e incertidumbre, y en el proceso valorativo se produce nuevo sentido.

La paradoja estructural²³ que se evidencia es la base de la comprensión de la dinámica social como proceso de comunicación y transformación semiótica, ya que permite entender en una dimensión diacrónica los procesos de inestabilidad y equilibrio social. Esto parte de comprender la participación del sujeto en los procesos de intercambio como inserto en múltiples jerarquías de significación. Y son los diferentes niveles semióticos los que justifican pensar en términos de paradoja las formas de intercambio y comunicatividad que definen los límites de una cultura.

Frente al dilema heurístico sobre la técnica que hemos planteado, podemos concluir que la paradoja estructural presente en el planteo lotmaniano señala la existencia de una fusión parcial entre los sistemas de organización y creatividad social. Ello nos permite observar los cambios técnicos como formas de expresividad colectiva y como delimitación del espacio de significación común, en la mantención de cierto nivel de normatividad para la comunicatividad en el desarrollo temporal y la sobrevivencia de la propia cultura.²⁴ Lotman lo define en términos de «autodesarrollo».²⁵ Esto quiere decir que la cultura es considerada como una totalidad semiótica mínimamente organizada, con ciertas características históricas que se especifican en sus diferentes niveles de significación. En este sentido, la lógica del cambio social y su implicancia técnica se comprende como elemento estructural del proceso de autogeneración que lleva adelante la propia cultura para definir sus propios límites jerárquicos.²⁶ Quiere decir que encontramos en el espacio común la necesidad de conservar ciertos niveles de entendimiento para consolidar en el tiempo unidad y tradición. De esta manera,

23 Lotman, J., *La Semiosfera I...*, o. cit., p. 69.

24 Para encontrar una referencia sobre la noción de normatividad y tradición, véase: Thompson, John B., *Los media y la Modernidad: Una teoría de los medios*, Barcelona, Paidós, 1998.

25 Lotman, J., *La Semiosfera I...*, o. cit., p. 100.

26 *Ibíd.*, p. 91.

se entiende la cultura como un orden interno que se autorregula desde sus propios centros de legitimación, en una dinámica histórica.²⁷ Es entonces que la técnica no puede ser pensada como una fuerza externa al orden social y mucho menos adjudicarle cierto carácter de autonomía. Si comprendemos la técnica como un hecho semiótico, entonces debemos posicionarla como una parte estructural de la comunicatividad. Es decir, el acontecimiento técnico se vuelve una unidad de significación que corresponde a un tiempo social y a diferentes formas de valoración. Es entonces que la técnica se convierte en un factor de integración y divergencia social.

Conclusión

Hemos podido constatar que si bien la técnica no fue el punto central de interés en el análisis semiótico de Juri Lotman, sus preocupaciones sobre la dinámica de los procesos de semiosis y el cambio cultural dejan entrever ciertas afirmaciones que atienden cuestiones vinculadas al pensamiento técnico.

La técnica como campo de realización o extensión bajo una lógica de desarrollo y conservación de los sistemas de regulación y legitimación actúa completamente en consonancia con las relaciones establecidas. En este sentido, al situarnos en el contexto contemporáneo, el aspecto simbólico de la técnica deja oculto su contexto de creación. Podemos suponer que el proceso de racionalización de la técnica y la connotación sobre su autonomía e indivisibilidad que expusiéramos en términos de Ellul son resultado de la dinámica del intercambio entre los sistemas de organización social y la creatividad social. La técnica parece erigirse con cierta independencia frente a las relaciones sociales, mientras que adquiere la potestad de ser la causante de promover las relaciones de intercambio y desarrollo cultural a través de acciones: constatadas en el pasado, imprescindibles en el presente, optimistas sobre el futuro. No obstante, no es la técnica misma la que estimula el sistema de valoración hacia ella, ya que «el significado, en el fondo, no significa nada; solo posee potencialidad».²⁸ En ese campo de posibilidad, de flujos de información, de creatividad y conocimiento, se erige, en forma de metáfora pero siendo notoriamente tangible, un proceso de institucionalización material y simbólico que se trasmuta en un corpus retórico sobre la técnica para generar contextos de aplicabilidad y de autogeneración. En este sentido, no es la técnica la causante de tal simulacro, ya que ella es sinónimo de inspiración, invención empírica.

27 Véase: Cabanilles, Antonia, «Semiótica de la cultura: los modelos de autodescripción», en Cáceres, Manuel (ed.), *En la esfera semiótica lotmaniana. Estudios en honor de Iuri Mijáilovich Lotman*, Valencia, Episteme, 1997, pp. 208-222. Versión digital disponible en <<http://www.ugr.es/~mcaceres/entretextos/pdf/entrez/mendez.pdf>>, visitado el 20/2/2012.

28 Voloshinov, Valentín N., *El signo ideológico y la filosofía del lenguaje*, Buenos Aires, Nueva Visión, 1976 [1930], p. 128.

Concluimos entonces que en los procesos históricos donde se evidencia un claro incremento extensivo de los sistemas de organización técnica sobre las prácticas cotidianas se vuelven necesarias construcciones simbólicas que tienden a promover la unicidad de su significación. Es en esta forma de sensibilización sobre el desarrollo social que la correspondencia entre lo material y lo simbólico se vuelve una necesidad de adición y causalidad, como una lógica de inevitabilidad para el hábitat del nuevo aspecto técnico.

Bibliografía

- BAJTÍN, MIJAIL, «El problema de los géneros discursivos», en Bajtín, Mijail, *Estética de la creación verbal*, Ciudad de México, Siglo XXI, 1982, pp. 243-293.
- CABANILLES, ANTONIA, «Semiótica de la cultura: los modelos de autodescripción», en Cáceres, Manuel (ed.), *En la esfera semiótica lotmaniana. Estudios en honor de Iuri Mijáilovich Lotman*, Valencia, Episteme, 1997, pp. 208-222. Versión digital disponible en <<http://www.ugr.es/~mcaceres/entretextos/pdf/entrez3/mendez.pdf>>, visitado el 20/2/2012.
- ELLUL, JACQUES, *The Technological Bluff*, Michigan, William B. Eerdmans Publishing, 1990.
- *La edad de la técnica*, Barcelona, Octaedro, 2003 [1954].
- HABERMAS, JÜRGEN, *La ciencia y técnica como ideología*, Madrid, Tecnos, 1986a.
- *Teoría de la acción comunicativa I: Racionalidad de la acción y racionalización social*, Madrid, Taurus, 1986b.
- LOTMAN, JURI, «On the Semiotic Mechanism of Culture», en *New Literary History*, 1978, pp. 211-232. Versión digital disponible en <<http://www.jstor.org/pss/468571>>, visitado el 24/08/2011.
- *Universe of Mind: A Semiotic Theory of Culture*, Londres, Tauris, 1990.
- *La Semiosfera I: Semiótica de la cultura y del texto*, Madrid, Cátedra, 1996.
- *La Semiosfera II: Semiótica de la cultura, del texto, de la conducta y del espacio*, Madrid, Cátedra, 1998.
- *Cultura y explosión*, Barcelona, Gedisa, 1999.
- *La Semiosfera III: Semiótica de las artes y de la cultura*, Madrid, Cátedra, 2000.
- y Uspenski, Boris, «Heterogeneidad y homogeneidad de las culturas. Post-scriptum a las tesis colectivas», en *Entretextos. Revista electrónica semestral de estudios semióticos de la cultura*, n.º 9, 2007, pp. 1-4. Versión digital disponible en: <<http://www.ugr.es/~mcaceres/entretextos/entreg/postscriptum.html>>, visitado el 24/08/2011.
- MANDELKER, AMY, «Lotman's Other: Estrangement and Ethics in *Culture and Explosion*», en Schönle, A. (ed.), *Lotman and Culture Studies: Encounters and Extensions*, Berkeley, The University of Wisconsin Press, 2006, pp. 59-83.
- MCLAUGHLIN, JANICE et al., *Valuing Technology: Organisations, Culture and Change*, Londres, Routledge, 2002.
- MÉNDEZ RUBIO, ANTONIO, «Hacia una caracterización política de las culturas», en Cáceres, Manuel (ed.), *En la esfera semiótica lotmaniana. Estudios en honor de Iuri Mijáilovich Lotman*, Valencia, Episteme, 1997, pp. 208-222. Versión digital disponible en

<<http://www.ugr.es/~mcaceres/entretextos/pdf/entrez/mendez.pdf>>, visitado el 20/2/2012.

- SPEZ, LUCIEN, *Crítica de la comunicación*, Buenos Aires, Amorrortu, 1995.
- TARGOWSKI, ANDREW, *Information Technology and Societal Development*, Nueva York, IGI Global, 2009.
- TELIZ, RONALD, «Conectar-se à sociedade da informação e do conhecimento», en *Revista de Estudos da Comunicação*, 9 (19), 2008, pp. 89-96.
- (coord.), *Temas y problemas del campo de los estudios en comunicación*, vol. 1, Montevideo, Universidad de la República, 2013.
- y Bouissa, Alfredo, «La ‘sociedad de la información’, entre heurística, metáforas y modelos de la comunicación», en Kaplún, Gabriel (comp.), *Políticas, discursos y narrativas en comunicación*, Montevideo, Licenciatura en Ciencias de la Comunicación-Universidad de la República, 2011, pp. 141-182.
- THOMPSON, JOHN B., *Los media y la Modernidad: Una teoría de los medios*, Barcelona, Paidós, 1998.
- VOLOSHINOV, VALENTÍN N., *El signo ideológico y la filosofía del lenguaje*, Buenos Aires, Nueva Visión, 1976 [1930].
- WILLIAMS, RAYMOND, «Tecnologías de la comunicación e instituciones sociales», en Williams, Raymond (ed.), *Historia de la comunicación: de la imprenta a nuestros días*, vol. 2, Barcelona, Bosch, 1992, pp. 181-210.
- «Cultura y tecnología», en Pinkney, T. (comp.), *La política del Modernismo. Contra los nuevos conformistas*, Buenos Aires, Manantial, 1996, pp. 152-176.
- ZYLKO, BOGUSLAW, «Lotman y algunas cuestiones acerca del discurso histórico», en *Entretextos. Revista electrónica semestral de estudios semióticos de la cultura*, 9, 2007, pp. 1-10. Versión digital disponible en <<http://www.ugr.es/~mcaceres/entretextos/entrez/zylko.html>>, visitado el 20/2/2012.

Una cuestión de fronteras: apuntes para un abordaje semiótico-comunicacional del territorio

LETICIA OGUES¹

El mito de la desterritorialización es el mito de los que imaginan que el hombre puede vivir sin territorio, que la sociedad puede existir sin territorialidad, como si el movimiento de destrucción de territorios no fuese siempre, de algún modo, su reconstrucción sobre nuevas bases. [...] Cada uno de nosotros necesita, como 'recurso' básico, territorializarse. No en los moldes de un 'espacio vital' darwinista-ratzeliano, que impone el suelo como un determinante de la vida humana, sino en un sentido múltiple y relacional, inserto en la diversidad y en la dinámica temporal del mundo.

Rogério Haesbaert²

Este trabajo presenta algunas preocupaciones y reflexiones vinculadas a la conceptualización y la reconceptualización del territorio en clave semiótico-comunicacional. El término 'territorio' resulta ser una palabra reiterada, manida, con significados superpuestos y no siempre coincidentes cuando se reconocen diferentes líneas de abordaje. Es un término que en sus orígenes disciplinares se asocia con la geografía, particularmente con la geografía política, pero que luego ha sido trabajado desde la economía, la ciencia política, la antropología y la sociología, entre otras disciplinas. Para definir al territorio en general y a un territorio en particular desde una mirada semiótico-comunicacional parece interesante comenzar por los aspectos que lo definen y determinan, es decir, por aquellos aspectos que establecen sus límites. Desde esta perspectiva, surgen algunas interrogantes: si las fronteras determinan al territorio, ¿cómo funcionan efectivamente esos límites territoriales? ¿De qué clase de fronteras estamos hablando? ¿A qué nos referimos cuando decimos que territorios y fronteras desaparecen, o se disuelven? ¿Por qué funciona el territorio como marco de identidad y de diferenciación? ¿Es posible pensar al territorio como un ambiente semiótico?

Pensar en territorio implica una inmediata asociación con la geografía. Hasta hace no demasiado, pensar en territorio —y por lo tanto pensar en

1 Instituto de Comunicación, Facultad de Información y Comunicación, Universidad de la República.

2 Haesbaert, Rogério, *El mito de la desterritorialización. Del «fin de los territorios» a la multiterritorialidad*, Ciudad de México, Siglo XXI, 2004, p. 16.

geografía— sugería también inmediatamente pensar en suaves ondulaciones que, según nos explicaban, caracterizaban a aquello comprendido como el territorio uruguayo. En los últimos tiempos he tenido el placer de redescubrir la geografía y, por lo tanto, también el territorio, encontrando nuevas delimitaciones para la disciplina y el término. En esta experiencia de redescubrir, me he encontrado también con otras posibles asociaciones. Una de ellas pone en vinculación la propuesta del geógrafo brasileiro Rogério Haesbaert y la del investigador ruso Juri Lotman. Este acercamiento es el que proponemos en el presente trabajo.

Creo que ambas propuestas habilitan una crítica al discurso dominante sobre la globalización y sus efectos de disolución de los territorios (fenómeno conocido como desterritorialización), dando lugar, en cambio, a reflexionar sobre sus transformaciones y permanencias, recuperando al territorio como soporte físico pero también como ambiente simbólico, estructurante de criterios de identidad, dominación y exclusión. Es central en esta reflexión el concepto lotmaniano de frontera, con sus particularidades y deslizamientos a lo largo de la obra del autor.

El trabajo se organiza en torno a las nociones de territorio, semiosfera y frontera. Presenta en la primera parte el análisis de Haesbaert del concepto territorio, tanto en geografía como a nivel interdisciplinar; la segunda parte plantea algunos aspectos de la semiótica cultural de Lotman que consideramos que pueden ofrecerse como herramientas para indagar y profundizar en la perspectiva de Haesbaert; y, finalmente, propone algunas interrogantes sobre la noción de frontera, articulando ambas perspectivas, orientadas a comprender el territorio y sus transformaciones en el marco de las discusiones actuales sobre desterritorialización y sobre la aparente disolución de las fronteras mismas.

Delimitación del territorio

Según el *Diccionario de la lengua española* de la Real Academia Española, un territorio es una «porción de la superficie terrestre perteneciente a una nación, región, provincia, etcétera».³ Esta acepción, quizás la más generalizada, que define al territorio por su soporte físico y por sus límites jurídico-administrativos, resulta insuficiente para comprender la centralidad del término en muchos discursos actuales, incluso en aquellos que profetizan su desaparición. El fin del territorio, el fin de la geografía, son enunciados asociados a los supuestos efectos de la globalización y de la generalización de tecnologías de la información y la comunicación que comprimen el espacio y el tiempo, disolviendo las fronteras territoriales e incluso los territorios. El territorio, en ese sentido, aparece reducido al soporte físico, a su dimensión espacial.

La definición mencionada resulta también insuficiente para comprender muchos solapamientos y desencuentros entre recortes administrativos y espacios vividos. Pienso, por ejemplo, en pueblos de nuestro país, como Merinos, ubicado en el mismo límite entre Paysandú y Río Negro. En Merinos Río Negro,

3 DRAE, Real Academia Española, <<http://www.rae.es/rae.html>>, visitado el 15/10/2012.

según el Censo 2011, viven 4 personas. En Merinos Paysandú, 528. Merinos, el pueblo, es uno solo. Otros ejemplos son más conocidos, como Cerro Chato, que administrativamente pertenece a Durazno, Florida y Treinta y Tres; o Nico Pérez (Florida) y José Batlle y Ordóñez (Lavalleja), Nico Batlle para los amigos, ya que el pueblo, según dicen, también es uno solo.⁴

Indagando en la etimología de la palabra, la definición se complejiza y habilita una reflexión más allá y más acá del soporte físico y de lo jurídico-administrativo. El origen del término 'territorio' es latino, y se vincula tanto con *terra-territorium* como con *terreo-territor* (terror, aterrorizar). Desde la perspectiva de Haesbaert, es posible interpretar el territorio como estrechamente asociado, simultáneamente, a la concreta dominación jurídico-política de la tierra y a los afectos que inspira a quienes se relacionan con ella: identificación y apropiación para aquellos que ejercen derechos sobre ella, y miedo y exclusión para aquellos que quedan alejados o son impedidos de entrar al territorio.⁵

Las posiciones académicas que coexisten desde diferentes disciplinas tienen que ver con uno, otro o ambos de los sentidos mencionados: el predominante se relaciona directamente con la tierra, con el territorio como materialidad; el otro se vincula con los afectos y los significados que el territorio inspira (de miedo, satisfacción, apropiación o exclusión).⁶ Estas posiciones son coincidentes en un punto: ya sea desde su materialidad como desde su dimensión significativa, el territorio siempre tiene que ver con el poder.

Ahora bien, el poder es pensado aquí también en dos direcciones: por un lado, hablamos de dominación jurídico-política de la tierra, concreta y funcional, y, por otro, de apropiación simbólica, expresión de las marcas de la experiencia del territorio. Haesbaert plantea un continuum de tipos territoriales de acuerdo con la combinación de lo funcional y lo simbólico predominante, en el que se combinan en diferente grado ambos componentes de las relaciones de poder tanto en lo que refiere a la realización de funciones concretas como en lo vinculado a la realización de significados.

Diferentes perspectivas disciplinares, filosóficas e ideológicas han enfatizado uno u otro polo de ese continuum. La perspectiva jurídico-política destaca el

4 Nico Pérez fue fundado en 1883 durante la presidencia de Máximo Santos, y funcionó como punto de reunión de las tropas de Aparicio Saravia. El llamado Pacto de Nico Pérez, firmado en 1903 en los inicios de la presidencia de José Batlle y Ordóñez, suponía un acuerdo entre blancos y colorados sobre las jefaturas políticas correspondientes a los primeros. No obstante, las interpretaciones no eran unívocas: para los blancos la negociación garantizaba que no habría movimientos de tropas militares hacia los departamentos bajo su jefatura; para los colorados, se trataba de no intervención electoral. Esta discordancia de interpretaciones y sus consecuencias supuso el inicio de la guerra civil de 1904, que culminó con la muerte de Saravia. En 1907 el nombre de Nico Pérez fue cambiado por José Batlle y Ordóñez, pero la modificación no fue aceptada por los blancos, y sus efectos rigieron en el sector del pueblo ubicado en el departamento de Lavalleja y no en Florida. Hoy, los habitantes de las dos partes dicen «Soy de Batlle y Ordóñez, de Nico Pérez, o de Nico-Batlle».

5 Haesbaert, R., *El mito...*, o. cit., 2004, p. 2.

6 *Ibidem*, p. 38.

territorio como espacio material delimitado y controlado a través del que se ejerce un cierto poder; la perspectiva cultural prioriza la dimensión simbólica y comprende al territorio como producto de la apropiación de un grupo en relación con su espacio vivido; la perspectiva económica entiende al territorio como la dimensión espacial de las relaciones económicas y como fuente de recursos; y la perspectiva naturalista lo entiende a grandes rasgos como producto de la relación entre sociedad y naturaleza. En su propuesta, Haesbaert hace un esfuerzo por concretar una perspectiva integradora, «que concibe la territorialización como el proceso de dominio (político-económico) o de apropiación (simbólico-cultural) del espacio por los grupos humanos, en un complejo y variado ejercicio de poder(es)».⁷

Para definir territorio, la visión haesbaertiana concibe primero al espacio geográfico como un híbrido entre sociedad y naturaleza, entre política, economía y cultura, y con un particular énfasis en la no disociación entre movimiento y estabilidad (que para este autor es siempre relativa). Haesbaert propone entonces comprender el territorio desde una perspectiva relacional, como la expresión de las relaciones sociohistóricas de poder que se manifiestan en mayor o menor medida con y en ese espacio geográfico, «del poder material de las relaciones económico-políticas al poder simbólico de las relaciones de orden más estrictamente cultural».⁸ Esa definición relacional del territorio supone abandonar la idea del espacio como fijación, estabilidad, delimitación o frontera fija, para comprenderlo como movimiento y conexión.

Entonces, al referir antes al continuum de tipos territoriales, también se hacía referencia a tipos de territorialización, de puesta en relación de grupos sociales o instituciones en un espacio geográfico. Esa puesta en relación puede ser a través de procesos más funcionales (económico-políticos) o más simbólicos (político-culturales).⁹

Si bien la dimensión funcional y la simbólica aparecen como indisociables, Haesbaert señala un modo específico de enfocar el aspecto simbólico del territorio: la territorialidad.¹⁰ El autor comprende la territorialidad como una dimensión inmaterial, específicamente como imagen o símbolo de un territorio, que puede manifestarse incluso cuando el territorio mismo no tiene concreción material. Señala en este sentido como ejemplo de esa territorialidad sin territorio el de la «tierra prometida» de los judíos.¹¹ Lo interesante es que «puede existir territorialidad sin territorio, pero no lo contrario»,¹² es decir, entonces, que la dimensión simbólica o cultural aparece con la efectividad

7 Haesbaert, R., *El mito...*, o. cit., 2004, p. 16.

8 *Ibíd.*, p. 68.

9 *Ibíd.*, pp. 81-82.

10 *Ibíd.*, p. 63.

11 Haesbaert, Rogério, «Território e Multiterritorialidade: um debate», en *Revista GEOgraphia*, n.º 17, Río de Janeiro, 2007, p. 8.

12 *Ibíd.*, p. 10.

suficiente como para generar la cualidad de «ser territorio», en tanto que el soporte material, por sí solo, no basta para constituirse en territorio.

El territorio de la semiosfera o la semiosfera del territorio

Como se ha visto hasta aquí, la concepción haesbaertiana del territorio es eminentemente relacional y, aunque nunca concibe al territorio únicamente en un sentido simbólico, enfatiza esa dimensión específica a través del concepto de territorialidad como aspecto constitutivo clave del territorio.

Un posible modo de pensar la territorialidad como dimensión simbólica constitutiva del territorio es introduciendo la noción de semiosfera de Juri Lotman.¹³ La trayectoria del pensamiento lotmaniano transita desde un abordaje estructuralista de la cultura que conlleva un análisis dicotómico, hacia una perspectiva de la cultura como proceso inherente e inevitablemente dinámico y complejo.

El último tramo de esa trayectoria ubica a la semiosfera como un espacio de posibilidad de la significación, un espacio simultáneamente delimitado y abierto, en el que la interconexión es el proceso que mantiene en movimiento a la cultura. Al igual que el territorio en Haesbaert, la semiosfera en Lotman es un espacio relacional. No hay modo de pensar la semiosfera sin pensar en lo que está en sus bordes, sus fronteras y sus exterioridades.

La dimensión simbólica del territorio, un posible sistema semiosférico, funciona como criterio de delimitación del territorio mismo y de quienes lo materializan, vivencian o añoran. Tiene efectividad para establecer quiénes son los que habitan ese territorio, quiénes no son parte de él, y quiénes viven en sus márgenes. Al igual que las autodescripciones que constituyen las estructuras nucleares de la semiosfera, es capaz de expresarse como una unidad ideal, homogeneizadora, organizadora y clasificadora, condensando y concentrando significados embebidos en prácticas. Celeste, canario, «cantegril»: territorios delimitados en el lenguaje manifestando, en palabras de Lotman, la unidad ideal sobre la irregularidad del mapa semiótico.¹⁴

Pensar el territorio en esta perspectiva, como categoría que más que identificar un soporte físico refiere a las relaciones significativas que en él y desde él se producen, contribuye a la comprensión de procesos como la municipalización

13 Juri Lotman (San Petersburgo, 1922-Tartu, 1993) fue uno de los fundadores de la corriente semiótica reconocida como escuela de Tartu-Moscú. Esta corriente, desarrollada a partir del encuentro de investigadores fundamentalmente rusos y estonios, reunió dos tradiciones académicas: los estudios literarios formalistas y la lingüística estructural, y dos tendencias de la semiótica, la del signo como unidad mínima y la que comprende al signo siempre en relación con otros signos, es decir, en el marco de un sistema. Esta combinación derivó en la propuesta de un abordaje semiótico de la cultura, una especie de teoría general de los cambios culturales, con un énfasis comunicacional que parte de la comprensión de la cultura como sistema de relaciones hombre-mundo expresado en sistemas de signos que organizan la información y modelan el mundo.

14 Lotman, Juri, *La semiosfera I. Semiótica de la cultura y del texto*, o. cit., pp. 29-30.

de los departamentos en Uruguay. Quizás el ejemplo más claro sea Montevideo, en donde se superponen territorios de la experiencia y territorios de la administración. Los criterios de ordenamiento jurídico-administrativo se superponen, exceden y reducen los criterios con los que se vivencian los espacios. Territorios funcionales, dominio de lo jurídico, los límites de los municipios A, B, C, ¿CH?, D... no son los límites de los territorios apropiados, que oscilan entre el barrio y la ciudad. En tanto espacios sobre los que de uno u otro modo se produce un ejercicio de poder, los barrios apropiados y los municipios administrados son ambos territorios, pero territorios que se solapan y al mismo tiempo operan en sectores bien distintos del continuum propuesto por Haesbaert. Lo interesante, y aquí es donde entraría en juego la semiosfera como categoría útil para comprender el territorio, es que la territorialidad se constituye en ese espacio interseccionado, justamente a partir de los solapamientos y los cruces que interpelan lo funcional y lo apropiado.

Ese juego de interacciones habilita abandonar la idea de territorio puramente cartográfico, con límites fijos, estables y físicos, para pensar en territorio como un conjunto complejo de relaciones: dentro de un espacio, con un espacio y más allá de él. Esas relaciones se manifiestan en expresiones formales de identidad y pertenencia que conforman núcleos aparentemente estables, pero también en formaciones más difusas y móviles, para las cuales la idea tradicional de frontera parece no funcionar.

Los límites de la frontera

La historia de los mapas geográficos es el cuaderno de la semiótica histórica.

Juri Lotman¹⁵

Ya sea que hablemos de territorios funcionales o simbólicos, parece natural afirmar que uno empieza a pensarlos a partir de su delimitación. El problema es cómo pensar esos límites, incluso cómo imaginarlos, sobre todo porque si los territorios mismos se solapan, probablemente sus límites se entrecrucen.

Haesbaert, citando a Rob Shields, propone al respecto:

[...] las fronteras pueden haberse vuelto más que líneas que definen lo que está cercado de lo que no lo está, lo que está ordenado de lo no ordenado, o lo conocido de lo desconocido. Las fronteras marcan el límite donde la ausencia se torna presencia. Pero dichas fronteras parecen estar disolviéndose. Aparecen menos como barricadas impermeables y más como umbrales, a través de los cuales tienen lugar las comunicaciones y donde

15 Lotman, Juri, *Universe of the Mind. A semiotic theory of culture*, Londres, Tauris, 1990, pp. 110-111.

interactúan cosas y personas de diferentes categorías —local y distante, nativo y extranjero, etcétera.¹⁶

Las fronteras territoriales se configuran inicialmente como delimitadoras de áreas de control y acceso, como dispositivos de inclusión y exclusión, de un modo que puede asociarse a la función de separación que la frontera cumple en la primera parte de la obra de Lotman. Daniele Monticelli, sistematizando la conceptualización de esta categoría lotmaniana, plantea que esa función de separación se materializa en autodescripciones constituyentes de un metalenguaje idealizador de un lenguaje real, pasando a operar como un mecanismo de exclusión de todo aquello que no es traducible a sus términos.¹⁷

Cuando actualmente se afirma que vivimos procesos de desterritorialización que implican la disolución de las fronteras, el fin de los territorios y la comprensión absoluta del espacio a través de la instantaneidad, se anula la dimensión más relacional y menos tangible de los territorios, y al anularse esta, se descarta el funcionamiento de las fronteras en esa misma dimensión. Si, como muchas veces se afirma, las fronteras de los Estados nación parecen debilitarse (aunque sin dudas, esa es también una cuestión relacional), las fronteras se fortalecen en comunidades que se afirman sobre lo territorial, aún sin contigüidad con el espacio físico concreto.

El concepto de semiosfera posibilita abordar la frontera identificando en ella una función simultánea de continuidad y conexión. Las fronteras de los territorios son, en un sentido, como las fronteras de la semiosfera lotmaniana: traductores que son parte del territorio y al mismo tiempo lo conectan con lo extraterritorial, y en esa conexión en la que funcionan se reconstruyen permanentemente. La frontera, entonces, no cierra el territorio, sino que lo delimita para volverlo reconocible y en ese autorreconocimiento se transforma a partir del contacto con otros sistemas territoriales que se intersectan.

De manera similar al funcionamiento de las fronteras semióticas, los límites que se definen en los procesos de territorialización operan como mecanismos de control de acceso a ciertas zonas y, simultáneamente, como conectores, fundamentalmente de flujos de personas, mercaderías e información. Se construyen así dos lógicas básicas de territorialización:¹⁸ la lógica zonal, que establece límites para controlar ciertas áreas y privilegia la homogeneidad, y la lógica reticular, que establece patrones de control de flujos, interconexión y relaciones, y privilegia la heterogeneidad. Ambos, límites zonales y protocolos de redes, son fronteras operando en diferentes dimensiones.

Así como no es posible identificar tipos puros de territorios funcionales o simbólicos, tampoco es posible reconocer más que el predominio de una

16 Haesbaert, R., *El mito...*, o. cit., 2004, pp. 139-140.

17 Monticelli, Daniele, «Crossing boundaries. Translation of the untranslatable and poetic indeterminacy in Juri Lotman and Giacomo Leopardi», en *Interlitteraria*, n.º 14, vol. II, Tartu, 2009, p. 333.

18 Haesbaert, R., *El mito...*, o. cit., 2004, pp. 239-240.

u otra de estas lógicas. Los territorios, pensados ya no como meros recortes espaciales sino como complejos ambientes semióticos funcionantes, constituyen y reconstituyen sus fronteras, ya sean estas precisas y estables o difusas y flexibles, «[...] de la posición del observador depende por dónde pasa la frontera de una cultura dada».¹⁹ No se trata entonces de la desaparición de los territorios y las fronteras ante una cuasi mágica compresión del espacio. Por el contrario, las fronteras y los territorios se reivindicán agudizando su carácter de expresión de conflictos materiales y simbólicos, configurando criterios de pertenencia, inclusión y exclusión, contando entre ellos, por supuesto, a los criterios que habilitan la integración (o no) al grupo de los efectivos ciudadanos del mundo sin fronteras.

Bibliografía

- CORBOZ, ANDRÉ, «El territorio como palimpsesto», en Ángel Martín Ramos, *Lo urbano en 20 autores contemporáneos*, Barcelona, UPC, 2004, pp. 25-34.
- HAESBAERT, ROGÉRIO, *El mito de la desterritorialización. Del «fin de los territorios» a la multiterritorialidad*, Ciudad de México, Siglo XXI, 2004.
- . «Território e Multiterritorialidade: um debate», en *Revista GEOgraphia*, n.º 17, Río de Janeiro, 2007, pp. 19-45.
- LOTMAN, JURI, *Universe of the Mind. A Semiotic Theory of Culture*, Londres, Tauris, 1990.
- . *Cultura y explosión. Lo previsible y lo imprevisible en los procesos de cambio social*, Barcelona, Gedisa, 1992.
- . *La semiosfera I. Semiótica de la cultura y del texto*, Madrid, Cátedra, 1996.
- . *La semiosfera II. Semiótica de la cultura, del texto, de la conducta y del espacio*, Madrid, Cátedra, 1998.
- . «Símbolos de Petersburgo y problemas de semiótica urbana», en *Entretextos*, n.º 4, Sevilla, noviembre de 2004.
- . «Excerpts from Universe of the Mind: A Semiotic Theory of Culture», en Donald Favareau, *Essential Readings in Biosemiotics*, Londres, Springer, 2010, pp. 191-216.
- MONTICELLI, DANIELE, «Crossing boundaries. Translation of the untranslatable and poetic indeterminacy in Juri Lotman and Giacomo Leopardi», en *Interlitteraria*, n.º 14, vol. II, Tartu, 2009, pp. 327-348.
- REAL ACADEMIA ESPAÑOLA, *Diccionario de la lengua española* (DRAE), disponible en <<http://www.rae.es/rae.html>>, visitado el 15/10/2012.
- REBORATTI, CARLOS, «El territorio rural: ¿actor o escenario?», en *V Jornadas de Investigación y Debate «Trabajo, propiedad y tecnología en la Argentina rural del siglo XX»*, Buenos Aires, Universidad Nacional de Quilmes, 2008.
- SANTOS, MILTON, «O retorno do território», en Milton Santos *et al.* (orgs.), *Território, Globalização e Fragmentação*, San Pablo, Hucitec, 1994, pp. 15-20.

19 Lotman, J., *La semiosfera...*, o. cit., p. 29.

Algunas observaciones sobre el trabajo y la educación en el ámbito de la economía del conocimiento

LUIS DUFOUR¹

Introducción

La consolidación de la sociedad de la información y el conocimiento implica una serie de transformaciones que afectan al conjunto de actividades, sean sociales, culturales o políticas. Dicha sociedad, amparada en el desarrollo técnico, tiene como finalidad desarrollar, en un mundo hiperconectado, una economía basada en el conocimiento, siendo la velocidad, la inmediatez y el cambio atributos genuinos sobre los cuales descansa el desarrollo de este nuevo sistema económico.

Esta nueva sociedad tiene entre sus cometidos fundamentales disolver la brecha económica que separa países ricos de países pobres. El ingreso de los países pobres o de economía emergente a este nuevo tipo de sociedad está determinado por un marcado proceso de cambios sociales, culturales y políticos que van de la mano con el ingreso de los Estados al paradigma tecnológico. Quien mejor explica el paradigma tecnológico es Nicolás Negroponte en su libro *Ser digital*.² Negroponte parte de un cambio sustancial, aunque mínimo, para que una sociedad ingrese en la era de la información, o como él la denomina «de la posinformación»: se debe pasar del átomo al bit. Dice Negroponte:

el bit no tiene color, ni tamaño, ni peso y puede desplazarse a velocidad de la luz. Es el elemento atómico más pequeños en la cadena de ADN de la información, que describe el estado de algo [...] El bit siempre se ha constituido el elemento básico de la computación digital.³

Este cambio es el que permite acopiar información a distancia, disolviendo las barreras impuestas por la geografía del lugar, se ingresa en un terreno de la conexión total. Así se crea una extensa red de datos a escala mundial. Negroponte habla de una nueva era, la «era de la posinformación», en la que ha desaparecido la masa y «tenemos un público unipersonal. Todo se hace a pedido y la información está personalizada al máximo».⁴

1 Instituto de Comunicación, Facultad de Información y Comunicación, Universidad de la República.

2 Negroponte, Nicolás, *Ser digital*, Buenos Aires, Atlántida, 1995.

3 *Ibíd.*, pp. 21-22.

4 *Ibíd.*, p. 168.

Este conjunto de cambios modela, por estos días, cualquier actividad humana, transformándose en el nuevo paradigma que rige la vida de la sociedad occidental contemporánea. La sustitución de cualquier objeto material por uno virtual es la clave para entender cómo aquellos se han convertido en un paquete informacional que diseminado en la red adquiere un tipo de visibilidad que lo coloca al alcance de cualquier consumidor. Pero no solo los objetos se transforman, también los procesos que envuelven al hombre, sean personales o colectivos, que también son afectados por este nuevo paradigma. En tal sentido, las relaciones sociales, la política, el mundo del trabajo, la educación, la cultura, la vida privada, adquieren un alto grado de visibilidad (se globalizan). Por lo tanto, ya no hay lugares ocultos. Las prácticas secretas se convierten en públicas, todo está expuesto y la red se convierte en un mapa informacional que nos permite conocer lo desconocido.

Está claro que este nuevo caudal de conocimientos se ampara en la instrumentación de una red que ha globalizado la información, para que esta pueda ser abordada con el simple mecanismo de estar conectado, nueva forma de abordar la información que diseña, como ya habíamos advertido, un mundo más personal y privado, diagramado sobre intereses personales, es decir, un mundo virtual tan amplio como el individuo se lo permita. Sin embargo, notamos que para habitar en ese mundo personal, privado, único, feliz, gozando de una gran autonomía, se deben hacer algunos cambios, se deben ejecutar algunas transformaciones. Por un lado, implica pasar de las relaciones locales a relaciones virtuales, y en este caso se reconfigura todo el mapa de las actividades humanas: «puedo estudiar, trabajar, mantener relaciones sexuales a distancia». En este caso se reconfiguran las redes sociales y se nos presenta un nuevo orden que se funda en la era de la posinformación. Así, en presencia de un nuevo orden mundial, conceptos como: conocimiento, información, realidad, objeto, tiempo y espacio, son redefinidos en función de una sociedad más personal pero globalizada a la vez, una curiosa contradicción. Dicha sociedad se nutre de aspectos fundamentalmente económicos, y es este el otro cambio que encierra esta nueva era. El cúmulo de relaciones que se presentan en la red lleva a que rápidamente se consolide una economía de orden mundial. La economía se internacionaliza sobre la base de la regulación que arbitra bienes, servicios y mercancías, desde el orden global. Así, las economías nacionales quedan expuestas al quiebre financiero y los países se agrupan creando mercados comunes como forma de hacer frente a la globalización del comercio.

Este conjunto de procesos y de cambios que promueve la sociedad global se sustenta sobre la base del desarrollo tecnológico, situación que cambia el rumbo y la intencionalidad de las relaciones sociales, especialmente aquellas que se desenvuelven en el mundo y en el de la educación. Por lo tanto, la sociedad de la posinformación si bien parece otorgar cierta autonomía al individuo, lo somete a cambios sustanciales en la vida cotidiana, en la medida en que se debe adaptar rápidamente a las nuevas estructuras culturales, laborales y políticas, quedando

de lado otras, aquellas que fueron creadas bajo el canon de la modernidad, la noción de Estado, la salud, la educación y el trabajo. Transformar las viejas estructuras, creadas a la sazón de la modernidad, por otras amparadas en el marco de una sociedad globalizada, forma parte de un gran proyecto que se ejecuta desde y en la sociedad de la información y el conocimiento.

En tal sentido, observamos que algunas de las transformaciones a las que está sometido el ser humano provienen del cambio que promueve el nuevo paradigma informacional, que arremete contra el mundo del trabajo y el de la educación con la finalidad de crear las condiciones necesarias para el desarrollo de un mundo personal, feliz, único, por un lado, y, por otro, para la consolidación de la economía del conocimiento.

El trabajo, una expresión social y colectiva a transformar

Antes de abordar el tema decimos que la sociedad del conocimiento es una nueva etapa de la civilización humana en la cual el recurso económico básico, el principal medio de producción, ya no es la tierra o los recursos naturales, ni el trabajo, ni tampoco el capital, sino el conocimiento.⁵ En tal sentido, dicha sociedad se constituye básicamente a través de la creación o el desarrollo de elementos manufacturados mediante el concurso de la tecnología. Así, la tecnología asume un protagonismo nunca antes visto. Como bien dice Ellul,

el hombre siempre ha estado vinculado a la técnica, situación que a partir del siglo XVIII se invierte a raíz del vínculo entre producción y riqueza que se desarrolla en la revolución industrial, en donde la máquina dicta los pasos de la producción y el hombre se pone al servicio de la técnica.⁶

Pero esta transformación no es nueva, ya la revolución industrial, período marcado por el desarrollo de la ciencia, el capitalismo y la idea de progreso, abrigaba la idea de lo tecnológico como forma de generar una mayor producción que permitiera aumentar la riqueza. En este período, denominado capitalismo clásico, se potencia el desarrollo del mercado como forma de incorporar los productos manufacturados al comercio del mundo. Para ello se hace necesario potenciar la comunicación entre pueblos, entre ciudades. El desarrollo de la máquina a vapor lleva a la generación de dos tipos de redes de comercio: la ferroviaria y la marítima. Estamos frente a un nuevo fenómeno en el que el comercio, con el impulso que le otorgan los nuevos medios de comunicación, inaugura un orden mundial basado en las reglas de la economía y el mercado. Podría decirse que estamos en los inicios del mundo global. Claro está que en este panorama de tantos cambios la figura del trabajador se torna indispensable. Se hace necesario desarrollar un conjunto de acciones que permitan reglamentar al trabajador. Esta transformación no es sencilla, ya que será el Estado quien dicte las leyes

5 Magalón, Luis Alberto, «Educación, trabajo y globalización: una perspectiva desde la Universidad», en *Revista Iberoamericana de Educación*, ISSN: 1681-5653, 2002.

6 Ellul, Jacques, *La edad de la técnica*, Barcelona, Octaedro, 2003, p. 48.

que permitan modelar el mundo del trabajo, desde la regulación sobre horarios y asistencia a los lugares de trabajo, los contratos de trabajo y las pautas salariales de acuerdo con la especialización laboral de cada trabajador. Es necesario destacar que este conjunto de reglamentaciones son gestionadas por el orden de la técnica, ya que contemplan la producción y la especialización laboral. Pero, a su vez, la inserción del trabajador en este período, gobernado por la técnica, lleva al desarrollo de dos áreas fundamentales en la mejora y la conservación de la mano de obra: el desarrollo de la salud y de la educación. Sobre la salud decimos que el avance en la medicina extiende la vida del trabajador y abarata los costos de producción, ya que el tiempo dota al trabajador de una experiencia que lo convierte en un técnico sobre lo que hace. Sobre la educación me extenderé más adelante, cuando la observemos desde la sociedad de la información y el conocimiento. En resumen, diremos que el orden generado y gestionado por la técnica en la revolución industrial está marcado por el desarrollo de la ciencia, del capitalismo y de la idea de progreso, pero a su vez potencia el vínculo entre trabajo, tecnología y producción.

Curiosamente, la sociedad de la información y el conocimiento es una expresión globalizadora, que se propone desarrollar una serie de «innovaciones científicas que llevarían necesariamente a nuevos modelos de producción y de transformación social como resultado de una definición de oportunidades tecnológicas dictadas por los nuevos paradigmas».⁷

Así, en esta nueva sociedad cualquier actividad, sea social, cultural, económica o política, deberá estar configurada desde el ámbito de la tecnología y el conocimiento. En tal sentido, el hombre deberá ser capacitado con nuevos métodos de trabajo que le permitan operar, gestionar y afrontar los desafíos que le propone la tecnología como forma de desarrollar su trabajo de manera eficiente.

Es claro que estos nuevos métodos de trabajo mantienen una estrecha relación con la educación, por lo tanto entendemos que dichos ámbitos se retroalimentan, ya que el trabajo, al estar vinculado con una nuevas formas de producción en la sociedad de la información y el conocimiento, necesita un nuevo tipo de trabajador capacitado y dicha capacitación se realiza necesariamente en el mundo de la educación. Así, la educación es llamada a cumplir un rol central como refundadora del paradigma laboral en la medida en que los cambios tecnológicos habilitan nuevas formas de pensar e interpretar el mundo del trabajo.

Algunos datos sobre las nuevas formas del trabajo

Desde sus inicios, el mundo del trabajo ha estado vinculado a factores de producción y desarrollo tanto de materias primas como de objetos de consumo. Este no ha sido un hecho casual sino que es parte de una de las transformaciones

7 Jettin, Bruno, «Paradigma y trayectoria tecnológica», en *Nómades Revista Crítica de Ciencias Sociales y Jurídicas*, n.º 19, marzo de 2008, p. 17.

más importantes que se han desarrollado en la modernidad. El pasaje del trabajo artesanal al trabajo asalariado ha sido una de las transformaciones más poderosas que se han desarrollado a lo largo del siglo XVIII, que tiene como resultado la aparición del obrero, sujeto que está vinculado a las condiciones de producción en la medida en que su tiempo de trabajo es la expresión cabal del objeto producido. Pero este obrero no aparece solo, sino que es parte de un largo proceso en el que las instituciones educativas van modelando la visión del mundo del trabajo. De acuerdo con lo que manifiesta Michel Foucault en *Vigilar y castigar*,⁸ las instituciones de encierro van modelando al sujeto para convertirlo en parte de un orden tecnológico, es decir, en el engranaje de: una sociedad, un Estado, una empresa, una masa de trabajadores. El sujeto se convierte en una parte de una tecnología que desde el orden impartido por la educación es capaz de formar parte de una máquina invisible: la sociedad. Es así como la escuela apunta a formar individuos que, desde prácticas básicas como leer y escribir, sean fácilmente incorporados al mundo del trabajo. Leer y escribir serán habilidades fundamentales a la hora de conocer los manuales de todo tipo de máquinas y es así como el trabajador será un operario de la máquina, pasando a formar parte de un eslabón más en la cadena de producción. Dicha situación nos habilita a pensar que el mundo del trabajo se consolida a través de un sujeto que entiende al trabajo con el lugar en donde se cumplen sus aspiraciones, en la medida en que se cumple el primer mandato de la institución educativa: «ser útil a la sociedad». Por lo tanto, el trabajo está unido al mundo de la educación, mundo que lo consagra como el lugar en donde el individuo se siente útil.

La construcción del mundo del trabajo implica necesariamente desarrollar acciones institucionales que le otorguen cierta cohesión al colectivo social. Esto requiere de la construcción de una identidad en la que los trabajadores se sientan involucrados, desde el reconocimiento y la legitimación como clase social y como clase trabajadora. Así el trabajo le dará al individuo reconocimiento y aceptación, legitimando el orden social. Pero también será el trabajo el que desarrolle una serie de controles en los distintos espacios, sean públicos o privados, como forma de consolidar no solo la práctica laboral, sino también el orden social. Para ello la educación cumplirá un papel fundamental. Cuando abordemos el tema de la educación, retomaremos este tema.

Veamos ahora qué pasa con el trabajo en la sociedad de la información y el conocimiento. Para tal sociedad el trabajo también es un elemento central, ya que al incorporar la tecnología produce alteraciones en la forma de producción. Se deja de lado el modelo fordista de principio de siglo XX, modelo de línea de producción, para dar paso al modelo posfordista, expresión cabal del trabajo a finales del siglo XX. Explicuemos este cambio. «El pasaje del fordismo al posfordismo implica una transformación de la lógica de reproducción a la lógica de la innovación, de un régimen de repetición por uno de invención. Este

8 Foucault, Michel, *Vigilar y castigar. Nacimiento de la prisión*, Buenos Aires, Siglo XXI, 1976.

cambio es sustancial, ya que se pasa de lo cuantitativo y material o lo cualitativo e inmaterial».⁹ En el modelo posfordista el valor del objeto tiene su origen en los cambios y la innovación que lo constituyen, mientras que para el modelo fordista el valor tiene su origen en la producción de bienes homogéneos y reproducibles. Este cambio sustancial, que afecta a la producción, es la cara visible de lo que se denomina «sociedad de la información y el conocimiento».

Así, en el posfordismo los objetos se reconfiguran producto de la innovación, que les agrega un valor extra, una diferencia, una marca. En tal sentido, el trabajo material parece desaparecer a favor de otro tipo de tareas que pueden ser vinculadas con el diseño. Pero entonces cabe hacernos una pregunta: ¿qué ha pasado con el trabajo concebido bajo las condiciones de la sociedad industrial en la nueva sociedad de la información y el conocimiento? La pregunta no es de fácil contestación.

Una respuesta que nos surge en forma inmediata tiene que ver con un concepto muy usado en la actualidad, el de flexibilización laboral. Este concepto se presenta como un elemento regulador de la condición laboral bajo tres aspectos: lo económico, lo tecnológico y lo político-cultural. En lo económico, implica el desarrollo de contratos más flexibles que habiliten que el trabajador pueda ser despedido fácilmente y que ajusten los horarios de trabajo a la demanda mundial de producción. En lo tecnológico, el concurso de la tecnología en el trabajo lleva a la simplificación de la tarea, que puede ser desarrollada por un operario que solo conozca el manejo puntual del sistema, y que puede ser vigilada por un jefe de operaciones a distancia que regula la producción en función de la demanda mundial. Así, la fábrica deja de ser un lugar de trabajo para transformarse en un flujo comunicacional que opera de acuerdo con un orden global de producción. Por lo tanto, el trabajo se aplica a una doble noción del conocimiento: por un lado, sobre la innovación en el objeto producido y, por otro, sobre el uso de la tecnología como forma de gestionar el valor del objeto. La operación técnica y el fenómeno técnico del que habla Ellul.¹⁰ Finalmente, esta nueva sociedad trae aparejada una serie de transformaciones en la ideología, la política y la cultura. El nuevo concepto de trabajo implica entender que las viejas estructuras amparadas en la sociedad industrial no funcionan, ya que para que se consolide la flexibilización laboral se hace necesario reorganizar el ordenamiento jurídico del trabajador. Para ello se hacen cambios en la reglamentación laboral, se trata de que el trabajador deje de operar bajo el derecho laboral y opere bajo el contrato del derecho civil, lo que disuelve toda posible negociación colectiva y el trabajador es tratado como una persona de derecho sujeto a deberes y obligaciones.

Dentro de estos tres aspectos optaremos por estudiar la flexibilización laboral desde la perspectiva tecnológica, ya que en este punto encontramos un vínculo muy estrecho con la educación.

9 Gorz, André, *Miseria del presente, riqueza de lo posible*, Buenos Aires, Paidós, 1998.

10 Ellul, J., o. cit.

Trabajo, tecnología y flexibilidad laboral

Habíamos dicho en párrafos anteriores que uno de los elementos que determina cambios en el mundo del trabajo es la intervención de la tecnología. Esto tiene como consecuencia la simplificación del trabajo y que su operación responde al dictamen brindado por un sistema de producción informatizado.

La simplificación del trabajo, que en términos generales va de la mano con el desarrollo tecnológico, tiene impacto en el modo de producción en la medida en que dicha actividad está sujeta a la informatización y, por consiguiente, a datos que proporciona un sistema global de producción. Así, el trabajador responde a patrones únicos de trabajo, ya que su actividad se basa en la administración de información y de conocimiento a la hora de producir un producto. Esta nueva forma de producción ordena el modelo en función del orden global y es aquí cuando este modelo de trabajo configura un trabajador de orden global.

Así, sometido a las mismas leyes de producción, el trabajador deja de ser una pieza en la cadena de producción para convertirse en un registro, un dato, un número dentro del sistema operativo global, en donde la cadena de producción se encuentra globalizada. De ello se desprende que con la simplificación del trabajo el trabajador puede ser sustituido con absoluta facilidad por otro trabajador que reúna las mismas o mejores condiciones específicas en el desarrollo de la producción o, en su defecto, por un robot.¹¹

En este caso, el orden manual del trabajo impuesto por el modelo laboral de la revolución industrial es desplazado por un nuevo modelo construido sobre la base del flujo y el intercambio comunicacional. Ahora el trabajador pasa a ser un dato más en el sistema de producción. Por lo tanto, podemos decir que estamos delante de un nuevo tipo de trabajador, al que podríamos denominar «trabajador global» o «postrabajador», término que proviene de la última etapa de la globalización, aquella en la cual se habla de posmodernidad, la «era del poscapitalismo», como la llama Peter Drucker, o «era de la posinformación», como la define Negroponte.

Consideramos que abordar la flexibilización laboral desde la tecnología implica observar una transformación importante en el mundo del trabajo a la luz de la sociedad de la información y el conocimiento. Dicha simplificación si bien facilita la práctica, al mismo tiempo somete al trabajador a los vaivenes de la tecnología, en la medida en que el trabajador deberá estar preparado para sus constantes cambios. En tal sentido y para no perder pie en el ámbito laboral, el trabajador debe transitar por el sendero de la capacitación permanente, única vía que le permite calificar mejor en una sociedad que promueve el conocimiento como una forma de capital. Este cambio se observa también en el pasaje de las viejas economías agrarias o industriales a la economía del conocimiento, en donde la riqueza está determinada por un nuevo circuito productivo entre «la

11 En este trabajo no haremos mención a la robotización del trabajo, ya que el tema merece un tratamiento especial debido a su complejidad.

innovación y los usos de la tecnología».¹² En ese sentido, el lugar que ocupe en la cadena de producción determina nuevas condiciones laborales. Esta nueva forma de trabajo, en donde el conocimiento se apodera del trabajo, nos lleva a pensar que el individuo está sujeto estrechamente al determinismo tecnológico desde el pragmatismo que propone la condición tecnológica. Para ello se hace necesario pensar en una nueva educación que deje atrás los atávicos pensamientos de la sociedad industrial y se posicione en un mundo acorde a los dictámenes de un entorno laboral flexible, simple y atento a las transformaciones propuestas por la tecnología. Por lo tanto, pensar en diversos cambios desde los planes educativos implica ir al encuentro de un estudiante primero y un trabajador después que habiten en una sociedad en la que los esfuerzos están destinados a la eficiencia en la producción y el consumo de todo tipo de bienes, servicios y mercancías.

La educación en el ojo del cambio

Si echamos un vistazo a los planes educativos elaborados en el siglo XIX, nos encontramos con que apuntaron a preparar los cuerpos y las mentes para la vida en la sociedad industrial, tal como lo demuestra Foucault en *Vigilar y castigar*, o como se explicita en el texto *La escuela como máquina de educar. Tres escritos sobre un proyecto de la modernidad*, de Pineau, Dussel y Caruso.¹³ Tradicionalmente, la enseñanza fue el lugar en donde el docente exponía un conjunto de sistemas o métodos que una vez transmitidos y evaluados permitían al estudiante obrar sobre casos análogos. Dicho conjunto de conocimientos generales se basaba principalmente en la incorporación de la escritura y la oratoria, así como en un conjunto de textos que eran analizados y comentados por el profesor. Este procedimiento era diseñado y tutelado por la institución educativa, que a su vez respondía a los intereses de un Estado que tenía como finalidad universalizar el orden social existente. Así, la enseñanza ponía énfasis en la formación de hábitos en relación con los horarios, el respeto a las jerarquías, el reconocimiento y la aceptación de determinados valores y conductas que, impartidas y legitimadas en la escuela, favorecían el proceso de integración del estudiante a la sociedad y al mundo del trabajo. En tal sentido, la enseñanza bajo el dominio del Estado creaba no solo un ciudadano, sino también un trabajador que respondía al concepto de «educación como formación para el trabajo».

Sin embargo, las críticas al modelo educativo oficialista promovieron diversas alternativas. Por ejemplo, a partir de la década de los cincuenta (con la emergencia del tercermundismo) se manifiesta una serie de críticas a los diversos modelos de educación estatal. Diversos grupos de intelectuales tratan de modificar las políticas educativas con el objetivo de cambiar el modelo de enseñanza que reproducía el orden social establecido. En la emergencia de los diversos

12 Castells, Manuel, *La sociedad en red*, Ciudad de México, Siglo XXI, 1999.

13 Pineau, Pablo; Dussel, Inés y Caruso, Marcelo, *La escuela como máquina de educar. Tres escritos sobre un proyecto de la modernidad*, Buenos Aires, Paidós, 2001.

modelos de educación aparece uno que aún hoy tiene vigencia en Latinoamérica y se denomina «educación popular». Dicho modelo tiene como finalidad ofrecer una educación que sirva a la emancipación de las conciencias de los pueblos latinoamericanos. Se hace necesario ofrecer un análisis del referido modelo, ya que curiosamente algunos de los elementos en su matriz constitutiva están presentes en el paradigma educativo que rige a la sociedad de la información y el conocimiento.

El modelo de educación popular camina por cuerda separada con respecto al modelo de educación oficialista. En su afán liberador, dicho modelo pone énfasis en el aprender más que en el enseñar, en la experiencia más que en la generalidad, incorporando a su vez al contexto social como forma de observar que la educación no debe ser masiva, sino que se debe enseñar en función de las particularidades del lugar, circunstancias que promueven una educación general, pero particular a la vez. «Las muy diversas prácticas encuadradas en lo que se ha llamado *educación popular* han significado, sin duda, un aporte valioso al pensamiento crítico latinoamericano y a la construcción de alternativas en el campo pedagógico».¹⁴ Dicho modelo disemina el aula y la transforma en un espacio pedagógico que incorpora las experiencias de los estudiantes a la formación educativa. Frente a la linealidad de la enseñanza enciclopédica educador-educando, esta nueva forma de educar entiende a la educación con un diálogo de saberes, un aprender constante. Así:

educador y educando leen juntos el mundo para transformarlo. Porque «nadie educa a nadie y nadie se educa a sí mismo: los hombres se educan entre sí mediatizados por el mundo» (Freire, 1980: 63). El grupo es aquí la célula básica del aprendizaje. Esto no significa que el educador desaparezca sino que cambia de rol. Aportando conocimientos no presentes en el grupo y, sobre todo, facilitando el diálogo dentro del grupo y con el mundo.¹⁵

Por lo tanto, y como habíamos advertido en párrafos anteriores, este nuevo modelo educativo deja entrever en su matriz el desplazamiento de la enseñanza al aprendizaje, del modelo universalista se pasa a un modelo de formación grupal, comunitario, personal; del modelo lineal se pasa al modelo circular, del aula pasamos al ámbito educativo y por último, del enseñar se pasa al aprender. Por lo tanto, la educación popular, al plantear un nuevo paradigma educativo, propone un nuevo orden en la educación, desactivando la educación que responde a las instituciones estatales, para configurar un modelo en el que intervienen otros agentes del saber o, mejor dicho, otras disciplinas, como la sociología, la comunicación, el arte, nuevos saberes que

14 Núñez, 1985. Cita presente en la tesis doctoral del profesor Gabriel Kaplún: *Culturas juveniles y educación: conflictos culturales y conflictos pedagógicos*, Quito, Universidad Andina Simón Bolívar, 2007.

15 Kaplún, Gabriel, *Culturas juveniles y educación: conflictos culturales y conflictos pedagógicos*, tesis doctoral, Quito, Universidad Andina Simón Bolívar, 2007, p. 14.

configuran el ámbito educativo. Pero curiosamente esta situación no es un caso aislado: quienes propician vivir en la sociedad de la información y el conocimiento también están abocados a transformar la educación, ya que la entienden como algo desactualizado, obsoleto, en la medida en que las tecnologías de la información y la comunicación han impregnado todos los estamentos de la sociedad y, por lo tanto, ese tipo de educación ya no prepara al ciudadano para vivir en dicha sociedad.

Por lo tanto, hoy, en una sociedad dominada por la información y el conocimiento, los planes educativos deben apuntar a diseñar un nuevo currículum, que albergue en su matriz una nueva forma de «[...] fomentar la formación profesional de calidad, promoviendo itinerarios que combinen la formación teórica con la experiencia laboral».¹⁶ La cita nos permite observar cómo los nuevos planes educativos deben adecuarse a las condiciones propuestas desde la globalización. Hablar de un mundo globalizado significa reconocer que han sido superadas las barreras regionales, nacionales e incluso continentales, por lo tanto los nuevos planes educativos deben apuntar a la homogenización de los programas educativos, en aspectos tanto de forma como de contenido. Planes que tienden a disolver la desigualdad económica y social incorporando en su temática un mayor vínculo con el mundo del trabajo, en donde la generación de proyectos innovadores y el uso de la tecnología permitan desarrollar un estudiante activo, tenaz y que sea fácilmente incorporado al mundo del trabajo.

Todo parece indicar que la transformación educativa es un hecho irrefrenable que merece ser ejecutada de inmediato, ya que beneficia a los Estados en varios aspectos: en primer lugar, en el desarrollo de conocimiento como forma de vincularse al mercado mundial, y, en segundo lugar, en la mejora en la calidad de vida de la sociedad producto de las riquezas que ingresan por conceptos de la comercialización del conocimiento. Dice Mahmoid Mohieldín que:

Los desafíos globales a que nos enfrentamos ahora son la prueba de que necesitamos productores de soluciones. Requerimos un mundo de personas productiva, tenaces, creativas y lo suficientemente versátiles en el manejo de la tecnología y la cultura para encontrar soluciones a los muchos problemas que encaramos. La educación contribuye a construir ese mundo. Las familias mejores educadas abordan mejor las sacudidas económicas y los fenómenos climatológicos. Las personas con mayores niveles educativos ganan más, tienen más control de sobre la fertilidad y tienen hijos más sanos y educados. La educación ofrece a las personas las habilidades para ganarse la vida, innovar, inventar y acceder a la cultura, todo eso le permite vivir más satisfactoriamente.¹⁷

Para Mohieldín, la educación es el eje donde confluye una serie de actividades que incluyen el desarrollo de acciones para controlar la vida y entender

16 Rodríguez-Borlado, Fernando, «Medidas contra el fracaso escolar», en suplemento «Correo de ideas», diario *El Observador*, Montevideo, 8 de enero de 2012, p. 8.

17 Mohieldín, Mahmoud, «La solución es más educación», en suplemento «Correo de ideas», *El Observador*, Montevideo, 8 de enero de 2012, p. 2.

la naturaleza, pero también es portadora de elementos que construyen tanto el ámbito privado como el público. Así, quienes diseñan estos nuevos planes educativos apuntan a construir un individuo atento a los cambios, que responda a las múltiples transformaciones, preferentemente a las vinculadas con el mundo del trabajo. Bajo estas circunstancias, la educación debe estar diseñada por actores que entiendan a la educación como algo más que un agente de socialización, ya que el mundo globalizado demanda una nueva forma de pensarlo, en la que el desarrollo del conocimiento sea vinculado con los sistemas de producción. Así, al considerarlo como un elemento productivo, el conocimiento se ajusta a las leyes de la economía. Drucker denomina a este tipo de economía como economía del saber y destaca dos aspectos fundamentales para su producción: gestión y conectividad. La gestión del saber «hace que el saber sea productivo, adecuando las reglas de la economía y la tecnología a la sociedad y a la organización política».¹⁸

Drucker apunta a configurar un plan de actividades en el que el desarrollo de esta nueva forma de entender el conocimiento debe estar presente en todos los ámbitos de la sociedad y en forma particular en los centros educativos. Para ello, el autor en el libro *La sociedad poscapitalista* nos brinda algunas pistas sobre el papel que juega la educación en ese modelo de sociedad. Dice Drucker: «Al aprender y al enseñar tenemos que concentrarnos en la herramienta. Al usarla, tenemos que concentrarnos en el resultado final, en la tarea, en el trabajo. Hay que conectar [...] Conectar con la realidad. Conectar con la eficiencia».¹⁹ La cita describe en forma clara el otro aspecto del saber, la conectividad, y en tal sentido, la incorporación de las tecnologías de la información y la comunicación responde a los conceptos elaborados por Drucker. Queda así configurado un escenario en donde gestión y conexión son los ejes de una sociedad que tiene como objetivos: aprender, educar, trabajar, conectar y ser eficiente. Con la finalidad de ilustrar mejor los conceptos analizados, hemos extraído del texto de Drucker una extensa cita en donde se delinean los objetivos y el alcance de la educación en una sociedad globalizada diseñada sobre los criterios poscapitalistas. Dice Drucker:

Se puede asegurar que, en la sociedad poscapitalista, el que tenga algún conocimiento tendrá que adquirir nuevos conocimientos cada cuatro o cinco años, so pena de quedarse obsoleto. [...] En la sociedad del conocimiento, la escuela se convierte en una institución de adultos y vitalicia. Nunca se saldrá de la etapa del aprendizaje y de la capacitación. La nueva escuela tendrá que infundir motivación eficaz para continuar aprendiendo hasta el fin de la existencia. [...] Ya vimos que los trabajadores de servicios de alto nivel tienen que estar al día en el conocimiento de sus equipos. Ellos pertenecen ahora a un mundo continuamente cambiante. Y deben volver a las aulas, periódicamente, para mantener esa actualización. [...] Hay áreas del conocimiento —el área de informática es una— donde cada

18 Drucker, Peter, *La sociedad poscapitalista*, Barcelona, Apóstrofe, 1993, p. 191.

19 Ídem.

seis meses se produce un salto cualitativo que debe ser incorporado a los saberes de los profesionales del área. [...] Esos adultos continuarán aprendiendo aun cuando trabajen jornada completa. Regresarán a las aulas para un seminario de tres días, para un cursillo de fin de semana, para un curso intensivo de tres semanas o para seguir un curso de dos noches semanales durante varios años... [...] A una maestría seguirán cada cierto tiempo cursos complementarios de actualización y enriquecimiento de la especialidad. Años más adelante, otro; y otro... Y así sucesivamente, hasta el último día de vida. Asistir a las aulas será vitalicio. Lo mismo para el simple técnico en electrónica que para el ingeniero de esa área [...] Será necesario hacer el sistema educativo abierto; es decir, que las personas puedan entrar en sus distintas etapas a cualquier edad.²⁰

En resumen, el espíritu de quienes promueven la transformación de los planes educativos funda su interés en el desarrollo del conocimiento. Así, este nuevo paradigma, basado en la sociedad del conocimiento, implica ingresar en un sistema en el cual la autonomía parece desaparecer en función de un destino dictaminado por los procesos de producción del conocimiento. Dicha producción descansa en la formación permanente y en el carácter individual y personalizado del aprendizaje. Se inicia así un lento y profundo cambio en la educación, que apunta a crear un vínculo más estrecho con el mundo del trabajo, respondiendo a las leyes de un mercado global gobernado por la tecnología, el conocimiento y la economía. En tal sentido, los planes educativos descansan en tres pilares fundamentales: un orden tecnológico que hace del conocimiento un bien común, una tecnocracia que genera actores capaces de diseñar y explicar la nueva sociedad, y el Estado, que proporciona la red de establecimientos educativos y el cuerpo docente. Es a partir de este momento que la educación deja de estar en manos del Estado, por primera vez se ha desterritorializado, y la competencia ahora es compartida con actores externos, quienes diagraman pautas y proyectos como forma de hacer viable la modernización de un sistema educativo que fue diseñado para satisfacer la demanda de una sociedad industrial. Para desarrollar tales transformaciones, el Estado recibirá, por intermedio de organismos financieros internacionales, Banco Mundial (BM), Banco Interamericano de Desarrollo (BID), una fuerte inversión económica con la finalidad de: a) incorporar las tecnologías de la información y la comunicación a los locales educativos, y b) capacitar al cuerpo docente en una serie de cursos que le permitan: el manejo de las tecnologías mencionadas en el aula, la incorporación de nociones de administración educativa como forma de diseñar proyectos educativos que respondan a la realidad cada centro educativo (proyecto de centro), y la adecuación de los temas de cada asignatura al proyecto educativo.

Por lo tanto, si bien el Estado supervisa los planes educativos a través de una red de funcionarios que inspeccionan tanto el funcionamiento de los establecimientos educativos como el desenvolvimiento de los docentes, en esta nueva era

20 Drucker, o. cit., p. 197 y ss.

en la que convergen educación, tecnología y conocimiento, serán los organismos internacionales, a través de un grupo de eficientes y calificados tecnócratas, quienes observen la ejecución de los planes educativos con el objetivo de destinar más recursos para avanzar en la modernización de la educación y ubicarla en la sociedad de la información y el conocimiento.

Bajo este mapa conceptual es curioso observar cómo este modelo, que se desarrolla en función de las condiciones locales de cada institución educativa, consolida la globalización del procedimiento, apelando a una red informacional que, según los diseñadores del modelo educativo, iguala las oportunidades de adquirir conocimiento. Como bien lo plantea Drucker, «la institución educativa se abre al mundo»,²¹ deja de ser el lugar del conocimiento para transformarse en un lugar más, ya que la tecnología amplía la frontera del saber al infinito. Ahora todos deben aprender, maestros y alumnos, el aula se torna en un espacio dialógico, amplio, de paredes invisibles, en donde el alumno muchas veces le enseña a la maestra.²² Curiosamente, este es un objetivo que también está presente en lo que se denomina «educación popular».

Pero esta circunstancia no es nueva, Negroponte, en su libro *Ser digital*, había planteado algo similar. Dice Negroponte: «en la era de la posinformación a menudo tenemos un público unipersonal. Todo se hace a pedido y la información está personalizada al máximo. [...] el destinatario es un solo individuo».²³ Para Negroponte, aprender, en la nueva era de la posinformación, es parte de la experiencia personal, «aprender haciendo dejó de ser la excepción para convertirse en la regla»²⁴ y es esa regla la que ratifica el cambio en el rumbo de la educación, ya que aprender haciendo implica desarrollar conocimientos parciales, implica estar sometido al caso; cada problema se resolverá en forma particular, la simplificación de la tarea implica la creación de un técnico que entienda sobre ese punto y eso simplifica la tarea educativa.

Pero si, como habíamos dicho en párrafos anteriores, en la sociedad de la información y el conocimiento la innovación y el cambio son una constante, y el hacer es una regla en la adquisición de destrezas, la educación se convierte en algo inconcluso, ya que una vez finalizados los estudios tanto el estudiante como el trabajador deberán seguir adquiriendo los conocimientos necesarios para poder absorber cada innovación tecnológica. Así, la educación no tiene fin, tal como lo plantea Drucker. Quienes diseñan estas nuevas políticas educativas

21 Drucker, o. cit., p. 198.

22 «Venimos de una formación docente y una historia de la escuela pública donde el que enseña es el maestro y el que aprende es el niño. Ese modelo educativo está muy arraigado en el cuerpo docente y cuesta desterrarlo. Esa mentalidad, obviamente, chocó al principio con la incorporación de la XO, afectó y desacomodó a los maestros en esta nueva etapa, ya que se vieron perdidos y en un nuevo panorama donde muchas veces el que enseñaba era el niño» s/d, «¡A sujetarse la túnica...!», suplemento del diario *El País*, Montevideo, 15 de diciembre de 2008, p. 10.

23 Negroponte, N. *Ser digital*, o. cit., p. 168.

24 *Ibidem*, p. 201.

son conscientes de que la educación pasa a ser parte del capital productivo y así todo conocimiento se convierte en un factor de desarrollo y generación de riqueza. Se pasa del viejo concepto de «la educación como formación para el trabajo» a «la educación como capital para el trabajo». Es bajo este nuevo lema que ya no se habla de trabajador sino de *capital humano* y que la organización pasa a llamarse *capital social*. Así, trabajo y educación se unen íntimamente en una nueva sociedad que entiende al conocimiento como motor del desarrollo social, para lo cual capital humano y capital social pasan a ser los componentes centrales de un nuevo paradigma que entiende al conocimiento como un modelo de producción de riqueza. Ya no será el viejo modelo industrial, anclado en los recursos energéticos (fuerza muscular, energía basada en los derivados del petróleo), quien genere riqueza, sino un nuevo modelo de producción fundado en el conocimiento que, desde su desarrollo, inmateraliza el trabajo y la educación, reduciéndolos al desarrollo de aspectos innovadores a la hora de crear bienes, servicios o mercancías.

En tal sentido, los planes educativos de la enseñanza secundaria, universitaria y tecnológica incluyen en sus programas un conjunto de conceptos que apuntan a consolidar el espíritu educativo emanado de la sociedad de la información y el conocimiento. Se habla de: innovación, creatividad, motivación, proyecto. Palabras que también son el eje de los cursos de actualización, capacitación o formación laboral, a través del dictado de asignaturas como: gestión organizacional, aproximación al área de la tecnología, marketing productivo o desarrollo de pequeñas y medianas empresas.

Así, hemos arribado a una primera conclusión: trabajo y educación conforman uno de los núcleos en los que se centra el desarrollo, la implementación y la estructuración de una sociedad regulada y diseñada desde la información y el conocimiento. Queda por analizar el rol que juegan ambas prácticas en la instrumentación, el desarrollo y la consolidación de la economía del conocimiento.

Trabajo y educación en la economía del conocimiento

En este trabajo hemos descrito una serie de cambios que a lo largo del siglo xx se han procesado tanto en el mundo del trabajo como en el de la educación. El pasaje de una sociedad industrial a una gobernada por la información y el conocimiento determina la consolidación de un mundo globalizado en donde todo tipo de actividad, sea laboral, educativa o científica, está tamizada por el filtro de la economía y en particular por un nuevo concepto, la *economía del conocimiento*. La consagración de esta nueva visión del mundo a través de una perspectiva económica no se da por sí sola, sino en el marco de una serie de transformaciones que se agrupan en torno al capital, el trabajo, la educación, la información y el conocimiento. En tal sentido, surgen nuevos conceptos con el propósito de dotar a esta nueva economía de rasgos característicos que le permitan diferenciarse de las anteriores. Así, nuevos conceptos marcan el rumbo de

los acontecimientos. Ya no se habla de trabajador, técnico o investigador, sino de *capital humano*, ya no se habla de organización laboral, técnica o educativa, sino de *capital social*. Así la educación, la formación laboral y la profesional pasan a ser un bien de capital más dentro de la cadena de producción. Pero también en esta nueva economía del cambio tecnológico y la innovación, el desarrollo y la producción de las mercancías son los motores que desplazan al trabajo material por el inmaterial. Este reacomodo de las piezas en el tablero del capitalismo son los elementos que configuran la economía del conocimiento.

A lo largo de la historia económica, Occidente ha pasado por diversas economías: doméstica pastoril, agrícola, urbana artesanal y, en la formación de la economía de mercado, economía liberal, capitalismo reglamentario, economía colectivista; pero es a partir de la década de los ochenta que emerge un nuevo sistema económico basado en la información y el conocimiento. El pasaje a este último modelo no es fácil, ya que la economía del conocimiento se funda sobre la base de aspectos que son inherentes al capitalismo liberal, entre ellos la consolidación de un mercado global que rige los precios de las mercancías en el mundo. Se habla de mundialización de los mercados.

La tendencia a crear el *mercado mundial* viene dada inmediatamente en el concepto de capital. Todo límite se presenta como un límite a superar. Ante todo, el capital tiene la tendencia a someter todo momento de la producción al cambio y a negar la producción de valores de uso inmediatos, que no entran en el cambio, es decir, tiene la tendencia a colocar precisamente la producción basada sobre el capital en lugar de modos de producción anteriores y, desde su punto de vista, primitivos. El comercio ya no se presenta aquí como una función que tiene lugar entre producciones independientes para el cambio de su excedente, sino como un presupuesto esencial omnicompreensivo y como un momento de la producción misma.²⁵

Si analizamos la cita de Marx, podemos decir que la economía del conocimiento funda su actividad en la noción de mercado mundial, sobre la base del desarrollo y el crecimiento económico, y que está fuertemente vinculada con el desarrollo de las tecnologías de la información y la comunicación, y del conocimiento aplicado sobre la producción, otorgándole al bien, al servicio o a la mercancía un valor agregado que genera riqueza. Debemos aclarar que en esta economía, si bien el conocimiento es un factor fundamental, no vale por sí mismo, sino que vale desde el momento que es incorporado al conjunto de bienes, servicios o mercancías. Lo que vale es la patente del producto, la innovación, lo inmaterial. Pero se hace necesario hacernos una pregunta: ¿cuáles son los componentes de este modelo económico que es capaz de generar valor con la sola incorporación del conocimiento al objeto?

En primer lugar, resulta bastante evidente que el modelo se funda en el desarrollo del capital humano, al que hay que educar, especializar y hacer eficiente en el

25 Marx, Karl, *Líneas fundamentales de la crítica de la economía política*, Barcelona, Crítica, 1977, p. 358.

desarrollo de una tarea concreta. Por capital humano entendemos al individuo que ha aprendido el manejo de cierta tecnología con la finalidad de ser parte del sistema de producción, que no solo se ha informatizado sino que su trabajo forma parte de un proceso de producción global. Por lo tanto el individuo no actúa solo, sino que está inmerso en un sistema de producción, es parte de una organización macro que se extiende por todo el planeta, favoreciendo la organización y el desarrollo de la mercancía.²⁶ De acuerdo con lo dicho, la denominación de capital humano es un claro indicador de la transformación que propone la economía del conocimiento. Tanto el trabajo como la educación «se ven sometidos a velocidad de la información y a la capacidad de seleccionarla para transformarla en algo rentable».²⁷ Pero la innovación convertida en datos es parte de la red informacional que potencia no solo el desarrollo tecnológico sino la producción o la reconfiguración de bienes y servicios. Así, cada cierto tiempo se presentan nuevos sistemas operativos que diseñan políticas de valoración del producto, incorporando al objeto cierto conocimiento (lo inmaterial) que renueva su consumo. Para ello se necesita un trabajador permanentemente calificado, que mejore día a día su capacidad productiva. Así el trabajador ingresa en la economía del conocimiento como parte de una política de mejora en la gestión de los procesos del negocio (*management*), punto en donde también participan economistas, técnicos en mercadotecnia, ingenieros en redes, publicistas, comunicadores, entre otros. Este núcleo de tecnócratas son los que configuran al objeto desde lo inmaterial, generando las estrategias publicitarias con la finalidad de que el producto sea consumido. Por lo tanto, la economía del conocimiento está constituida por una tecnocracia que se consolida día a día desde el ámbito laboral, pero deja de lado al trabajador preparado en la sociedad industrial, al «bárbaro adiestrado»,²⁸ como lo llama Drucker, y pasa al técnico educado, preparado y adiestrado que se desenvuelve con fluidez en el ámbito laboral y a su vez forma parte de la economía del conocimiento. Es en este punto cuando ingresa la educación, ya que los cambios que promueve el Estado intentan generar un tipo de agente educativo que apunte a educar nuevos trabajadores dentro de esta nueva economía. En tal sentido, observamos dos tipos de educación: a) la que se desarrolla en el trabajador bajo la capacitación laboral, y b) la que se desarrolla en la educación formal.

Por un lado, los planes educativos y de formación laboral gestionan un interés por la

26 En el desarrollo de los nuevos planes educativos, se pone especial énfasis en los diferentes sectores de la organización laboral. Así, la forma que se adopte para organizar el trabajo puede constituir una diferencia en el sistema de producción. A esto se denomina *capital social*.

27 Castells, M., o. cit.

28 «La necesidad es primordialmente cualitativa: personas *con una mejor educación*. El ‘bárbaro adiestrado’, el hombre que ha adquirido una habilidad especial en el manejo de artefactos mecánicos ya no servirá. Aún en los trabajos rutinarios el automatismo requerirá habilidad para pensar, imaginación adiestrada y buen juicio, además de algún conocimiento de métodos lógicos, comprensión matemática y habilidad muy superior al nivel elemental de leer y escribir: en una palabra, el equipo normal de la persona educada» Drucker, Peter, «La promesa del automatismo», en *Los próximos 20 años*, Buenos Aires, Selcon, 1958, p. 37.

creación, adquisición, disseminación y utilización del conocimiento en la producción. Entre mayor sea el capital humano —entendido como los conocimientos y habilidades que cada persona posee y que puede aportar al proceso productivo— mayor será la productividad y por ende mayor será el crecimiento económico.²⁹

Este tipo de formación profesional apunta a desarrollar y potenciar el capital humano presente en la empresa. Por otro lado, los planes educativos tienen como propósito acelerar la conformación de estudiantes capacitados en un mundo regido por la economía del conocimiento. Para ello, quienes diseñan las políticas educativas ven en la descentralización de la educación una de las posibles soluciones al tema. Se habla de instrumentar redes educativas paralelas, administradas por el Estado en coordinación con las alcaldías, las municipalidades o las intendencias departamentales, «fomentando una relación más fortalecida y transparente entre gobiernos centrales y locales, entre proveedores públicos y privados de educación [...]».³⁰ Quienes pretenden crear una red de educación paralela sostienen que habría una competencia interna con el Estado y por ende «mejorarían los resultados educativos».³¹ Dicha red educativa debe responder a las necesidades del lugar, de la región. De este modo, los planes educativos «responden a sus propios proyectos institucionales».³² Pero hay quienes sostienen que se debe instrumentar otro tipo de instituciones educativas de tipo comunitario, que estén estrechamente vinculadas con la localidad. Para eso se debe propiciar un nuevo tipo de educación que atienda al:

perfil del egresado (competencias, saberes y situaciones que se espera el egresado pueda abordar) [...] Hay que privilegiar las preguntas, propiciar lo técnico y lo tecnológico, el trabajo interdisciplinario. [...] Y hay que desarrollar una evaluación integral que atienda a los procesos. El liceo comunitario es un centro que construye su personalidad anclado en la localidad, conectado a la sociedad, donde los profesores constituyen una comunidad con un proceso educativo diseñado por ellos, atendiendo a cada alumno en su proceso.³³

En ambos casos, los mencionados estilos educativos tienen como finalidad desarrollar o «reforzar la relación entre escuelas y empleadores para asegurar que los graduados adquieran las habilidades relevantes para un mercado laboral cambiante».³⁴

29 Chen y Dahlman, 2004, citado en Robles Peiro, Héctor, «La economía basada en el conocimiento. Las condiciones de los estados mexicanos», versión digital disponible en: <http://www.razonypalabra.org.mx/antiores/n49/bienal/Mesa%2012/HectorRobles.pdf>, visitado en octubre 2014.

30 Mohieldín, M., o. cit., p. 3.

31 Da Silveira, Pablo, «Una red de escuelas y liceos gestionada por las intendencias», en «Suplemento O» del periódico *El Observador*, Montevideo, 29 de octubre de 2012, p. 3.

32 Vaillant, Denise, «Centros educativos evaluados y con autonomía», en «Suplemento O» del periódico *El Observador*, Montevideo, 29 de octubre de 2012, p. 4.

33 Vilaró, Ricardo, «El desafío es diseñar un marco curricular común», en «Suplemento O» del periódico *El Observador*, Montevideo, 29 de octubre de 2012, p. 3.

34 Mohieldín, M., o. cit., p. 3.

El conjunto de reformas tiene como propósito orientar el sistema educativo al terreno de la economía del conocimiento. Así, los planes educativos apuntan a preparar a un tipo de estudiante que desde sus inicios:

adquiera las habilidades necesarias para obtener un empleo, tener espíritu empresarial [...] La nueva estrategia del Banco Mundial rescata este imperativo. Esta nueva estrategia reconoce adecuadamente la importancia de construir sistemas que sostengan el desarrollo a gran escala. [...] Para ello el Banco Mundial está emprendiendo una iniciativa para evaluar la calidad de las políticas educativas en todo el mundo.³⁵

En resumen,

la enseñanza dejará de ser algo que las escuelas hacen; cada vez más será un negocio conjunto en el cual las escuelas son socios en lugar de monopolistas. En muchos campos, las escuelas serán también solo una de las instituciones donde se aprenda y enseñe y tendrán que competir con otros proveedores de enseñanza y aprendizaje.³⁶

En tal sentido, se hace evidente que la educación, administrada y diseñada por un grupo de tecnócratas, es entendida como un lugar de inversión económica. Podemos observar cómo la línea que divide al estudiante y al trabajador queda diluida en tanto que la educación pasa a ser parte de la inversión financiera en el marco de producción del conocimiento. Por lo tanto, las reformas educativas atacan varios frentes. En primer lugar, apuntan a generar una mano de obra calificada que se vincule con los modos de producción en una sociedad que se ha globalizado. En segundo lugar, el Estado se convierte en una empresa más dentro de la economía del conocimiento, que tiene como finalidad poner en marcha los nuevos planes educativos que vinculan la educación con el mundo del trabajo. En tercer lugar, las reformas educativas pasan a ser administradas por organismos internacionales que entienden a la educación como la base que sostiene la economía del conocimiento. Y, en cuarto lugar, la instrumentación de esta reforma permite la consolidación de un único modelo de desarrollo que tiene como finalidad acortar la brecha tecnológica entre países desarrollados y no desarrollados.

A modo de conclusión

A lo largo de este trabajo hemos observado el importante papel que cumplen el trabajo y la educación en la sociedad de la información y del conocimiento y, por consiguiente, en el desarrollo de la economía del conocimiento. Ante una avalancha de argumentaciones que tienen como propósito generar un estado de bienestar en el mundo, los argumentos o las críticas desfavorables a este nuevo paradigma parecen quedar de lado o, por lo menos, no tener sentido. ¿Quién puede oponerse a una educación de calidad?, ¿quién puede oponerse a la incorporación de la tecnología en el aula?, ¿quién puede oponerse a un trabajo mejor

35 Mohieldín, M., o. cit., p. 3.

36 Drucker, P. o. cit., p. 205.

remunerado?, ¿quién puede oponerse a un trabajo mejor cualificado? Todas estas preguntas son la que se hacen una y otra vez aquellos tecnócratas que propician este nuevo orden mundial, desde el desarrollo de la técnica, propiciando la igualdad de oportunidades, una mejor calidad de vida y, fundamentalmente, la consolidación de un mundo a un clic de distancia. Sin embargo, y a pasar del grado de perfección que nos propone esta nueva sociedad, dejemos planteadas algunas observaciones.

Es cierto que cada cambio tecnológico implica un cambio en las distintas prácticas, sean sociales, culturales o científicas. Sin embargo, este cambio no es ingenuo, sino todo lo contrario. Contiene aspectos ideológicos que, en el caso en cuestión, tratan de consolidar a la tecnología en un lugar supremo en donde confluyen todas las actividades desarrolladas por el hombre. Para Lucien Sfez³⁷ la técnica es el centro de los dispositivos de poder, pero a su vez está fuertemente vinculada con la política, creando un ámbito que se denomina *tecnópolis*. Detrás de todo adelanto técnico hay una decisión política y es el cúmulo de decisiones políticas el que crea una serie de discursos que configura los diversos saberes sobre la sociedad, la cultura, la educación, el trabajo, el entretenimiento, la salud, etcétera. Para Sfez, el problema se plantea desde el momento en que «la tecnología en tanto discurso genera una serie de narraciones que maravillan al público».³⁸ Para ello, los constructores y los hacedores de los mensajes (comunicadores, publicistas, relacionistas públicos, periodistas, economistas) cumplen un rol decisivo en la construcción de un mundo que tiene como eje el desarrollo y el impacto no de la tecnología como objeto, sino de la tecnología como discurso. En tal sentido, los gobiernos aprovechan el impacto del discurso, como un medio efectivo para tratar de desarrollar proyectos que buscan transformar, por medio de la técnica, la salud, la educación o el trabajo. Es desde este lugar que debemos observar que tanto los cambios en el mundo de la educación como en el del trabajo son parte de las transformaciones desarrolladas por el poder político que está estrechamente vinculado con el desarrollo del discurso tecnológico y se sirve de él como forma de consolidar el poder. Desde este punto de vista, es la política la que piensa, la que se dirige a la técnica para que sirva a sus propios fines, pero es la técnica quien a través de su discurso crea imágenes maravillosas de un mundo al que debemos observar con cierta precaución. De este modo, la economía del conocimiento no es más que un discurso como otros tantos que en otros momentos de la historia fueron útiles para ordenar y desarrollar las más variadas explicaciones sobre la actividad humana, solo que este parece no dejar dudas de su maravilloso estado.

37 Sfez, Lucien, *Técnicas e ideologías, un juego de poder*, Ciudad de México, Siglo XXI, 2005, p. 14.

38 *Ibidem*, p. 16.

Bibliografía

- «¡A sujetarse la túnica...!», suplemento del diario *El País*, Montevideo, 15 de diciembre de 2008.
- CASTELLS, MANUEL, *La sociedad en red*, Ciudad de México, Siglo XXI, 1999.
- DA SILVEIRA, PABLO, «Una red de escuelas y liceos gestionada por las intendencias», en «Suplemento O», *El Observador*, Montevideo, 29 de octubre de 2012.
- DRUCKER, PETER, «La promesa del automatismo», en *Los próximos 20 años*, Buenos Aires, Selcon, 1958, p. 37.
- *La sociedad poscapitalista*, Barcelona, Apóstrofe, 1993.
- ELLUL, JACQUES, *La edad de la técnica*, Barcelona, Octaedro, 2003.
- FOUCAULT, MICHEL, *Vigilar y castigar. Nacimiento de la prisión*, Buenos Aires, Siglo XXI, 1976.
- GORZ, ANDRÉ, *Miseria del presente, riqueza de lo posible*, Buenos Aires, Paidós, 1998.
- JETTIN, BRUNO, «Paradigma y trayectoria tecnológica», en *Nómadas Revista Crítica de Ciencias Sociales y Jurídicas*, Madrid, Universidad Complutense, n.º 19, marzo de 2008.
- KAPLÚN, GABRIEL, *Culturas juveniles y educación: conflictos culturales y conflictos pedagógicos*, tesis doctoral, Quito, Universidad Andina Simón Bolívar, 2007.
- MAGALÓN, LUIS ALBERTO, «Educación, trabajo y globalización: una perspectiva desde la Universidad», en *Revista Iberoamericana de Educación*, ISSN: 1681-5653, 2002.
- MARX, KARL, *Líneas fundamentales de la crítica de la economía política*, Barcelona, Crítica, 1977.
- MOHIEDÍN, MAHMOUD, «La solución es más educación», en suplemento «Correo de ideas», *El Observador*, Montevideo, 8 de enero de 2012.
- NEGROPONTE, NICHOLÁS, *Ser digital*, Buenos Aires, Atlántida, 1995.
- PINEAU, PABLO; DUSSEL, INÉS y CARUSO, MARCELO, *La escuela como máquina de educar. Tres escritos sobre un proyecto de la modernidad*, Buenos Aires, Paidós, 2001.
- ROBLES PEIRO, HÉCTOR, «La economía basada en el conocimiento. Las condiciones de los estados mexicanos», versión digital disponible en: <<http://www.razonypalabra.org.mx/antiores/n49/bienal/Mesa%2012/HectorRobles.pdf>>, visitado en octubre de 2014.
- RODRÍGUEZ-BORLADO, FERNANDO, «Medidas contra el fracaso escolar», en suplemento «Correo de ideas», *El Observador*, Montevideo, 8 de enero de 2012.
- SFEZ, LUCIEN, *Técnicas e ideologías, un juego de poder*, Ciudad de México, Siglo XXI, 2005.
- VAILLANT, DENISE, «Centros educativos evaluados y con autonomía», en «Suplemento O», *El Observador*, Montevideo, 29 de octubre de 2012.
- VILARÓ, RICARDO, «El desafío es diseñar un marco curricular común», en «Suplemento O», *El Observador*, Montevideo, 29 de octubre de 2012.

Fabrizio da Cunha es licenciado en Ciencias de la Comunicación, estudiante de Filosofía de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación (FHCE) de la Universidad de la República (Udelar) y cursa la Maestría en Información y Comunicación de la Udelar. Es docente en el Área Teoría del Instituto de Comunicación de la Facultad de Información y Comunicación (FIC) de la Udelar.

Luis Dufuur es licenciado en Ciencias de la Comunicación (Udelar) y doctor en Proceso de la Comunicación (Universidad de Sevilla). Es docente de las áreas Audiovisual y Teoría del Instituto de Comunicación de la FIC, Udelar.

Gonzalo Hernández es licenciado en Sociología y cursa la Maestría en Información y Comunicación. Es docente en las áreas Metodología y Teoría del Instituto de Comunicación de la FIC, Udelar.

María Fabiana Luna es profesora de Filosofía egresada del Instituto de Profesores Artigas, licenciada en Bibliotecología por la Udelar y cursa la Maestría de Filosofía Contemporánea en la FHCE, Udelar. Es docente en el Área Teoría del Instituto de Comunicación de la FIC y de la asignatura Ética en el Instituto de Educación Física, Udelar.

Leticia Ogues es licenciada en Ciencias de la Comunicación por la Udelar y magíster en Desarrollo Local por la Universidad Nacional de San Martín (en convenio con la Universidad Autónoma de Madrid). Es docente en el Área Teoría del Instituto de Comunicación de la FIC, Udelar.

Ronald Teliz es docente del Área Teoría del Instituto de Comunicación de la FIC, Udelar y de Historia de la Filosofía en la FHCE, Udelar.

ISBN: 978-9974-0-1171-7



9 789974 011717